

FÚTBOL E IDENTIDAD

PRÁCTICAS Y RITUALES EN EL ESTADIO DEL CLUB ATLÉTICO RIVER PLATE

Autor / GERMÁN HASICIC

Director / Dr. PABLO BILYK

Codirector / Dr. FLAVIO RAPISARDI



Facultad de Periodismo
y Comunicación Social



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
FACULTAD DE PERIODISMO Y COMUNICACIÓN SOCIAL

TESIS DE GRADO

**FÚTBOL E IDENTIDAD. PRÁCTICAS Y RITUALES EN EL ESTADIO
DEL CLUB ATLÉTICO RIVER PLATE**

AUTOR

Germán Hasicic

DIRECTOR

Dr. Pablo Bilyk

CODIRECTOR

Dr. Flavio Rapisardi

Marzo 2016

*A mi madre,
que con su infinito amor me apoyó en este recorrido de principio a fin.*

*A mis hermanos Fede y Cintia,
por su aliento constante.*

*A la Facultad de Periodismo y Comunicación Social,
por formarme profesional y humanamente, inculcarme el valor del
compañerismo y la inmensa satisfacción de pertenecer a un colectivo sin igual.*

*A mis directores, Pablo y Flavio,
que me enseñaron que los saberes trascienden lo pedagógico y
conforman una herramienta de transformación.*

*Al fantástico equipo de la Secretaría de Posgrado,
por la alegría de compartir y trabajar día a día por tantos sueños y anhelos.*

*A las autoridades, socios e hinchas del Club Atlético River Plate,
por su colaboración y predisposición.*

Esta tesis es producto del abordaje de complejidades, tensiones y problemáticas en torno a un campo relativamente reciente: los estudios sociales del deporte. Para ello resultó de vital importancia reconstruir un mapa “más grande” sobre el cual esta investigación pudiera articularse, historizando los trabajos pioneros en el área y sus avances. Las tramas culturales y discursivas vinculadas a la violencia y la discriminación en los estadios de fútbol forman parte de un fenómeno vigente que constantemente adopta nuevos matices.

En términos personales, esta producción concentra una trayectoria académica que se inició en 2005 con la Licenciatura en Comunicación Social y cobró un nuevo impulso a partir de 2010, año en el cual comienzo a transitar la Tecnicatura Superior Universitaria en Periodismo Deportivo. Tomo esta fecha como un punto de inflexión, una marca perniciosa, ya que a partir de ella emergen mis inquietudes relacionadas al deporte y la investigación científica. Estas expectativas fueron saldadas y, al mismo tiempo, multiplicadas por otras que empezaban a surgir.

La posibilidad de formar parte de las cátedras de Sociología del Deporte y luego Técnicas de Análisis del Discurso fue una experiencia significativa. La familiarización con ciertas discusiones relacionadas a estos espacios abrió un espectro más claro y palpable aún. No es casual que en la lectura de estas páginas se hallen aprendizajes enmarcados en ambas asignaturas, como tampoco el origen de mis directores.

La elección del Club Atlético River Plate para desarrollar las tareas de investigación responde a un motivo, que por sus características, puede desdoblarse. En primer lugar, un estímulo personal. Mi simpatía por el club y la posibilidad de acceder a fuentes de información pertinentes que nutrieran el corpus. En segundo lugar, comprobar un interrogante que inconscientemente me acompaña desde que fui por primera vez al estadio: ¿qué más hay detrás de la violencia en el fútbol y la explicación fundada en “lo folclórico”?

Además, esta pregunta reviste otras que permitieron abrir el juego respecto a algunos ejes: pasión-racionalidad (civilización-barbarie en términos del pensamiento sarmientino), los límites y alcances de la “ética del aguante” esgrimida por Pablo Alabarces para explicar el fenómeno de la violencia, las producciones discursivas discriminatorias socio-culturalmente legitimadas sobre el *otro* y el rol del Estado.

Algunos avances se realizaron en el marco del programa Becas de Estímulo a las Vocaciones Científicas 2015 del Consejo Interuniversitario Nacional (CIN). Sus aportes valieron para consolidar una línea de trabajo que comencé a transitar como alumno y hoy lo hago desde la docencia, la investigación y la extensión. Todas ellas abonaron a una comprensión de la producción de conocimiento como una práctica transformadora y comprometida, e inevitablemente política.

Introducción	9
Capítulo 1 / La construcción de la rivalidad River-Boca. Símbolos, discursos y rituales del <i>hinchismo</i> en el proceso de popularización del fútbol	19
Capítulo 2 / ¿Qué fue primero, el fútbol o la violencia?.....	45
Capítulo 3 / Hinchas e identidad. Alcances y limitaciones de la ética del aguante	67
Capítulo 4 / Prácticas y rituales. La discriminación como hecho folclorizado	99
Epílogo	133
Bibliografía	141

El paso por el Seminario Permanente de Tesis fue fructífero; no solamente en términos prácticos –como la confección del plan de tesis– sino como aprendizaje en la elaboración de una pregunta vertebradora o búsqueda de un *norte* en la investigación. En este sentido, y como resultado de esa exploración, hallar lo inédito de un tema parece casi imposible, inalcanzable. Entonces ¿cómo establecer un punto de partida? Justamente la novedad se encuentra en rastrear rupturas o continuidades en otros trabajos. Ante la necesidad de configurar un mapa que permitiera articular la presente investigación, fue de vital importancia recorrer y recuperar senderos sobre los cuales otros ya han transitado.

Ese gran mapa u hoja de ruta me brindó las coordenadas suficientes para elegir qué, quiénes, dónde, cuándo y cómo investigar (las afamadas 5W del manual del “buen periodista”). En este sentido, mi motivación se nutrió de dos elementos clave: el primero –y de orden netamente subjetivo–, trabajar con sujetos cuyas identidades se hallan culturalmente ligadas al Club Atlético River Plate, institución por la cual simpatizo; el segundo, poner en tensión categorías y teorías ligadas al comportamiento o conductas de los públicos que asisten a los partidos de fútbol, con la finalidad de problematizar muchos de los saberes adquiridos en mi experiencia como estudiante, investigador y docente. Principalmente, enfatizando en ciertos nudos: las prácticas de sentidos discriminatorias, la violencia –y su uso (o no) legítimo como parte de la denominada “ética del aguante” (Alabarces, 2014)– y las reproducciones folclóricas en la construcción de identidades.

Estas problemáticas poseen una vigencia innegable. Hechos vinculados a ellas se presentan diariamente en los noticieros, ocupan páginas y páginas de diarios y revistas, colman los portales de noticias en internet y son tema de debate en las transmisiones radiofónicas. El desafío también se presentaba en la realización de un aporte respecto a unas discusiones en las cuales pareciera que todo se ha dicho, al punto de la saturación.

Para ello, la propuesta metodológica fue configurándose a partir de un campo que, a priori, resultaba vasto pero al mismo tiempo delimitable. Si bien este aspecto será retomado, cabe señalar que hubo cuestiones significativas que llevaron a circunscribir y recortar el espectro de trabajo a los públicos que asistieron al estadio Antonio Vespucio Liberti (más conocido como Monumental de Núñez) en los partidos que el equipo de Primera División disputó durante el Torneo Final “Nietos recuperados” 2014- Copa Raúl Alfonsín¹: fundamentalmente, la decisión del Gobierno nacional de prohibir la asistencia de público visitante a los estadios, implementada a partir de septiembre de 2013. A partir de un conjunto de entrevistas se transformaron en los protagonistas de una investigación que aborda, entre otros ejes, las subjetividades desde una perspectiva socio-cultural y no meramente discursiva. Es decir, el análisis de las prácticas discursivas forma parte de un entramado analítico más amplio y complejo, articulándose a las preguntas por la violencia y la discriminación subyacentes.

En otras palabras, llevar adelante esta producción inicialmente implicó, por un lado, una revisión de las discusiones y avances más significativos en torno a los estudios vinculados al deporte –y por supuesto, a la comunicación y las ciencias sociales–, y por otro, releer y reflexionar sobre sus alcances y limitaciones, con la finalidad de realizar un aporte a un campo que aún se encuentra en plena conformación.

¹ Fue el certamen que cerró la octogésima cuarta temporada de la era profesional de la Primera División del fútbol argentino. Se disputó durante el primer semestre del año, entre el 7 de febrero y 19 de mayo, organizado por la Asociación del Fútbol Argentino. El campeón fue el Club Atlético River Plate, interrumpiendo un período de seis temporadas sin títulos oficiales. Fuente: Asociación del Fútbol Argentino (AFA). En línea. Disponible en: <<http://www.afa.org.ar/torneos.php>>.

De populistas e intelectuales

Los estudios sociales del deporte y su fundación como campo autónomo son recientes. A pesar su notoria preponderancia, claramente identificable en diversos espacios (economía, política, cultura) de la vida cotidiana de las sociedades latinoamericanas, las producciones científicas vinculadas al deporte permanecieron obturadas hasta principios de los '90. Es decir, los discursos que circulaban se ligaban a otros géneros como el costumbrismo, el ensayo, el periodismo especializado y la narrativa ficcional.

Las primeras investigaciones realizadas tanto en nuestro país como en territorios vecinos de la región observan un escenario similar: la ausencia de trabajos académicos o de rigor científico y la sobreabundancia de discursos provenientes del periodismo deportivo. Si bien la penetración del deporte como realidad social y producto de la modernidad (García Ferrando, 1990) puede ubicarse temporalmente hacia mediados y fines del siglo XIX, su abordaje y tratamiento desde la perspectiva académica demoró varias décadas. En el caso de los estudios vernáculos, la preponderancia del deporte en la constitución de la identidad, la subjetividad y prácticas periféricas fue sin lugar a dudas el puntapié inicial en una serie de publicaciones orientadas a dar cuenta de este fenómeno.

Sin embargo, la mirada intelectual se dirimía entre la imposibilidad de la distancia científica y el abordaje analítico por un lado, y por otro, la condena o el prejuicio. Es decir, las posiciones se encontraban bien diferenciadas: una acrítica y romántica con su contracara basada en el rechazo y su condena como objeto banal: populistas e intelectuales.

En el primer grupo pueden ubicarse autores como Roberto Fontanarrosa o Eduardo Galeano (duramente criticado por Sebrelli), quienes vuelcan en sus escritos las bondades del fútbol. Narran historias refugiadas en el costumbrismo, la carnavalesización, la resistencia cultural y la siempre cuestionada pasión, donde se reconoce cierto *progresismo*. Galeano reconoce la diferencia entre ambas posiciones, donde "los intelectuales que niegan los sentimientos que no son capaces de experimentar

ni, en consecuencia, de compartir: solo podrían referirse al fútbol con una mueca de disgusto, asco o indignación”².

El populismo cargó con el prejuicio. La afirmación y asociación del deporte como opio de los pueblos (Da Matta, 1982) fue retomada con mayor vehemencia por Sebreli, quien lo definió –fundamentalmente al fútbol– como herramienta de alienación de masas y producto de la industria cultural:

La cualidad de las masas es justamente no tener cualidad propia sino ajena, porque está enajenada, alienada, desencionalizada, deshumanizada, convertida en objeto. [...] Es preciso desmitificar las ilusiones de la sociedad actual, y entre ellas una de las más poderosas, la del deporte industrial y el fútbol-espectáculo usados como medios de adoctrinamiento de las juventudes y de las masas para despolitizarlas y adecuarlas al trabajo alienado, al puro rendimiento, a la competencia brutal, a la agresión, al sexismo, al fanatismo, al activismo irracional, al espíritu gregario, el desprecio por la inteligencia y por el individuo, el culto de los ídolos, a la masificación, al autoritarismo, a la supresión del espíritu crítico y del pensamiento independiente, a la fusión mística en los colectivismos tribales. (Sebreli, 1998: 310-316)³

No obstante, Sebreli carece de una argumentación científica y un andamiaje teórico que respalde su perspectiva, donde prevalece un enfoque apocalíptico. Acude a un manoseo epistemológico, tomando y forzando a su antojo conceptos de la Escuela de Frankfurt y la Escuela de Chicago. Más aun, su trabajo se halla minado de afirmaciones teñidas de tretas⁴. El “intelectualismo” lo priva de una mirada analítica y reduce la discusión a un supino prejuicio.

Por otra parte, puede reconocerse en Galeano un contrapunto a dicho planteo:

El fútbol es cómodamente señalado con el dedo índice como la causa primera y última de todos los males, el culpable de la ignorancia y la resignación de las masas populares en el Río de La Plata. Suele pensar el

2 Prólogo de *Su majestad el fútbol* (1968). Montevideo: Arca.

3 Sebreli, J. (1998). *La era del fútbol*. Buenos Aires: Sudamericana.

4 El capítulo XIII de *La era del fútbol* se titula “Fútbol y civilización”, aludiendo a la obra *Civilización y barbarie* escrita por Domingo F. Sarmiento en 1845. Metafóricamente el fútbol reemplaza a la barbarie.

intelectual de izquierda: si no fuera por el fútbol, el proletariado adquiriría su necesaria conciencia de clase y la revolución estallaría. No creo que tanta perversidad pueda imputarse al fútbol con algún fundamento de causa. (Galeano, 1968: 5)

En otras palabras, las dos perspectivas habían ocupado la escena y ordenado la discusión desde fines de la década del 60. En ambas se observan fisuras: mientras los “populistas” producen y narran historias vinculadas a lo carnavalesco, a la *fiesta* del fútbol y el romanticismo discursivo, no logran articular un respaldo teórico (y tal vez no sea su finalidad la inclusión del mismo) que pueda dar cuenta de una aproximación a lo académico (incompatibilidad de género), los “intelectuales” descalifican los escritos populistas ligados al fútbol, tomando como bandera una manipulación teórica. Alabarces las define como “dos sintagmas que parecían dominar cualquier posibilidad de producción: *los intelectuales no saben nada de fútbol*, el argumento periodístico por excelencia; y el argumento intelectual inverso, *el fútbol como opio del pueblo*, que limitaba la intervención a la condena, el prejuicio, al silencio” (Alabarces, 2004: 6)⁵.

Este escenario, a priori incipiente y desprovisto de cierta densidad académica, configuró el preámbulo de las producciones que afloraron a partir de las siguientes décadas.

Primeras producciones académicas y consolidación del campo

Al problema de la disputa populistas/intelectuales debemos sumar otro de orden conceptual: ¿qué disciplinas se encargarían o debían ocuparse del deporte? En el caso del mundo anglosajón, se han registrado trabajos publicados en los '60 en los departamentos universitarios de educación física, aunque con debilidades de índole empírica. En nuestra región, no hubo disciplinas autónomas ni un reconocimiento académico del campo de estudios hasta la década del 80. Alabarces afirma que “no hubo investigación, ni populista ni de ningún tipo, sobre el deporte en la

⁵ Alabarces, P. (2004). “Entre la banalidad y la crítica: perspectivas de las Ciencias Sociales sobre el deporte en América Latina”, en *Memoria y Civilización. Anuario de Historia de la Universidad de Navarra*, Vol. 7. Pamplona: Universidad de Navarra.

Argentina hasta fechas muy recientes: el tema quedó desplazado a la charla de café o al costumbrismo” (2004: 5).

Los trabajos de compilación⁶ del antropólogo Roberto Da Matta constituyen una marca fundacional, donde el fútbol se definía legítimamente como uno de los rituales la jerarquía, la carnavalización o la reproducción. El autor brasileño también dedica su ensayo a rebatir la idea del *opio del pueblo*, considerándola una visión instrumental-funcionalista de lo social.

Los primeros escritos nacionales se emparentaron con la línea de investigación trazada por Da Matta. El antropólogo Eduardo Archetti dio el puntapié inicial, la primera puntada de una serie de trabajos vinculados a las prácticas marginales –fundamentalmente al deporte– y su relación con los imaginarios colectivos. El binomio deporte-sociedad tiene su precedente en el análisis de la recepción y apropiación del polo y el fútbol. Esta se establece como la llave de entrada a las dinámicas de hibridación en la constitución de lo nacional-criollo, como también a la conformación discursiva de los estilos deportivos a partir de imágenes y estereotipos mediáticos de lo masculino (Archetti, 1997).

Asimismo, el autor santiagueño afirma que “el fútbol y el tango son espejos y máscaras al mismo tiempo” (Archetti, 2003)⁷. Estos espejos donde los argentinos se ven y al mismo tiempo son vistos por los otros, forman parte de las “zonas libres” de la cultura. Este concepto resulta clave su bibliografía para exponer su novedosa tesis sobre un campo que paulatinamente comenzaba a configurarse:

Consideradas como áreas para demostrar la identidad “masculina nacional”, el tango y el fútbol revelan la complejidad de este tipo de zonas libres en relación con “los otros”. Las tendencias ordenadoras de la sociedad están relacionadas con instituciones públicas como la escuela, el servicio militar, el trabajo, las ceremonias públicas y los rituales de nacionalidad. Las zonas “libres” [...] permiten la articulación de lenguajes y prácticas que pueden desafiar un dominio público oficial y puritano. Son espacios para la mezcla, la aparición de híbridos, la sexualidad y la

6 Da Matta, R. (1982). *Universo do futebol: esporte e sociedade brasileira*. Río de Janeiro: Pinakotheke.

7 Archetti, E. (2003). *Masculinidades. Fútbol, tango y polo en la Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia.

exaltación de desempeños físicos. [...] El fútbol y el tango pueden, de esta manera, ser conceptualizados como una amenaza a las ideologías oficiales. (Archetti, 2003: 42)

De esta manera, las prácticas corporales modernas –el fútbol, el polo y el tango– se constituyen como arenas públicas en las cuales pueden indagarse identidades. En la misma perspectiva, cabe mencionar la categoría “hibridación”, la cual permite comprender la configuración de la identidad nacional argentina que se ha caracterizado por protagonizar movimientos migratorios entre fines del siglo XIX y principios del XX: “los híbridos resultan construcciones ideológicas del orden social y son productores de tradición” (Alabarces, 2004: 9).

Esta hibridación señalada por Archetti también puede rastrearse en los procesos de mundialización de la cultura. Es decir, además de cumplir un papel en la constitución identitaria, el deporte ha sido objeto de un triple proceso de territorialización, desterritorialización y reterritorialización (Díaz Larrañaga y Cachorro, 2004). La incorporación de estas prácticas deportivas en el Río de La Plata también impactó en la configuración de las subjetividades corporales.

Desde esta perspectiva, el fútbol es entendido como fenómeno productor de nacionalidad y narrativas pregnantes y eficaces. A partir de aquí se puede observar un quiebre en la concepción del deporte: abandona su característica banal para convertirse en un objeto constituido y activo en experiencias de construcción identitaria.

El fenómeno de popularización adquirió para mediados de la década de 1920 la dimensión de un verdadero espectáculo de masas. Los estudios de historia y sociología del deporte parten de premisas sencillas: el deporte desempeña un rol fundamental en la construcción de identidades colectivas y constituye un prisma de primer orden desde el cual observar los procesos de cambio social y cultural (Frydenberg, 2011).

El propio Archetti recupera este fenómeno y no duda en señalar dos actores preponderantes que contribuyeron en la difusión y circulación de las prácticas deportivas en dicho período: por un lado, la función social de los clubes y asociaciones civiles que posibilitaron la participación social al margen del Estado; por el otro, el papel de los medios de comunicación –especialmente la prensa y la radio–.

Por su parte, Alabarces también hace referencia al rol protagónico actual de los medios de comunicación en la temática identitaria, especialmente la televisión. Así, destaca su función complementaria como máquina posmoderna productora de nacionalidad de las narrativas oficiales (legítimas) del Estado, como la escuela y el ejército. El fútbol se erige como práctica y dispositivo paraestatal vehiculado a través de la televisión, generando narrativas e imaginarios sociales subalternos. No obstante, Alabarces es cauteloso al analizar el peso del mercado, los sponsors y el marketing que envuelve al fútbol global: “definitivamente el fútbol no es la patria” (Alabarces, 2008: 33)⁸.

Otras aristas: violencia y discurso

Al debate y las problemáticas hasta aquí planteados dan cuenta de un objeto polifacético que admite diversas miradas en su constitución. Pero aún faltaba librar la discusión por el análisis y caracterización de otros actores: los *hinchas*. En su trabajo publicado a comienzos de los '90⁹, Norbert Elias y Eric Dunning trabajan sobre esta vacancia en torno a la explicación de comportamientos y conductas vinculadas al ámbito deportivo en tiempos de ocio, retomando –entre otras– la teoría *eliasiana* del “proceso civilizatorio”¹⁰. Este valioso antecedente ofrece un marco teórico que es retomado por Alabarces a través de la denominada “ética del aguante”¹¹, cuya lógica supone una retórica y estética atadas a la violencia, la corporalidad y la protección del código de honor colectivo. La presente investigación dialogará con esta teoría, donde se evidenciarán sus alcances y limitaciones en el tratamiento del fenómeno de la violencia.

Por otra parte, en las experiencias correspondientes al trabajo de campo surgieron algunos interrogantes respecto a lo discursivo: ¿qué significados lingüísticos y no lingüísticos revisten las prácticas discursivas de los hinchas de River? ¿Acaso envuelven

8 Alabarces, P. (2008). *Fútbol y patria*. Buenos Aires: Prometeo.

9 Elias, N. y Dunning, E. (1991). *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España.

10 Elias, N. (1987). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España.

11 Esta teoría es abordada inicialmente en Alabarces, P. y otros (2005). *Hinchadas*. Buenos Aires: Prometeo. El autor profundiza sobre la temática en Alabarces, P. (2012). *Crónicas del aguante*. Buenos Aires: Capital intelectual.

una lógica discriminatoria y racista de la auto-representación positiva y la representación negativa del otro? ¿Qué disputas simbólicas se evidencian? Para ello ha sido clave incorporar las virtudes de la teoría social del discurso¹² de Marc Angenot.

Los trabajos hasta aquí reseñados carecían de una mirada discursiva, razón por la cual su cruce con una perspectiva cultural ha permitido llevar adelante un trabajo que condensara ambos enfoques. En esta gran mesa de ingredientes únicamente restaba por indagar en las plantas de nuestro patio.

Aportes desde la comunicación

Las producciones académicas previamente señaladas son, sin lugar a dudas, pioneras en materia de estudios sociales del deporte. A través de sus obras, cada uno de los autores ha aportado coordenadas y precisiones respecto hacia qué rumbo navegar. Tomando estas experiencias como un gran paraguas teórico, fue necesario ajustar las clavijas e indagar en otras más cercanas, con las que pudiera familiarizarme desde otro lugar. En esta nueva búsqueda de materiales “puertas adentro” logré acercarme a publicaciones realizadas por otros compañeros graduados de la carrera, es decir *nuestros aportes*, los de la comunicación, elaborados en el seno de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social.

En ese trayecto fue valioso encontrar (algunos) tópicos comunes, tales como deporte, fútbol, violencia, cultura, discriminación, identidades y discurso. El trabajo de Pablo Bilyk y Juan B. Branz¹³ enfatiza en los lazos de pertenencia con el estadio por parte de los hinchas y su arraigo con el club, donde estos últimos son actores protagónicos. En la presente investigación, los hinchas de River son los interlocutores en la configuración de una identidad a partir de subjetividades que oscilan entre la violencia y la discriminación a partir de la diferenciación con un otro: los simpatizantes de otros clubes, pero principalmente de Boca Juniors. En la misma

12 Angenot, M. (2010). *El discurso social. Los límites de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires: Siglo XXI.

13 Bilyk, P. y Branz, J. (2007). “Del Bosque no me voy. Fútbol e identidad. Los hinchas de Gimnasia que resisten al cambio de su estadio”. Tesis de grado. Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Universidad Nacional de La Plata.

perspectiva cultural se ubica la producción de Eugenia Plaza, Cecilia Toledo y Lucía Zapata¹⁴, quienes indagan en el contexto futbolero.

Esta pequeña pero fructífera bitácora también contempló dos tesis doctorales, con las cuales tuve un contacto más próximo aun en mi función de coordinador de la carrera. Una de ellas elaborada por Ramón Burgos¹⁵, quien en sintonía con los análisis desarrollados por Archetti, indaga acerca de cuáles son las características particulares que presenta Gimnasia y Esgrima de Jujuy en la construcción de una identidad provincial, vinculando las referencias a lo nacional y local en la construcción de la misma. Resulta interesante visualizar las representaciones sobre el club y las dinámicas a través de las cuales, la identidad y las prácticas culturales son activamente creadas y comunicadas. La otra, realizada por Juan Branz¹⁶, quien ha estudiado y analizado el proceso de construcción de identidades masculinas entre varones que practican rugby en la ciudad de La Plata. Si bien la disciplina que motoriza la investigación es el rugby en lugar del fútbol, una vez más la cuestión identitaria se asume como un eje clave.

Así, ese árido campo de estudios de los '60 vinculados al deporte ha sido regado, sembrado y cosechado, despertando el interés de diversas disciplinas en una doble apuesta: romper definitivamente con los preconceptos y prejuicios académicos en torno al el deporte como objeto banal y edificar los cimientos de una gran torre donde estaba *todo por hacer*.

Esta tesis retoma algunos aspectos de los trabajos mencionados, en un marco de producción donde la Tecnicatura Superior Universitaria en Periodismo Deportivo impulsa y estimula la elaboración de materiales de carácter académico en función de un campo receptivo a la interdisciplinariedad. Los interrogantes en torno a lo cultural, lo identitario/folclórico y las subjetividades se encuentran presentes, como también aquellos relacionados a lo discursivo, la discriminación y la estigmatización a partir del *otro*. El desafío ha sido grande pero el empeño no fue menor.

14 Plaza, E., Zapata, L., Toledo, C. (2011). "De pasiones y reglas. Sentidos que circulan entre los jóvenes sobre la policía". Tesis de grado. Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Universidad Nacional de La Plata.

15 Burgos, R. (2014). "El club Gimnasia y Esgrima y la construcción de una identidad jujeña (1975-2011)". Tesis doctoral. Doctorado en Comunicación. Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Universidad Nacional de La Plata.

16 Branz, J. (2014). "Deporte y masculinidades entre sectores dominantes de la ciudad de La Plata. Estudio sobre identidades, género y clase". Tesis doctoral. Doctorado en Comunicación. Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Universidad Nacional de La Plata.

Símbolos, discursos y rituales del *hinchismo* en el proceso de popularización del fútbol

Toda investigación, cualquiera sea su disciplina y objeto de estudio, requiere una búsqueda preliminar de antecedentes, experiencias y disputas. A priori, esta afirmación resulta una obviedad. Sin embargo, este proceso es indispensable, ya que brinda información sustancial en función del presente y comprender ciertos escenarios y conflictos. En términos generales, podríamos aventurarnos a decir que la historia es el conjunto de relatos cronológicamente ordenadas de sucesos, acontecimientos o procesos del pasado que impactan y poseen relevancia en el presente. Desconocer su importancia no solamente significaría incurrir en un error elemental, sino que además imposibilitaría identificar continuidades y rupturas.

En nuestro caso, resulta pertinente acercarnos a una definición de lo que se entiende por *historia social*, ya que nuestro objeto es analizado en el marco de una “sociedad en movimiento” (Bianchi, 2013)¹. Cabe señalar este aspecto, ya que no se trata de una sucesión estática y unidireccional de hechos. Febvre adhiere a esta mirada y sostiene que “la historia es por definición absolutamente social. Es el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y creaciones de los hombres en otros tiempos, captadas en su fecha, en el marco de sociedades extremadamente variadas [...]”².

1 Bianchi, S. (2013). *Historia social del mundo occidental*. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes (UNQ). Segunda edición.

2 Febvre, L. (1970). *Combates por la historia*. Barcelona: Ariel.

Este capítulo ofrece una mirada *hacia atrás*, cuyo objetivo ha sido relevar y analizar dos aspectos clave: por un lado, la incorporación del fútbol como bien cultural en nuestro país y su impacto en los modos de socialización –principalmente el rol del club– en una etapa donde lo nacional fluctuaba a raíz las oleadas migratorias de fines de siglo XIX y principios del XX; por el otro, la historia del Club Atlético River Plate –desde su fundación hasta la actualidad–, enfatizando en aquellos aspectos culturales, simbólicos y territoriales que han contribuido a la construcción identitaria de la institución. En este último punto, cabe señalar el papel insoslayable de un *otro* en una suerte de simbiosis: el Club Atlético Boca Juniors, “el rival de toda la vida”.

Para ello se ha reunido un conjunto de testimonios, voces, experiencias y subjetividades correspondientes a diversas fuentes personales, académicas y periodísticas que permite elaborar un corpus integrado. Según Alejandro Fabbri, “las historias oficiales son como una creación fantástica”³. Sin embargo, en su libro⁴ prioriza la realidad sobre la construcción mitológica, echando luz sobre los orígenes y el desarrollo de los clubes del fútbol local. A su vez, se evitó toda tentación de quedar atrapados entre numerosos relatos (míticos o no) que los envuelven, tales como la leyenda según la cual la cancha del Club Atlético Tigre se la conoce como la del “lechero ahogado”, porque un repartidor de leche murió sobre su césped–, y que en más de una ocasión coquetean con lo inverosímil.

Nuestras inquietudes se orientaron a la posibilidad (o no) de rastrear y hallar marcas o huellas vinculadas a sentidos, discursos y experiencias. ¿Qué elementos simbólicos e identitarios subyacen en esa “rivalidad que nació en el sur”⁵? ¿Qué *nos dicen* esas disputas también territoriales y deportivas? ¿Existe una identidad que se ratifica en el tiempo a partir de la estigmatización del Otro? Partimos de la premisa que la respuesta a estos interrogantes nos brindaría un completo panorama del contexto cultural, político y deportivo en el cual emergió institucionalmente River

3 Respighi, E. (2006, noviembre). “Literatura, Alejandro Fabbri y el nacimiento de una pasión”. En *Página 12*. En línea: <www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/4-4525-2006-11-18.html>. Consultado el 30 de diciembre de 2015.

4 Fabbri, A. (2006). *El nacimiento de una pasión*. Buenos Aires: Capital intelectual.

5 Martínez, F. (2006, marzo). “Los orígenes del Boca-River”. En *Página 12*. En línea: <www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libero/11-2838-2006-03-29.html>. Consultado el 30 de diciembre de 2015.

y, al mismo tiempo, hallar ciertas subjetividades en la constitución de ese incipiente hincha/socio.

Previamente, será clave abordar el papel desempeñado por los clubes como instituciones por fuera de la órbita estatal, matrices creadoras de identidad, “nacionalidad” y dispositivo cultural alternativo de socialización (Archetti, 2001). Para ello se ha desarrollado una breve e imprescindible historización respecto a la relación centro-periferia en tiempos del imperialismo británico, la introducción del fútbol en la región (producto de estas relaciones comerciales), su apropiación, resignificación y el proceso de popularización.

Deporte e imperialismo. Dos caras de la misma moneda

Previamente a la conformación de clubes o las denominadas asociaciones civiles, mucha agua corrió por debajo del puente. Esta simple metáfora sirve de puntapié y dar cuenta de las condiciones en las cuales el deporte –y el fútbol en particular– ha irrumpido y sido apropiado en las sociedades de nuestra región.

En la actualidad, el deporte latinoamericano es un gran socializador y permite entender así algunos de los fenómenos cruciales del análisis cultural contemporáneo: la constitución de identidades. Trazar este análisis precisa una entrada histórica. Porque a pesar de su impacto y pregnancia en nuestras sociedades, el deporte no es un invento autóctono, vernáculo: “comprender los modos de apropiación y difusión de este fenómeno también ilustra sobre las relaciones centro-periferia, nudo importante de la realidad socio-cultural latinoamericana” (Alabarces, 2006: 2)⁶.

El deporte es un invento de la modernidad europea y, con mayor precisión, producto del capitalismo británico a mediados del siglo XIX. En ese momento, y especialmente como codificación de distintos juegos populares –el fútbol o el rugby–, o de regulación de prácticas de la aristocracia británica –el boxeo, por ejemplo–, el deporte emerge en las *public schools*⁷, transformándose rápidamente en pasatiem-

⁶ Alabarces, P. (2006). “El deporte en América Latina”. En *Enciclopedia Latinoamericana*. Río de Janeiro: CLACSO.

⁷ Grupo de escuelas independientes privadas más antiguas, costosas y exclusivas del Reino Unido, particularmente de Inglaterra, que albergan a niños entre 13 y 18 años de edad. Tradicionalmente, estas eran internados de chicos, aunque la mayoría ahora permiten alumnos externos y muchas se han convertido parcialmente o completamente en mixtas. Surgieron de las antiguas escuelas de la caridad establecidas para educar a escolares

po de clases con tiempo libre, pero también como instrumento de disciplinamiento del cuerpo y preparación para la guerra de las elites.

En consecuencia, a partir del siglo XIX puede rastrearse el origen de los deportes modernos. Básicamente en la Inglaterra industrial y, posteriormente, en los Estados Unidos, que surgían como potencia alternativa hacia fines del período. Mientras que los británicos fueron los creadores del cricket, fútbol, rugby, ciclismo, boxeo, esgrima; béisbol, vóleybol y básquet fueron inventados por los norteamericanos. Asimismo, la difusión global de los deportes modernos es simultánea a la construcción de los mercados mundiales y los imperios coloniales.

En cierta medida, Gran Bretaña “le debía” su soberanía al deporte. El mecanismo de difusión y circulación implicaba simultáneamente dos agentes: los administradores coloniales o las burguesías empresarias, que extendían sus prácticas entre los residentes británicos o norteamericanos locales (tanto en las colonias efectivas como en las neo-colonias económicas), muy especialmente a través de las escuelas de las comunidades anglosajonas, para luego ser imitados por las elites locales; y a la vez los obreros o empleados de los transportes –básicamente, ferrocarriles y barcos–, que, influidos por la rápida popularización y profesionalización de los deportes en sus países de origen, desplegaban sus prácticas en los puertos o en los lugares a los que llegaban las vías férreas. Esta duplicidad permitía una expansión veloz de las prácticas deportivas en segmentos amplios de las poblaciones locales –simultáneamente, las elites y las clases medias: aunque haría falta llegar al siglo XX para su expansión entre las clases populares, deudoras del tiempo libre para poder practicar deportes, lo que precisaría de cierta modernización de los regímenes laborales.

Esa expansión entre las clases populares es lo que ha sido definido como *procesos de popularización*. Estos consisten en los modos particulares en que las clases se apropian de un deporte, en algunos casos hasta desplazar a las clases dominantes de su práctica. En este sentido, las razones –contemplando las particularidades de

pobres, utilizando el término «public» para indicar que el acceso a ellas no estaba restringido sobre la base de la religión o clase social. Entre las más conocidas: Charterhouse School, Eton College, Harrow School, Rugby School, Westminster School y Winchester College. La influencia que ejercen estas instituciones en la vida política y social del Reino Unido ha sido históricamente significativa. Por ejemplo, en la apertura del Parlamento británico en 1867, de los 458 miembros de la cámara alta (House of Lords), 172 habían estudiado en Eton, 39 en Harrow, 23 en Westminster, 8 en Winchester, 7 en Charterhouse, 4 en Rugby, 2 en St Paul's y uno en Shrewsbury. Ver Shrobsree, C. (1988). *Public Schools and Private Education*. Manchester University Press.

cada sociedad y nación– se articulan en dos ejes clave. Por un lado, la igualdad que define al deporte moderno dentro de un imaginario democrático deportivo (García Ferrando, 1990), diseñando un espacio real de ascenso social imposible de hallar en el mundo sociopolítico del capitalismo (Archetti, 2001). El deporte se transforma así en un lugar donde no solo el débil puede vencer al poderoso –aspecto central a la hora de las competencias internacionales entre países periféricos y centrales⁸–; es también donde el pobre puede valerse de sí mismo para obtener dicho ascenso. Por el otro, la profesionalización, la cual enfrenta a las clases populares y medias en surgimiento con las elites, en tanto significa “la retribución por un uso hasta entonces ilegítimo del tiempo libre, tornándolo legítimo y útil; permitiendo, nuevamente, la construcción del deporte como espacio de incorporación y ascenso social de las clases populares” (Alabarces, 2006: 5).

La pelota llega al Río de La Plata: la popularización del fútbol

Los intereses e influencia político-económica británica en nuestro territorio datan de principios del siglo XIX. El primer gran acontecimiento, sin lugar a dudas, fueron las Invasiones Inglesas (1806-1807) al Virreinato del Río de La Plata, registrándose una partida de cricket entre los invasores. Pocos años después, Thomas Hogg, dueño de una fábrica textil en Yorkshire e instalado tempranamente en Buenos Aires, fundó un centro comercial, una biblioteca, un colegio y en 1819 un club de cricket (todos británicos).

En 1832, un grupo de jóvenes argentinos que retornaron de sus estudios en el extranjero fundaron su propio club de cricket. El hijo de Hogg –también llamado Thomas– fundó el Deadnought Swimming Club hacia 1860, organizando competencias en 1863 y, años más tarde, introdujo el squash. Con su hermano James, creó la Buenos Aires Athletic Society, que el 30 de mayo de 1867 organizó la primera competencia atlética. Ambos también jugaron en el primer partido de rugby, en el Buenos Aires Cricket Club, el 14 de mayo de 1874. Ambos jugaron el primer partido

⁸ En perspectiva con la División Internacional del Trabajo imperante durante el siglo XIX y comienzos del XX. Se trata de un proceso de producción mundial entre países y regiones que “ordenaba” la especialización en la elaboración de determinados bienes.

de tenis, en 1880. Y finalmente, aunque no menos importante, el 20 de junio de 1867 ambos lideraron los equipos del primer partido de fútbol.

El impulso decisivo para el fútbol lo dio, en 1884, el escocés Alexander Watson Hutton, al fundar el Buenos Aires English High School, introduciendo en la currícula escolar la práctica de deportes. Por su parte, los ferrocarriles, todos en manos de capitales británicos, colaboraban: en 1891 se organiza la primera Liga, creada por F. L. Wooley, miembro del Buenos Aires and Rosario Railway Athletic Club, un club deportivo ligado a la empresa. La conjunción de ambos factores podía verse en el partido, en 1890, entre los obreros del Ferrocarril Nordeste Argentino y los estudiantes del Colegio Nacional de Santiago del Estero: este juego también señalaba la rápida expansión de la práctica por el territorio nacional. En 1893, producto de una alianza entre clubes y colegios británicos, se creó la Argentine Football Association, que recién castellanizaría su nombre –y el registro de sus actas– en 1905. Toda la década estará dominada por los clubes y colegios de la colectividad, hasta que en la siguiente comience la hegemonía de los nuevos clubes de las clases medias criollas: estos, a veces ligados a pertenencias territoriales –los nuevos barrios porteños o las ciudades pequeñas del interior del país– o a empresas industriales o de servicios –ferrocarriles, pero también comercios–, son los agentes de un intenso proceso de popularización que involucrará también a las clases populares y que desembocará en la profesionalización en 1931⁹ (Frydenberg, 2003). A partir de ese momento, los clubes de la elite abandonan la práctica del fútbol para concentrarse en el rugby y, más tarde, en el hockey femenino, que durante décadas conformarán un núcleo duro y distintivo de clase.

En las orillas uruguayas, el proceso tendrá similitudes: en 1842, se crea en el Victoria Cricket Club y en 1861, el Montevideo Cricket Club. Desde el comienzo de

9 Julio Frydenberg estudió Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA), donde se doctoró y actualmente se desempeña como docente. Fundó y dirige el Centro de Estudios del Deporte de la Escuela de Política y Gobierno de la Universidad Nacional de General San Martín (UNSAM). Investiga desde hace más de veinte años temas asociados a la historia del deporte en la Argentina, y específicamente ligados al fútbol y los clubes. En referencia a la profesionalización del fútbol argentino en 1931, expresa: "En general, en otras partes del mundo la llegada del profesionalismo se produjo sin huelgas. Nuestro caso es singular. Hay que tener en cuenta, además, el proceso del desarrollo del espectáculo. La huelga no tenía como objeto el profesionalismo, al menos los jugadores no hablaban de eso. Lo que exigían los jugadores era el pase libre al finalizar los campeonatos. Los que querían el profesionalismo eran los dirigentes, aunque a los jugadores los beneficiaba, porque blanqueaba una situación de hecho: el amateurismo marrón". Cita extraída de "De la huelga nace el fútbol profesional", *Página 12* (2003, julio). En línea: <www.pagina12.com.ar/diario/deportes/8-23266-2003-07-27.html>. Consultado el 2 de enero de 2016.

la difusión deportiva apareció más extendido el fútbol que el cricket, pero esto se afianza en 1891, con la fundación del Central Uruguay Railway Cricket Club (luego Peñarol de Montevideo): sus miembros, ligados obviamente al ferrocarril, jugaban cricket en verano y fútbol en invierno, hasta finalmente concentrarse en el segundo. En 1899 se crea el club Nacional, para “arrancar el deporte de las manos de los extranjeros”, como su nombre lo indica a las claras. En 1900 se funda la Uruguay Football Association; el proceso de popularización, similar al argentino, culmina cuando el fútbol oriental conquista, en 1924 y 1928, las medallas doradas olímpicas en París y Ámsterdam, respectivamente y el primer Campeonato Mundial de Fútbol, disputado precisamente en Montevideo en 1930.

La llegada del fútbol a Buenos Aires hacia 1870 coincidió con la constitución del Estado y de la Nación Argentina. Desde esa fecha hasta fines de ese siglo, su práctica fue ejercida dentro de la colonia inglesa, sus escuelas, sus empresas y en algunos pocos clubes junto con grupos de la élite criolla local. La llegada del deporte a los sectores populares coincidió también con un tiempo inaugural: la popularización de la práctica del fútbol fue simultánea con la formación misma de los sectores populares modernos en la ciudad.

Los actores y los discursos que competían en los momentos de máximo apogeo de la oleada fundacional de clubes de fútbol eran desde grupos anarquistas, sindicalistas revolucionarios y socialistas hasta la nueva tradición patriótica, elaborada desde el aparato estatal para homogeneizar una sociedad formada en buena proporción por inmigrantes recién llegados hasta los grupos nacionalistas y la iglesia (Frydenberg, 1995).

El fútbol –como práctica convocante de buena parte de los sectores sociales– fue escenario de la configuración de una amplia gama de fenómenos y, especialmente, aquellos que integran el mundo simbólico. A la vez, fue generador de hábitos, sentimientos y valores que conformaron a la propia cultura. Si observamos el lugar que ha ocupado en la sociedad argentina a partir de los últimos años del siglo XIX, puede advertirse la pertinencia del acercamiento al fenómeno del fútbol, destacándose su papel en la creación de lazos identitarios:

La popularización de la práctica futbolística se produjo durante la primera década del siglo XX, a partir de la fundación de una gran cantidad de equipos-clubes. El acto original creador de estas protoinstituciones tensó los espíritus de sus jóvenes fundadores, y en esa acción nucleante se expresó, en buena proporción, la carga de sentimientos y valores amasados en la corta experiencia de vida de esos noveles "footballers". (Frydenberg, 1995)

En un contexto en el cual el tejido social local se hallaba en plena constitución, los clubes y asociaciones civiles comenzaban a cumplir un rol clave, transformándose en un espacio capaz de homogenizar las mixturas correspondientes a las más diversas etnias, a raíz de las dos grandes oleadas migratorias (la primera hacia 1880 y la segunda a partir de la década del 20) que protagonizó nuestro país.

La dimensión social de los clubes y consolidación de “lo nacional”

La expansión del deporte en la Argentina se puede asociar al desarrollo de la sociedad civil, ya que las organizaciones y clubes deportivos generaron espacios de autonomía y participación social al margen del Estado. En ese contexto particular, las prácticas deportivas y, en especial, los deportes de equipo, “permitieron establecer un espacio nacional de competencia real y de movilidad social –ya que los mejores deportistas de las provincias pudieron hacer carrera en Buenos Aires– y de unificación territorial y simbólica, donde la prensa y la radio de la década del 20 jugaron un papel crucial en esta dirección” (Archetti, 2001: 12).

La posibilidad de construir una suerte de historia común –y ser protagonistas de la misma– resulta una función vital y un aspecto sustancial al momento de analizar su rol social:

Una característica importante de la cultura asociativa es el tipo de sociabilidad existente. [...] La sociabilidad deviene una “rememoración cognitiva” de experiencias deportivas. El club, además de posibilitar la práctica deportiva, puede ser descripto como un conjunto de personas que

se relacionan, intercambian experiencias deportivas y llegan a conocerse, con lo que construyen una realidad común. (Heinemann, 1997: 18)¹⁰

Para 1914, muchos de los deportes introducidos por los británicos en el siglo anterior se habían convertido en prácticas de tiempo libre diseminadas a lo largo del territorio nacional. Se trata de una fecha importante en la historia de nuestro fútbol, ya que el año anterior, un club eminentemente “criollo”, Racing Club de Avellaneda, teóricamente sin un solo jugador de origen británico en la formación titular conquista por primera vez el campeonato de primera división. A partir de este acontecimiento, los clubes británicos como Alumni o Belgrano Athletic, pierden su peso futbolístico y sus jugadores desaparecerán de los equipos nacionales. La fundación criolla “no es solo la argentinización de un deporte británico sino una fundación en donde los hijos de inmigrantes latinos comienzan a dominar la práctica activa” (Archetti, 2001: 9).

El antropólogo incluso va más allá de la dimensión social de los clubes y su misión (no planificada) como articuladora en la construcción de la identidad nacional, es decir, la “argentinización” de masas extranjeras a través de las prácticas deportivas. Así, propone un doble proceso simultáneo:

La Argentina importa deportes ingleses y los hace suyos en una suerte de simbiosis amnésica, ya que con el tiempo esas prácticas serán solo vistas como nacionales, exportará el tango al mundo entero. Importación y exportación ocurren paralelamente y consolidan un mundo cultural global. [...] El deporte pasa a ser así un espejo donde verse y ser visto al mismo tiempo. La Argentina exporta cuerpos, caras, gestos y eventos deportivos, y a partir de ellos una imagen de lo nacional se construye, al mismo tiempo, afuera y adentro” (Archetti, 2001: 17-114).

Abonando a esta perspectiva, encontramos en Mosse una mirada complementaria, quien enfatiza en la importancia de los deportes colectivos en la consolidación de los nacionalismos: “la virilidad y el coraje son dimensiones de la masculinidad tradicional que se mezclan con los nuevos ideales corporales (belleza y condición

10 Heinemann, K. (1997). “Aspectos sociológicos de las organizaciones deportivas”. En *Apunts. Educació física i esports*, N°49. Barcelona

física) de la modernidad" (Mosse, 1985: 117-128). Es decir, en esta incorporación hubo una selección de prácticas que hicieron posible la expresión de identidades, no solo masculinas sino de clase y nacionales. En este sentido, Archetti realiza un aporte fundamental vinculado a la cuestión de clase. En la presentación de prácticas deportivas tan diferentes –como el fútbol, el boxeo y el automovilismo– encontramos la base de lo nacional compuesto por "un caleidoscopio complejo y, en muchas ocasiones, contradictorio. No solo hay contradicciones individuales sino también dimensiones de clase que parecen incompatibles. [...] Precisamente, es a través de esta combinación heterogénea que las imágenes de lo nacional se construyen" (Archetti, 2001: 114).

Si profundizamos sobre la popularización del fútbol, indefectiblemente debemos referirnos a la edificación de la ciudad y la construcción de la identidad generacional, local (vecinal, luego barrial) y porteña, la cual se ha desarrollado a través de una serie de vínculos conflictivos. Así, parece necesario abandonar la visión tradicional del libre acceso a espacios como una de las causas de la popularidad del fútbol. Tal vez sea necesario imaginar que jugaban donde podían y no donde querían, debido a una triple presión que la ciudad ejercía sobre quienes buscaban cancha: los loteados privados, las obras públicas y la lejanía de los terrenos disponibles (Frydenberg, 1995: 59). Es un lugar común sostener que hubo una íntima relación entre el fútbol (en especial, con la vida de los clubes) y el vecindario. En cierto modo, los obstáculos contribuyeron a impulsar una enorme potencia simbólica identitaria que fundó la relación entre el fútbol, el territorio y los demás clubes, tal como lo observaremos con el caso River.

El fútbol y los sectores populares: intervención sobre el espacio público

La potencia con la que se generó el fenómeno del fútbol estuvo ligada al encuentro de dos fenómenos simultáneos: la formación de los sectores populares modernos y la adopción de la práctica futbolística. Es decir, buena parte de su arraigo habría que ubicarla en la fuerza con la que quedó asociado a los lazos forjadores de vínculos identitarios en el momento original.

La popularización de la práctica del fútbol se sumó, en el espacio y en el tiempo, a la formación de la ciudad moderna y a la de los propios sectores populares y su cultura. El ritmo vertiginoso con el cual se abrieron paso numerosos clubes en los albores del siglo XX coincidió con la disputa de esta potestad con las elites británicas y criollas:

La ciudad de Buenos Aires pasó a tener con el tiempo una veintena de estadios de fútbol, en su mayoría de clubes nacidos entre 1900 y 1915. [...] Además de la cantidad, sobresale el hecho de que los orígenes sociales de la mayor parte de los clubes pueden asimilarse a jóvenes empleados de casas comerciales y, especialmente, pobladores de vecindarios porteños. (Frydenberg, 1995: 58)

De esta manera, se identifica una potencia formidable en estos nuevos *footballers* que lograron surcar el espacio urbano con decenas de canchas de fútbol. La pregunta por el esfuerzo que esto implicó seguramente haya que rastrearla en las características que definieron al fútbol como escenario en el que se ponían en juego sentimientos y valores que comenzaban a marcar la vida de aquellos jóvenes. Este complejo movimiento se torna incomprensible si no se atiende al aspecto generacional, ya que se trataba de un colectivo buscando un lugar propio en una sociedad volátil y en conformación. Una vez más, Frydenberg aporta una valiosa reflexión al respecto:

Se trataba de una generación –en muchos casos hijos de inmigrantes– que deseaban mostrarse, distinguirse, en este caso expresado abiertamente en lucha por un terreno. En realidad, no hubo vecindario ni barrio sin conciencia de pertenencia. Fue una construcción simbólica a partir de experiencias comunes edificadas sobre prácticas que –como en el caso del fútbol– involucraron fuertemente a sus participantes. (Frydenberg, 1995: 59)

Si el vínculo identitario no quedó asociado a las colectividades nacionales, sí primó el sentimiento y la razón de la defensa del pequeño espacio local, vecinal, de cuadra o de esquina. Sumado a este aparecerá desde 1910 un recurrente apego a la simbología patria, emblematizada en los próceres nacionales. Es decir, este des-

acople temporal entre la fundación de la tradición patria de fines de siglo XIX y comienzos del XX y su plena adopción tal vez nos remita al pasaje de la formación del discurso patrio y a su recepción, en este caso vehiculizada en el fútbol.

Para la mayoría de los clubes fundados en la época no resultó nada sencillo encontrar un espacio apropiado donde instalar un campo de juego. No obstante ¿por qué fue el fútbol el deporte que terminó por arraigarse entre las mayorías de nuestro país? La respuesta a este interrogante suele vincularse a la disponibilidad de los recursos necesarios para su práctica: un terreno usado como campo de juego –o “potrero”– y algún elemento que cumpla la función de pelota. Numerosas tesis afirman que la fuerza de la inserción del fútbol entre los sectores populares se debió precisamente a la plástica recepción del espacio ciudadano. Lo curioso es que al mismo tiempo se mencionan las mudanzas por las que tuvieron que atravesar los clubes en su búsqueda de terrenos: “Esta noción construida acerca del feliz encuentro entre ciudad y fútbol –por lo menos para Buenos Aires hacia las primeras décadas del siglo XX– no parece evidente, y a poco de avanzar, tampoco resulta adecuado seguir sosteniéndola” (Frydenberg, 1995: 45)¹¹.

La ciudad se fue formando mediante la acción de una multiplicidad de actores que le imprimieron su sello. Entre ellos se puede destacar la presencia de los propietarios de terrenos a través del proceso de loteo y venta a plazos de tierras, el cual derivará en nuevos vecindarios. Otro de los elementos transformadores de la ciudad, sin lugar a dudas, fue la llegada masiva de inmigrantes “con cuyo aporte básico la ciudad duplicó sus habitantes entre 1900 (800.000) y 1915 (más de 1.500.000)” (Frydenberg, 1995: 46).

Es clave la acción de los jóvenes de los sectores populares, cuyas edades oscilaban entre los 12 y 20 años, nacidos mayoritariamente en el país, de padres criollos o inmigrantes, donde “la relación entre la formación del espacio urbano y el proceso de popularización de la práctica del fútbol se establece en la manera en que los jóvenes usaron la ciudad, la forma en que incidieron en su producción” (Ibídem: 46).

11 Frydenberg, J. (1995). “El espacio urbano y la práctica masiva del fútbol. Buenos Aires 1900-1920”, en *Boletín del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires*, 14. Buenos Aires: MCBA.

El asunto del espacio y el modo en que se establecieron las canchas no son una cuestión menor, ya que permite realizar diversos análisis. Los jóvenes sintieron la necesidad de tener un terreno, un espacio propio, para ser utilizado como *field* (Ibídem: 47). Así, el proceso de popularización del fútbol se inició en Buenos Aires contemplando tres aristas estrechamente ligadas entre sí: la iniciación en la práctica del juego, la fundación de un club y la búsqueda de una cancha propia: “la tarea de conseguir un terreno que hiciese las veces de cancha de fútbol fue uno de los emprendimientos más problemáticos que tuvieron que sortear estos jóvenes. Con el tiempo, poseer o no terreno, actuó como filtro que determinaría la supervivencia o no del equipo-club” (Ibídem: 47).

El inicio del siglo XX marcó la creación de un espacio competitivo en el contexto de la formación misma de la ciudad y los propios sectores populares y su cultura. La movilización y el esfuerzo por conseguir un espacio físico se inscribe en un proceso dual: por un lado, la configuración de una nueva ciudad –y en la cual podría suponerse la presencia de mucho espacio disponible–; por el otro, la popularización del fútbol, cuya consecuencia fue que dicho espacio urbano resultara inadecuado y escaso.

En líneas generales pude sostenerse que los clubes nacidos de los sectores populares que sobrevivieron a esta etapa fundacional fueron aquellos pertenecientes a vecindarios más alejados, lugares en los que coincidía cancha y residencia, ya que “los clubes que sobrevivieron y crecieron fueron los que pudieron ganarle esta batalla a una ciudad poco dispuesta a recibirlos” (Ibídem: 51-52).

Caso River. Hacia un abordaje simbólico, territorial y deportivo

Hasta aquí hemos planteado los aspectos más relevantes en torno a la introducción del fútbol en nuestro país, el fenómeno de popularización y su rol como dispositivo constructor de identidad. Prácticamente se trató de una parada “obligada”, ya que desconocer el contexto y condiciones que posibilitaron la aparición de numerosos clubes en la ciudad de Buenos Aires impediría continuar nuestro recorrido.

Para adentrarnos a los hechos y experiencias que dieron lugar al surgimiento del Club Atlético River Plate ha sido fundamental la lectura y análisis de la historia institucional, la cuestión territorial, la producción simbólica y algunos datos vinculados a lo deportivo. En algunos pasajes observaremos que la intersección e imbricación con el Club Atlético Boca Juniors es la confirmación de un escenario social construido en función de un *Otro*, donde las disputas formarán parte de las realidades objetivas y subjetivas (Berger y Luckmann, 2013)¹².

Cabe señalar que la experiencia de competencia tenía una carga emotiva especial. La práctica del fútbol estuvo integrada, desde su inicio, por una serie de vivencias que lo transformaron en un escenario en el que se ponían en juego muchos de los valores básicos amasados por una buena porción de los grupos sociales. En este sentido, el fútbol fue una experiencia dotada de una potencia nada común. Esa fuerza se expresó en la generación de lazos identitarios que tuvieron un correlato inmediato con el proceso de formación de la ciudad. De esta manera, la ciudad, en la práctica y representaciones de jóvenes, va adquiriendo la fisonomía de un universo espacial único a pesar de sus contrastes:

El fútbol ayudó a armar la identidad vecinal y la porteña. A través de la participación en el drama social del fútbol, una experiencia de la competencia, de la vivencia de las relaciones solidarias y horizontales, se fue diseñando la ciudad y las representaciones que de ella se constituyeron. (Frydenberg, 1995: 46-47)

La Boca fue el epicentro donde se originó una historia nutrida de particularidades. Se trató de una zona de gran desarrollo económico entre 1860 y 1900. El periodista Ezequiel Fernández Moores retoma un censo municipal de 1886 –citado por Dora Barrancos en el libro *Mujeres en la sociedad argentina*¹³– que brinda un descriptivo y preciso panorama. Señala que en La Boca se encuentra el 90% de las 69 casas de cambio de la ciudad de Buenos Aires. También 10 fábricas de cigarrillos, 4 de pastas, 2 de galletas, 31 de zapatos, 2 laboratorios de relojería, 5 farmacias, 33 peluquerías, 19 panaderías, 2 librerías, un teatro, 18 escuelas (12 públicas y 6 privadas) 1 diario, los primeros clubes de remo, tranvías, estación ferroviaria que la une al puerto de Ensenada. Casi 25.000 habitantes (60% de clase trabajadora) en 220

12 Berger, P. y Luckmann, T. [1966] (2013). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

13 Barrancos, D. (2007). *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos*. Buenos Aires: Sudamericana.

cuadras. Italianos de Liguria en su gran mayoría, pero también españoles, franceses, suizos, ingleses y de países limítrofes. El metro cuadrado cotiza a 5,58 pesos, más que en Pilar, Flores y Belgrano. Solamente es superado por Balvanera.

La historia de River Plate comenzó a tejerse a partir de 1901, cuando en la casa de Mr. Jacobs, subgerente de las carboneras Wilson, se reunían familiares y amigos ingleses a pasar el tiempo los domingos y frecuentemente practicaban fútbol. Así, surgió la iniciativa de constituir un club, el cual se denominó Santa Rosa.

El 25 de mayo de 1901¹⁴ los miembros del club se reunieron en Almirante Brown 927 –donde funcionaba una imprenta llamada Francisco Gentile– con los jugadores de otro equipo amateur: La Rosales. El objetivo era fundar un verdadero y único club de fútbol entre ambos. Antes de firmar el acta de fundación, hubo un aspecto clave de discusión: no había consenso para elegir el nombre. Algunos preferían Santa Rosa, otros La Rosales; más aún, se propusieron nombres como Foward y Juventud Boquense, ya que el club se establecería en el barrio porteño de La Boca. Finalmente, el jugador Pedro Martínez propuso el nombre River Plate, el cual simpatizó entre los miembros. Mientras se construía el dique 3 del Puerto de Buenos Aires, un grupo de marineros acopiaban y trasladaban unos gigantescos cajones para practicar con una pelota en momentos de ocio, a Martínez le llamó la atención la inscripción que figuraba en esos cajones: “The River Plate”. Probablemente la intención del texto era indicar “Río de La Plata”.

La mayoría de sus fundadores fueron descendientes de italianos, contando en forma minoritaria con criollos e hijos o nietos de británicos, con la salvedad del presidente Leopoldo Bard (austríaco) y Pedro Martínez (de ascendencia española). Geográficamente, la génesis del club se circunscribe al área portuaria, aunque la trayectoria de River provocaría un paulatino traslado hacia el norte de la ciudad durante las décadas siguientes.

Desde los comienzos, el fútbol fue el sello del club y su disciplina por excelencia. Aunque posteriormente el crecimiento de la institución promovió el desarrollo de

14 La primera Comisión directiva estuvo integrada por Leopoldo Bard (Presidente), Alberto Flores (Vicepresidente), Bernardo Messina (Secretario), Enrique Balza (Prosecretario), Enrique Salvarezza (Tesorero), Juan Bonino (Protesorero), José Pita, Enrique Zanni, Pedro Martínez, Eduardo Rolón, Carlos Antelo y Livio Ratto (Vocales). Fuente: sitio oficial Club Atlético River Plate. En línea: <www.cariverplate.com.ar/historia>. Consultado el 6 de enero de 2016.

otras actividades¹⁵, permaneció como el pilar sobre el cual se sustenta la entidad y le ha otorgado su reconocimiento a nivel nacional e internacional.

En estas primeras aproximaciones podemos “hacer hablar” a la historia. En primer lugar, los nombres elegidos al fundar los clubes de fútbol pueden ayudar a formar un concepto más claro de las ideas y sentimientos que movilizaban a esos jóvenes. La adopción del “Club Atlético” –utilizada por la mayoría de los clubes durante la primera década del siglo XX– responde a dos hipótesis: por un lado, como castellanización del “Athletic Club” inglés, expresando así la influencia del modelo con el que llega aquí adherida la práctica del fútbol. Sobre todo, y tal vez yuxtapuesto a la anterior explicación, se puede suponer su uso como la influencia del discurso oficial (escolar) promotor del atletismo, del higienismo y de la actividad física. El club atlético condensa la presencia de una corriente discursiva explícita en el modelo del *fair play*, sumada a la del currículo escolar. Sin embargo, los clubes atléticos –en su abrumadora mayoría– no eran más que equipos de fútbol en la primera década del siglo XX. Es decir, en el acto fundacional los jóvenes denominaron a sus clubes de fútbol al estilo del *sportman*, en un movimiento que se halla más bien vinculado a una solución de compromiso que a embanderamiento (Frydenberg, 1996)¹⁶.

En segundo lugar, la fecha de fundación no es un dato menor: coincide con la llamada Revolución de Mayo de 1810¹⁷, cuyo valor y peso simbólico es significativo en la historia de nuestra patria. Esta mención opera (consciente o inconscientemente) y se ha internalizado como realidad objetiva a partir de una gradual construcción discursiva que ubica a River como representante de la *argentinidad* frente a Boca, que condesará peyorativamente estigmatizaciones vinculadas a la xenofobia, el racismo y la ilegalidad (no se trata de un inmigrante blanco y europeo, sino de un “negro bolita del Riachuelo”. Este aspecto será abordado y retomado en páginas posteriores).

15 Actualmente posee 65 disciplinas (federadas, no federadas y recreativas), el Instituto River Plate (que dispone de niveles inicial, primario y medio), el Instituto Universitario River Plate (IURP) –el cual fue inaugurado el 12 de diciembre de 2007 por aprobación del Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación y, posteriormente, por la Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria (CONEAU), efectuándose el lanzamiento de carreras de grado y posgrado– y la Fundación River Plate. Fuente: sitio oficial Club Atlético River Plate. En línea: <www.cariverplate.com.ar/polideportivo>. Consultado el 6 de enero de 2016.

16 Frydenberg, J. (1996). *Los nombres de los clubes de fútbol. Buenos Aires 1880-1930*. En línea: <www.efdeportes.com/efd2/22jdf.htm>. Consultado el 6 de enero de 2016.

17 En un primer orden, aparecen otros tres clubes que nacieron un 25 de mayo: Platense en 1905, Defensores de Belgrano en 1906 y Huracán en 1907.

En segundo lugar, el grupo étnico que prevalece en la fundación coincide con los colores de la camiseta e identificación del club, pero también con los orígenes de su máximo adversario, Boca Juniors. El blanco y rojo referencian los colores de Génova, la sexta comuna más populosa de Italia¹⁸. El diseño de su bandera posee una disposición similar a la inglesa. Aquí encontramos el primer núcleo común, ya que tanto los jóvenes fundadores de River como los de Boca¹⁹ provenían y pertenecían al mismo colectivo étnico. Mientras que los primeros moldearon (y lo continuarán haciendo a lo largo de décadas) una identidad cada vez más alejada de dicho origen, Boca ha incorporado el legado de *xeneizes* (genoveses), materializándolo discursivamente como un bien cultural positivo en toda oportunidad (por ejemplo, colocando esa inscripción en la parte inferior del dorso de su camiseta).

Por otra parte, también es factible descubrir algunos rasgos político-ideológicos en los albores de los clubes de la época. Si bien el testimonio de Alejandro Fabbri resulta ciertamente genérico, nos sirve para hallar que el primer presidente de River, Leopoldo Bard, era un avezado dirigente radical:

Racing fue fundado por lo más granado de la sociedad de Avellaneda, vinculada al Partido Conservador. Hay otros equipos que se fundaron con mayoría de miembros socialistas o anarquistas: el rojo de Argentinos Juniors es por sus integrantes socialistas, lo mismo que el de Chacarita y el de Independiente, que lejos está de heredarlo del Nottingham Forrest (club inglés). Leopoldo Bard, el primer presidente de River, era un ferviente dirigente radical. En el caso de los rosarinos, Newell's Old Boys era un equipo elitista, fundado en el Colegio Anglo-argentino de Rosario, mientras que Central era ferroviario. Con el paso de los años y el desarrollo del fútbol, los clubes cambiaron su composición social. De

18 Datos correspondientes al último censo nacional de 2012. Fuente: Governo Italiano. Presidenza del Consiglio dei Ministri. En línea: <www.governo.it>. Consultado el 6 de enero de 2016.

19 Boca Juniors adoptará finalmente los colores azul y amarillo en su uniforme. Juan Rafael Bricchetto, operario del puente del Riachuelo y presidente de la institución entre 1906 y 1913, fue quien propuso adoptar los colores de la bandera del primer buque al que él le diera paso en el ingreso portuario. El mismo fue de origen sueco. Fuente: sitio oficial del Club Atlético Boca Juniors. En línea: <www.bocajuniors.com.ar>. Consultado el 6 de enero de 2016.

hecho, Boca era un club de italianos muy popular y hoy sigue siéndolo, pero con hinchas de la clase acomodada, antes más cercanos a River.²⁰

Tiempo de mudanzas y rivalidades

"La única patria posible es el encuentro permanente con el otro", dice el filósofo Darío Sztajnszrajber²¹. La historia socio-cultural de River, la construcción de narrativas, relatos, mitos, entre otros, ha sido resultado de un encuentro inicial –y sostenido a lo largo del tiempo– con Boca, en una suerte de binomio en el cual uno no puede pensarse en la ausencia del otro. Como hemos visto hasta aquí, los inmigrantes provenientes de Génova fueron el eslabón embrionario que dio lugar a los dos clubes más populares y preponderantes de nuestro país. En ese recorrido incidieron diversos factores, algunos de envergadura (como la popularización del fútbol y su posicionamiento como el deporte más representativo de la Argentina) y otros más bien ligados a subjetividades y experiencias colectivas (la decisión de conformar un club con determinadas características).

En el proceso de génesis de la Buenos Aires moderna, su paisaje cambia enormemente en pocas décadas. Se pasa de la ciudad de los vecindarios a la de los barrios. Ese movimiento entre las décadas del 10 y 20 resulta clave en la construcción de la ciudad y su escenario actual, así como los sentidos adheridos a ella desde los '30 en adelante: "Los años 20 y 30 son los momentos del nacimiento del imaginario barrial y el de los propios barrios" (Frydenberg, 2014).

A partir de la acción del mercado (loteo de tierras y su venta a plazos), la ampliación de la red tranviaria y la acción del Estado, se produjo la urbanización del territorio. Hacia principios del siglo XX, el movimiento produjo un centro superpoblado, barrios tradicionales como La Boca y una multitud de "vecindarios" más o menos conectados con ese centro a través del tren y los tranvías. Hacia la primera década

20 Respighi, E. (2006, noviembre). "Literatura, Alejandro Fabbri y el nacimiento de una pasión". En *Página 12*. En línea: <www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/4-4525-2006-11-18.html>. Consultado el 30 de diciembre de 2015.

21 Último programa "Mentira la verdad", emitido por *Canal Encuentro*. En línea: <www.encuentro.gov.ar>. Consultado el 7 de enero de 2016.

los vecindarios aparecían como suburbios de frontera de un centro que se iba expandiendo hacia las afueras.

La llamada modernización plena significó la transformación de esos vecindarios y las zonas intersticiales que los separaban, en áreas plenamente urbanizadas. Este proceso desembocó –hacia la década del 20– en la aparición de los *barrios*. El movimiento urbano y social que abarcó el nacimiento de los mismos implicó la aparición de un nuevo espacio público local, estructurado en la acción conjunta de nuevas asociaciones, (sociedades de fomento, bibliotecas populares, clubes); actores sociales, (las barriadas socialmente homogéneas); escenarios (la calle, la esquina, el café de barrio) y sus sociabilidades, como también sectores populares o mejor dicho nueva cultura de esos sectores populares (Frydenberg, 2014).

A través de la práctica del fútbol (entre otros fenómenos) comienza a percibirse y a ponerse en juego la pertenencia a la ciudad, el sentirse unidos a un espacio común, finito y compartido. El contenido de ese compartir estuvo dado por la competencia, la rivalidad, el cotejo del éxito logrado o inventado. Si se observa el fenómeno, probablemente pocos habitantes debieron haber conocido tan bien la ciudad, por aquel entonces, como estos jóvenes, quienes estaban utilizando al espacio urbano en todo su ancho y largo:

Tal vez pueda asimilarse este proceso a una metáfora que relacione el club-equipo (defendiendo el pequeño universo grupal-local) en su participación en una liga (que agrupó a competidores), con el vínculo existente entre el pequeño mundo local, vecinal, de cuadra, de esquina, con la totalidad conformada por la ciudad. (Frydenberg, 1995: 53)

En este sentido, podemos afirmar que la liga fue el encuadre totalizador a la manera en que la ciudad lo era como espacio urbano global, que dio cobijo a todos los equipos rivales que se sentían representantes de los vecindarios. En la gran mayoría de los casos aparece la relación de cotejo entre el todo y la parte, en un vínculo en el que se percibe al resto como adversario-enemigo, pero siempre necesario:

La rivalidad estuvo vinculada a la defensa de algo propio, asimilable en muchos casos –no en todos– al espacio, al vecindario o a la cuadra. Y si

la cancha se ubicaba en el mismo espacio físico la potencia movilizadora era formidable. El uso de la ciudad se manifestó a través de la rivalidad, que a su vez fue el espejo sobre el cual se construyó la propia identidad. (Ibídem: 54)

Así, el espacio urbano se constituye como un elemento sustancial al momento de analizar el caso River, el cual realizó un periplo por varios estadios antes de establecerse definitivamente en Núñez en 1938. Una cuestión que aparece inmediatamente vinculada a los sitios donde los clubes se trasladaron se refiere a si esto lo hicieron a vecindarios alejados del de origen; si esto es así ¿cuán lejos de las primeras?; en el curso de los traslados ¿volvieron a su lugar de origen o sus cercanías? Casualmente, o mejor dicho, causalmente, uno de los dos casos en los que el vínculo barrial se generó luego de que los traslados culminaron –es decir, en zonas distintas a los que nacieron– fue River (el otro fue Independiente de Avellaneda). Pero parecen ser casos excepcionales, ya que la mayoría de los que se trasladaron no volvieron exactamente al mismo espacio en el que nacieron, aunque tuvieron un área como eje cercano a la originaria. En contrapartida, y a pesar de los traslados, Boca mantuvo el vínculo con la comunidad que dio origen al club:

Los datos atestiguan la existencia de un primer momento de contacto entre el club y el barrio, especialmente en los clubes nacidos en los primeros años del siglo, cuando la presión por el espacio no era tan aguda. La insistencia en el esfuerzo por conseguir el terreno propio y la persistencia en mudarse varias veces, muestra la fuerza de la conexión identitaria con el lugar que se decía defender. (Frydenberg, 1995: 56)

La primera cancha de River se levanta el 28 de mayo de 1901 (pocos días después de su fundación) en el lado este de la Dársena Sur del Puerto de Buenos Aires (en Villafañe y Caboto), próxima a las Carboneras Wilson. Allí inició su campaña amateur, disputando encuentros con clubes de barrios linderos y zonas cercanas. En 1906, River es desalojado de su predio por orden del Ministerio de Agricultura de la Nación, instalándose en Sarandí²², al otro lado del Riachuelo, en un predio propiedad

22 En su paso por Sarandí, River jugó en Segunda. Se había afiliado a la Asociación de Fútbol en 1905 y comenzó en Tercera. En 1906 ascendió a Segunda y al año siguiente perdió la final por el ascenso a Primera 1 a 0 ante Nacional, un equipo de empleados de la firma Gath y Chaves. La base de ese equipo llegó a Primera en 1908.

de los almacenes navales Dresco. Sin embargo, Sarandí era un lugar poco amigable para los simpatizantes de River: su principal argumento residía en la incomodidad que representaba trasladarse hasta allí. Los dirigentes tomaron nota de ello. Pero ¿a dónde? En 1907 regresó a La Boca, pero esta vez al lado Oeste de la Dársena Sur.

El partido fundacional y oficial entre River y Boca se disputó el 24 de agosto de 1913. Los dos equipos se formaron en La Boca y reconocían explícitamente su herencia genovesa: River adopta los colores de la bandera de la ciudad italiana en su uniforme. "Antiguos rivales", titula el diario *El Nacional*, pese a que ese día se enfrentaban por primera vez. River triunfó por 2 a 1 en la antigua cancha de Racing Club: "Hay trompadas entre jugadores por una carga al arquero de Boca y "excesivo juego brusco", se lamenta *La Prensa*. Es un aviso"²³. Ese mismo año, River sufrió un nuevo desalojo y alquiló provisoriamente el césped del Club Ferro Carril Oeste en Caballito. En 1915, regresa por segunda vez a La Boca y se afianza en la manzana comprendida por las calles Pinzón, Caboto, Aristóbulo del Valle y Pedro de Mendoza.

Esta no será la última mudanza. En 1923 abandona definitivamente el lugar de sus orígenes (La Boca) y se establece en Recoleta. Allí se construye un estadio con capacidad para 40.000 personas en un terreno sobre la avenida Alvear (hoy Libertador) entre Tagle y Austria²⁴; con una tribuna oficial y otra popular. Para esa fecha, el club ya cuenta con 5.070 socios.

La fecha patria predilecta del club apareció una vez más, pero en 1935: los dirigentes colocan la piedra fundacional del estadio Monumental y el 27 de septiembre del año siguiente comenzó la construcción del mismo. Hacia fines de 1937 River consiguió su último laurel en el estadio de Alvear y Tagle²⁵. El desenlace de las mudanzas tuvo oficialmente lugar el 26 de mayo de 1938, fecha de inauguración del

Fuente: sitio oficial Club Atlético River Plate. En línea: <www.cariverplate.com.ar/historia>. Consultado el 7 de enero de 2016.

23 Fernández Moores, E. (2014, noviembre). "Superclásico". En *Canchallena*. En línea: <canchallena.lanacion.com.ar/1745070-superclasico>. Consultado el 7 de enero de 2016.

24 José Bacigaluppi, presidente de River, propone a la Comisión Directiva que el club se mudara allí. El 20 de mayo es inaugurado ante una multitud en un encuentro frente a Peñarol de Montevideo. En ese estadio obtuvo sus tres primeros campeonatos en la era profesional. También fue una de las sedes de la Copa América en 1929, inaugurando la costumbre de ser sede de eventos de la selección nacional. Fuente: sitio oficial Club Atlético River Plate. En línea: <www.cariverplate.com.ar/historia>. Consultado el 7 de enero de 2016.

25 Se consagró bicampeón tras golear a Argentinos Juniors por 6 a 0. El equipo superó la barrera de los cien tantos (106). Fuente: sitio oficial Club Atlético River Plate. En línea: <www.cariverplate.com.ar/historia>. Consultado el 7 de enero de 2016.

Monumental, celebrada con un amistoso –nuevamente– ante Peñarol de Montevideo y una concurrencia de 70.000 espectadores²⁶.

Entre 1916 y 1922, período en el cual Boca regresa de su fugaz estadía en Wilde y River de Sarandí y Ferro, las canchas se hallan a unas tres cuadras de distancia. La vida política se cruzó mediante dos decretos del general Agustín P. Justo, elegido presidente argentino en 1932 en medio de denuncias de fraude y radicalismo proscripito (socio honorario de ambos clubes), ayudan a Boca y a River a completar la construcción de sus estadios definitivos. Boca en la Bombonera –proyecto impulsado en 1936 por el presidente Camilo Cichero– y River en Núñez edifica el majestuoso estadio Monumental, hoy Antonio Vespucio Liberti, apellido boquense. Antonio es el sobrino de Tomás Liberti, un masón y genovés fabricante de soda, célebre en el barrio debido a que en 1884 había liderado la creación de los Bomberos Voluntarios de La Boca. Una vez más, Boca se “filtraba” en River.

De millonarios y bosteros

Con el inicio de del profesionalismo en 1931, River contrató a Carlos Peucelle –procedente de Sportivo Buenos Aires– por 10.000 pesos y al año siguiente adquirió a Bernabé Ferreyra –del Club Atlético Tigre– por 35.000. El club revolucionó el mercado de pases de la época, ganándose el apodo de *Millonarios*, siendo el único club sudamericano en la historia en haber realizado la incorporación más costosa del mundo hasta ese momento. Así, el apodo adoptó una fuerza poderosa y fue acompañada por los medios gráficos de la época.

Diarios como *Crítica* y *La Mañana* comienzan a incluir en sus crónicas²⁷ al novedoso epíteto para referirse a River, cuya difusión y circulación cumplieron un papel fundamental en la incorporación a la jerga y lenguaje entre el público futbolero. La compra estos dos jugadores (como dato objetivo) habilitó la construcción de

26 El estadio tuvo forma de “herradura” hasta 1958. A partir de la venta de Enrique Omar Sívori por 10.000.000 de pesos a la Juventus de Italia, la dirigencia utilizó los fondos para completar las obras de la tribuna Almirante Brown Baja. Con dicha construcción el estadio adoptó la fisonomía de un anillo y el sector se denominó tribuna Enrique Omar Sívori (alta, media y baja). Fuente: *Ibidem*.

27 Ver Frydenberg, J. (1996). *Los nombres de los clubes de fútbol. Buenos Aires 1880-1930*. En línea: <www.efdeportes.com/efd2/22jdf.htm>. Consultado el 6 de enero de 2016.

discursos –en este caso el apodo– que con el transcurso de los años fueron instalándose, en otras palabras, como símbolo dotado de legitimidad en el imaginario social: un desplazamiento temporal en el cual década tras década una realidad subjetiva se convierte en objetiva (Berger y Luckmann, 1991). Se desarrolla un proceso de internalización que ocurrirá con otros mote u adjetivaciones: tal es el caso de *gallinas*. Este último vinculado a un hecho estrictamente deportivo²⁸ y que tuvo su correlato en un partido disputado frente a Banfield²⁹, en el cual un hincha del club del sur soltó en la cancha una gallina blanca con una franja roja pintada sobre el plumaje, detrás del arco de Hugo Gatti³⁰. Una vez más, los medios gráficos publicaron imágenes e hicieron eco de lo sucedido.

Por otra parte, Boca –como ha ocurrido con todos los clubes del fútbol argentino– no resultó indemne a estas narrativas y símbolos que se construían y articulaban en lo deportivo, geográfico y territorial, cobrando aun mayor relevancia a partir del discurso periodístico. Fernández Moores explica la denominación *bosteros*:

El censo de 1925 revela que en la ciudad de Buenos Aires, 26.000 personas viven hacinadas en 605 habitaciones de 508 conventillos. En siete cuadras hay 66 tabernas. Cabarets con nombres italianos, rusos, eslavos. La Boca es foco de epidemias. Casa Amarilla es zona de desastre: ocupaciones, contaminación e inundaciones. “Y a todos los de Boca – cantan años después los de River y otras hinchadas– la mierda los tapó”³¹

En este sentido, se evidencia la participación activa del fenómeno futbolístico en la formación de las identidades barriales. Es necesario insistir en que los nuevos barrios porteños son básicamente construcciones simbólicas. La acabada construcción del contexto ritualizado del espectáculo futbolístico ayudó a cristalizar las iden-

28 En mayo de 1966, River Plate disputaba la final de la Copa Libertadores de América contra Peñarol de Montevideo. En la ida, disputada en Uruguay, el local se impuso por 2 a 0. Luego, en el Monumental, River venció 3 a 2. Así, la serie se desempató en un tercer y definitivo partido en el Estadio Nacional de Santiago de Chile. El equipo argentino comenzó ganando 2 a 0, pero los dos goles convertidos en el complemento por los uruguayos, sumados a otros dos en el tiempo extra, se tradujeron en un resultado final de 4 a 2 y River perdió la oportunidad de obtener la primera copa de su historia, como también convertirse en el primer club argentino en conseguirla. Fuente: *El Gráfico*.

29 Partido correspondiente a la trigésimo tercera fecha del Campeonato Nacional, disputado en el estadio de Banfield. El encuentro finalizó 1 a 1. Fuente: Asociación del Fútbol Argentino (AFA).

30 Ver Yanes, A. y Raffo, V. (1999). *Un pionero llamado Banfield: origen del Club Atlético Banfield y de la comunidad británica de Lomas de Zamora, 1899-1999*. Buenos Aires: edición del autor.

31 Fernández Moores, E. (2014, noviembre). “Superclásico”. En *Canchallena*. En línea: < <http://canchallena.lanacion.com.ar/1745070-superclasico>>. Consultado el 7 de enero de 2016

tificaciones barriales, que estuvieron fuertemente ligadas con el fútbol (Frydenberg, 2014). Así, concebimos al espectáculo futbolístico enmarcado en un contexto ritual peculiar, moderno, profano.³² Ese proceso, junto con modificaciones estructurales y mediáticas, como también adopciones y producciones propias, produjeron modificaciones en la cultura de esos sectores sociales.

Paulatinamente, estas adjetivaciones –“millonarios”, “gallinas”, “bosteros”, entre las más conocidas– se han disuelto en el coloquial y siempre justificado *folclore del fútbol*. En las entrevistas realizadas se ha observado esta respuesta como una constante a la pregunta por la discriminación y xenofobia detectada en los cánticos durante los partidos. Esta problemática –que será retomada en páginas posteriores– se ha articulado en el *hinchismo*, un fenómeno que cobra una dimensión considerable a partir de la popularización del fútbol: “El hinchismo es una base con la que se estructuró el ritual, y con él, las identificaciones futbolísticas en los ‘20. Este formato de adhesión nació con la popularización del fútbol, y será elemento necesario de la cristalización de las identidades futbolísticas y barriales” (Frydenberg, 2014).

En medio del proceso de renovación urbana, hacia principios del siglo XX, el fútbol convive como puede en la ciudad. Es una práctica que liga el descampado, la frontera urbana, con las áreas superpobladas. Así, el fútbol como práctica y moda entre jóvenes de los sectores populares, y como espectáculo incipiente, preexiste a la aparición del barrio. Se difunde sobre los vecindarios con jóvenes que aprenden rápidamente lo que significaba la rivalidad, la enemistad y el hinchismo. En ese movimiento previo, la identidad local, pequeña, vecinal, estructura la mayoría de las iniciativas de los de

32 Para que el fenómeno del estrecho vínculo del fútbol con las identidades barriales sea visible es necesario incorporar categorías que permitan percibirlo. Para ayudar a explicarlo será necesario el empleo de conceptos como el de “ritual”. Respecto del concepto de ritual: no se puede entender a la sociedad moderna si se piensa que los rituales han sido excluidos de su seno. La modernidad incluye esos fenómenos. Hay invenciones urbanas modernas y que son rituales. Rasgos característicos de los rituales y que están presentes en el espectáculo futbolístico: ruptura con la vida cotidiana; marco espacial y temporal específico; escenificación programada que se repite periódicamente a lo largo de un tiempo cíclico; preeminencia de la comunidad sobre la individualidad; es ocasión de acciones comunes, en cuyo marco la sociedad toma conciencia de sí y se autoafirma, con sentimientos de “comunitas” (propuesto como necesario para el funcionamiento de toda sociedad). La diferencia más marcada entre ritual religioso y ritual futbolístico estaría en la ausencia de seres o fuerzas sobrenaturales. El ritual “hace” más de lo que “dice”. Por eso hay que leer lo que la gente hace en el ritual. Los elementos del ritual presentes en el fútbol: estadios; jerarquías propias del orden del fútbol (emplazadas espacialmente: dirigentes, etc, platea, popular); comportamientos colectivos: la hinchada con sus cantos, bailes, colores; mundo del fútbol como analogía de una religión universal: con sus elementos de “idolatrización”, normativización; un escenario programado, repetitivo, estereotipado; unanimidad temporaria que se construye contra un chivo expiatorio: por ejemplo, el árbitro. El concepto de *ritual* las ideas básicas fue extraído de Bromberger, C. (2001). “Las multitudes deportivas: analogía entre rituales deportivos y religiosos”. En *EF Deportes*, N°29. Buenos Aires.

esos fundadores de clubes. Decían defender el honor del lugar, ser sus verdaderos representantes.

Ese formato emocional, valorativo y actitudinal se repetirá más tarde, con la generación de las identificaciones territoriales barriales. Pero eso sucede en el contexto de otra ciudad que emerge vertiginosamente. En esos años veinte años –de 1910 a 1930– se operaron cambios sustanciales; presenciados y, en muchos casos, ejecutados por los habitantes de la ciudad. El fútbol (practicado o en el rol de hincha) brindó espacios de participación en el reconfigurado espacio público. Obviamente, no fue el único. Sin embargo, se trató de uno privilegiado desde el punto de vista de la generación de identidades territoriales y, por qué no (siguiendo a Archetti), nacionales también.

Por otro lado, si analizamos al fútbol con todos sus componentes, se observa una conexión entre el escenario extraordinario del ritual, la vida cotidiana y los espacios de la sociabilidad masculina. Tuvo lugar un movimiento simultáneo, único, en el que se potenciaron entre sí el espectáculo, el club, el barrio y la prensa, encargada de codificar, clasificar y hacerlo cada vez más visible.

Si nos acotamos a los sectores populares porteños, la abrumadora mayoría de los hinchas y su papel como tales apuntó a una necesidad y posibilidad en ese momento histórico de hacerse visibles, de formar parte, pertenecer y ascender socialmente (Archetti, 2001). Esto en el contexto general de un marco que la propia elite ideó y habilitó: un proceso de integración tendiente a la homogeneización social y cultural. En esas nuevas construcciones el fútbol operó como matriz sobre la cual se crearon nuevas solidaridades y oposiciones.

La rivalidad entre River y Boca cobra una perniciosa legitimidad. En ella se observan cuestiones que exceden lo meramente deportivo: se amalgama a partir de una red de símbolos, experiencias, rituales, territorialidades que hacen del “superclásico” un producto final atractivo, movilizador, vendible y discursivamente pregnante. Amílcar Romero lo enuncia en forma de interrogante: “¿Madero vs. Huergo”. El autor ofrece un contrapunto ineludible sobre este antagonismo alimentado por diversas voces, y donde en registros históricos fueron clásicos rivales, mejor dicho “antiguos rivales de los dominios del sur”, aun antes de enfrentarse en un campo de juego por primera vez:

Asuntos portuarios, Madero vs. Huergo; de religión, masones contra marranos; de política, mayoría de radicales por un lado y socialistas y anarquistas revoltosos, por el otro; territoriales, darseneros y, del otro lado de la línea divisoria de Almirante Brown, los xeneizes con sus típicos conventillos: muchos fueron los factores que trabajaron en la división distintiva de bandos, que en estos días reconocemos con la simple antinomia entre *millonarios* y *xeneizes*, *gallinas* y *bosteros*. [...] Un antagonismo que rompe con todas las barreras de lo conocido aquí y en el resto del mundo, nacido en intrabarríos (el otro caso sería Atlanta-Chacarita), el escalafón más minúsculo de la lista que conforman el interregional (Real Madrid-Barcelona), el intraciudad (Nacional-Peñarol, Estudiantes-Gimnasia) y el interbarríos (San Lorenzo-Huracán o Vélez-Chicago).³³

Este primer abordaje nos ofrece un conjunto de consideraciones que allana un tanto más el camino. Los interrogantes en torno a los sentidos discriminatorios que se inscriben en prácticas y discursos actuales por parte de los hinchas de River poseen un antecedente, el cual ha sido el propósito de este apartado: intentar dar cuenta de los orígenes, es decir, las condiciones socio-culturales e históricas que han posibilitado la construcción y legitimización de ciertos sentidos que siempre se hallan articulados en función de Boca Juniors.

Rastrear las raíces de River nos condujo de manera unívoca a preguntarnos por su rival, aquel que ha conformado un binomio antagónico por excelencia y eficientemente convertido en espectáculo vendible. Consideramos que la prensa de la época (1910-1930) cumplió un rol clave en la circulación y difusión de estos sentidos que, desde un principio, formaron parte del "benévolo" *folclore* del fútbol. Con el transcurso de los años hemos observado que esta expresión ha naufragado en las peligrosas aguas del sentido común, encerrado en el universo de lo preexistente y por ello innecesario de cuestionar, objetivo que esta tesis plantea: problematizar lo cultural y discursivamente establecido.

33 Romero, A. (2005). *Fútbol S.A. Juego, industria del espectáculo y cultura de masas*. Buenos Aires: La abeja africana.

¿Qué fue primero, el fútbol o la violencia? /

El fútbol es un fenómeno social global, de ello no hay dudas. Dada su potencia cultural –claramente amplificada por el rol de los medios de comunicación en su difusión y circulación durante el siglo XX– se ha transformado en un objeto de estudio reconocido e interesante para diversas disciplinas de las ciencias sociales. Ahora bien, cabe destacar que su dilatada dimensión ha favorecido diferentes abordajes en función de sus múltiples aristas y articulaciones: historia, identidad, violencia, poder, entre otras.

En este sentido, el presente capítulo aglutina experiencias y sucesos en torno a un actor clave en nuestra investigación: la violencia en el fútbol. Durante décadas se han registrado centenares de muertes a raíz de ella. Como veremos, los protagonistas y responsables se reiterarán en un espiral ascendente que se ha agudizado.

En primer lugar, la irrupción de la violencia en los estadios argentinos no es una novedad, como tampoco las argumentaciones sesgadas y reiteradas elaboradas por una gran parte del periodismo deportivo. No se trata de un fenómeno excepcional debido a individuos igualmente excepcionales –los denominados “violentos”–, los cuales no existen más que en el discurso arraigado en un sector del periodismo como en ciertos dirigentes deportivos y políticos. En términos de Alabarces, se podría establecer que “la trama que organiza la violencia en el fútbol es una red de complicidades y acuerdos que tienen hasta cierta legitimidad social [...]. Se trata de

un dato estructural de la cultura futbolística argentina, cada vez más ordenada por la lógica del aguante” (2012: 11-12)¹.

Por otra parte, al revisar las coberturas periodísticas solemos encontrarnos con la explicación por el mero reflejo de condiciones sociales. El fútbol se transforma en un espejo, una metáfora nutrida de un enfoque facilista y conformista. En algunas oportunidades, simultáneamente, se traza la disyuntiva de lo normal/anormal: si estos casos ocurren es porque hay algo que escapa a la normalidad. A su vez, suelen tropezar con un conjunto de epítetos y calificativos identificables: estamos en presencia, lisa y llanamente, de inadaptados, hordas salvajes, animales, delincuentes, irracionales, falsos hinchas:

Ese discurso no es ni explicación ni intervención. Porque no explica nada. Y esto se debe a varios factores: a una profunda ignorancia de la complejidad de los significados de la violencia y no solo en el fútbol; al desconocimiento absoluto de causas; a la incompreensión de los cambios radicales que ha sufrido la cultura futbolística como toda nuestra cultura; a la ignorancia total sobre los contextos políticos, económicos, sociales y culturales en que estos fenómenos se despliegan. Este discurso no puede explicar y, por ende, no puede comprender. Menos aún intervenir. Solo puede diagnosticar excepción y recetar expulsión. (Alabarces, 2012: 17)

Asimismo, la aparición de este fenómeno no ha sido espontáneo, sino que responde a diversos contextos sociales, políticos, económicos y culturales que habilitaron (o no) su permeabilidad. Si nos remitimos a los datos duros, en la Argentina se produjeron 309 muertos en incidentes relacionados con el fútbol² entre 1922 y 2015. A priori, esta cifra nos brinda una fría e innegable referencia. Lo interesante aquí es realizar un recorrido que permita historizar y analizar los marcos en los cuales acontecieron, sus protagonistas y las causas/consecuencias que estas acrearon. De esta manera, podremos dar cuenta de la complejidad del fenómeno y algunos aspectos comunes, no solo a nuestro caso/objeto de estudio, sino que se erigen transversalmente en un campo más amplio.

1 Alabarces, P. (2012). *Crónicas del aguante. Fútbol, violencia y política*. Buenos Aires: Capital intelectual.

2 Fuente: ONG *Salvemos al fútbol*. En línea: <salvemosalfutbol.org/lista-de-victimas-de-incidentes-de-violencia-en-el-futbol>. Consultado el 18 de enero de 2016.

Por último, consideramos que abordar esta problemática es una suerte de parada obligada en una hoja de ruta que arrojó numerosas preguntas: ¿cómo explicar la violencia en el fútbol? ¿Hay un uso legítimo e ilegítimo de ella? ¿Qué experiencias han marcado antecedentes en el tema?

Violencia vernácula

La primera víctima fatal se registró el 30 de julio de 1922 en la cancha de Sportivo Barracas, oportunidad en que se enfrentaron un combinado vasco que se hallaba de visita y otro perteneciente a ligas del interior. La víctima fue un menor de edad, de quien *El Telégrafo* primero informa que se había fracturado un brazo cuando “se cayó de una tribuna improvisada sobre una chata de cuatro ruedas afuera del estadio”. El 1° de agosto, el diario publicó que el menor había fallecido y alertó sobre la responsabilidad de la policía y los dirigentes de Sportivo Barracas para evitar que los vehículos se estacionen y que espectadores subieran a ver los partidos desde allí. El 21 de octubre del mismo año, en cancha de Tiro Federal (Rosario), el local derrota 2 a 0 a Newell's por el torneo Estímulo de la Primera División local. En el segundo tiempo, una discusión entre dos espectadores culmina cuando Francisco Campá, Protesorero de Newell's, mata de un balazo a Enrique Battcock, obrero ferroviario, ex jugador y ex dirigente de Tiro Federal. La información del acontecimiento circula en los diarios *La Capital* (Rosario) y *Última Hora* (Buenos Aires). De acuerdo a las crónicas de los periódicos, “Campá interpeló a Battcok por su comportamiento, y este, un hombre de un físico robusto y gran musculatura agredió de un puñetazo a Campá, quien rato después regresó, extrajo un arma y disparó”³.

Sin embargo, lejos de construir una práctica extendida, cotidiana y habitual, habrá que esperar hasta 1939 para encontrar nuevas víctimas relacionadas con el fútbol. El 14 de mayo, la policía de la provincia de Buenos Aires reprime desórdenes con balas. Un oficial alega haber “disparado al aire”, pero lamentablemente asesina a dos espectadores en un Lanús-Boca. Lo novedoso aquí son dos cuestiones: las

3 Fuente: ONG *Salvemos al fútbol*. En línea: <salvemosalfutbol.org/lista-de-victimas-de-incidentes-de-violencia-en-el-futbol>. Consultado el 18 de enero de 2016.

muertes son a manos de la policía y los implicados visitantes, dos marcas que serán tradicionales en el fútbol argentino.

Cinco años después, aparecen nuevas víctimas en un River-San Lorenzo disputado el 2 de julio de 1944 en el estadio Monumental. La primera hoja negra en la historia del club manchada por hechos de violencia que se repetirán. Mueren nueve personas, nuevamente visitantes, en una avalancha. Según Amílcar Romero, especialista e historiador, “se debió a la represión policial contra la hinchada visitante en el sector de plateas. Se culpó al pánico y a la falta de luz y al pronunciado ángulo de las escaleras” (en Alabarces, 2012: 26). Aquí resaltamos otras dos cuestiones que se transformarán en marcas registradas: por un lado, el papel de la represión policial y su responsabilidad directa en la muerte de los mencionados hinchas, y por el otro, la impunidad, ya que la justicia no intervino ni procesó a ningún implicado.

Harán falta catorce años más, hasta 1958, para que se inicie la etapa “moderna” de la violencia en el fútbol (Alabarces, 2012). De todos modos, estos primeros tres casos ya reúnen varios de los componentes cruciales: la protección cómplice de las autoridades, la violencia policial y las deplorables condiciones de los estadios. Falta la acción de los grupos que luego serán conocidos como *barras bravas*, donde los contextos son radicalmente diferentes.

Hasta ese entonces, se trataba de la etapa romántica del fútbol argentino, ya que se vislumbraba una época de estadios llenos y donde “los récords de asistencia se dieron en 1952, en un sostenido ascenso desde el profesionalismo en 1931” (Alabarces, 2012: 27). En este sentido, lejos estaba el fútbol de pensarse como un escenario violento. En todo caso, se lo consideraba cosa de hombres, un espacio de afirmación de una masculinidad primaria y un tiempo de códigos que remite a los aprendizajes barriales.

Cualquier historia moderna de la violencia en el fútbol comienza el 19 de octubre de 1958 con la muerte de Alberto Linker. Es un punto de partida de una historia donde la violencia adquirirá otros sentidos. Linker es asesinado en un Vélez-River por una granada de gases arrojada por la policía. Se repitió lo acontecido en 1939 y 1944, y que se reproducirá una y otra vez: la represión policial produce una muerte que jamás será resuelta. Lo inaugural de este caso se halla en dos aspectos novedo-

sos: las acusaciones de la prensa y los reclamos de los hinchas hacia la policía (que decide no custodiar los estadios el domingo siguiente); y el segundo (más complejo), en una editorial de *La Razón* se menciona por primera vez la existencia de “barras fuertes, públicas y conocidas”. Este último resulta relevante, ya que los medios comienzan a configurar unos sujetos con ciertas atribuciones. Asimismo, cabe mencionar que

Estos grupos originalmente compuestos por aficionados entusiastas [...] gradualmente van convirtiéndose en auxiliares del club reconocidos por sus autoridades. Si para ganar es preciso el apoyo del hincha, y especialmente de visitante, los dirigentes de los clubes comienzan a colaborar al menos con la movilidad de esos grupos de entusiastas que dejan todo por la camiseta. Es que ganar, con el advenimiento del fútbol-espectáculo y el crecimiento de su papel como generador de ingresos, se fue transformando en lo único importante (Alabarces, 2012: 29)

Continuando con este breve pero significativo recorrido, el 9 de abril de 1967 un adolescente hincha de Racing ingresa por error en la tribuna de Huracán. Héctor Souto, de 15 años, fallece a raíz de politraumatismos luego de recibir una golpiza y luego ser rematado por los saltos en su pecho de uno de los líderes de la hinchada de Huracán. El término *barra brava* es incluido finalmente en las crónicas de los medios. El caso Souto nos permite observar, no solo la aparición de estos grupos con mayor autonomía y capaces de llegar hasta la muerte del adversario, es “la progresiva creación de un contexto social de interpretación donde la muerte es posible y la represión ilegal se vuelve legítima” (Alabarces, 2012: 30-31). En materia judicial, hubo 15 procesados y 3 condenados a penas menores.

¡No había puerta, no había molinetes, era la cana que pegaba con machetes!

Hacia fines de los '60 el escenario suma un hecho trágico y emblemático, el cual evidencia otra arista fundamental en este periplo: las condiciones edilicias de los estadios y el accionar de las fuerzas de seguridad. El hecho de la famosa “Puerta

12⁴ en el estadio de River Plate se cobra 71 víctimas fatales el 23 de junio de 1968⁵ y nuevamente predominan los jóvenes. En cuanto a la investigación, la causa tuvo irregularidades. Principalmente porque los dirigentes de River, Boca y la AFA intervinieron con celeridad para evitar reclamos particulares que los obligaran a abonar sumas superiores a los escasos seguros contratados. A pesar de ello, las condiciones de seguridad permanecieron intocadas.

El testimonio de Oscar (76), socio vitalicio de River, brinda algunas precisiones más del histórico hecho:

Me acuerdo que estábamos con mi papá y dos hermanos a pocos metros de la tribuna que ocupaba Boca y, por supuesto, al acceso de la Puerta 12 (actualmente corresponde al sector L de la tribuna Centenario Alta). Primero vimos un tumulto, empujones, pero no de pelea, sino personas que querían avanzar y retrocedían, rebotaban. Había muchísima gente, y de repente se transformó en una avalancha impresionante. Escuchábamos gritos pidiendo que no empujaran más, diciendo que había personas aplastadas. Enseguida las sirenas de las ambulancias e insultos a los policías, a la Montada que estaba ahí, que para esa época era muy brava porque la represión era cosa de todos los días. Un desastre total, fue terrible ver y escuchar lo que pasaba, un espanto realmente. [...] Para mí las responsabilidades son repartidas:

4 El documentalista Pablo Tesoriere, realizó una producción sobre el tema con el título *Puerta 12*, estrenado en 2008.

5 Las víctimas: Acosta, Omar Adolfo (18); Aguirre, Juan Domingo (17); Alanís, Jorge Roque (21); Albarracín, Pedro (17); Alderete, Roberto César (18); Arce, Eduardo (13); Bonfanti, Héctor Horacio (20); Brancato, Gustavo Aurelio (17); Burgo, Hugo Marco (17); Bustamante, Héctor Segundo (17); Cadera, Carlos (20); Caruso, Néstor Daniel (15); Cuader, Fernando (18); De Luca, Luis Alberto (20); Durán, Rubén Oscar (17); Espinoza, Jos, A. (19); Fernández, Paulino (27); Fernando, Juan Horacio (31); Ferni, Julio (15); Ferraril, Julio César (17); Gaete, Irineo (35); Galindo, Néstor (nunca se suministró la edad); Gallo, Julio César (14); García, Luis Alberto (15); Gianolli, Herminio Francisco (32); Goiello, Juan Ricardo (17); Gómez, Carlos Alberto (24); Gómez, José Martín (nunca se suministró la edad); Greco, Benedicto (15); Gugini, Carlos Alberto (15); Iderman, Jorge Hugo Chana (20); Jara, Juan Carlos (14); Landrini, Antonio (18); Ledesma, Ramón Sorpicia (17); Leguizamón, Juan (24); Lezcano, Ramón Esteban (16); Luna, Agustín Cándido (nunca se suministró la edad); Mansilla, Jorge Ernesto Rubén (21); Martini, Alberto Osvaldo (18); Mercurio, Eduardo Oscar (nunca se suministró la edad); Messitti, Roque (26); Mojica, Angel Daniel (nunca se suministró la edad); Montalva, Jorge Alberto (20); Morando, Luis Alberto (23); Moreira, José Ismael (22); Morel, Pedro Ricardo (16); Muñoz, Ricardo Oscar (15); Ochoa, Rubén (17); Paillini, Rodolfo Antonio (nunca se suministró la edad); Pereyra, Domingo (20); Quintana, Alfredo Aldo (31); Quintero, José Ramón (nunca se suministró la edad); Quirós, Delfino o Rufino (26); Raggi, Omar Miguel (20); Ranello, Héctor Omar (23); Ruiz, Raúl Oscar (15); Santoro, Mario Héctor (23); Silva, Rubén Eduardo (15); Simón, Jorge A. (17); Sittner, Juan Aurelio (18); Soria, Rubén (20); Sosa, Elio Baldemar (24); Suárez, Luis Crescendo (nunca se suministró la edad); Sueldo, Delfo Jesús (26); Tamburello, Antonio Omar (25); Toledo, Nicasio Antonio (24); Toledo, Francisco (19); Treppini, Juan Francisco (27); Troppini, Antonio (29); Von Bernard, Guido Rodolfo (20); y Zugaro, Leopoldo Fernando (35). Fuente: ONG *Salvemos al fútbol*. En línea: <salvemosalfutbol.org/lista-de-victimas-de-incidentes-de-violencia-en-el-futbol>. Consultado el 18 de enero de 2016.

negligencia de los dirigentes en las medidas de seguridad y falta de previsión de la policía, que con su accionar violento y desmedido no hizo más que empeorar la situación.

Sin embargo, esta no fue la primera experiencia en el cual las condiciones de un estadio y la organización policial arrojara víctimas fatales: el 28 de mayo de 1959 dos personas mueren al derrumbarse una tribuna del estadio de Estudiantes de La Plata⁶.

Un hecho de características similares y un saldo aún mayor tuvo lugar en Inglaterra, la masacre de Hillsborough (1989). Esta motivó la más importante reforma arquitectónica, cultural y legislativa del fútbol mundial, mientras que en nuestro país las medidas apenas se redujeron al cambio de nomenclatura del acceso. El incidente de la "Puerta 12" puso de manifiesto la inescrupulosa acción policial y la desidia de la dirigencia (cuando no una directa complicidad), que desembocaron en la mayor masacre de la historia del fútbol argentino hasta la fecha.

Si tuviéramos que señalar una referencia temporal, la dictadura de 1976 permite establecer un primer análisis en torno al número de víctimas y sus respectivas causas/responsables:

La serie de víctimas acumuladas entre 1924 y 1976 puede sintetizarse de una manera sencilla: son 92 muertos, 80 registrados en solo dos hechos (ambos en el estadio de River), 83 a causa de avalanchas y derrumbes. Si suprimimos el caso de la Puerta 12, quedan 21 muertos en 42 años: trece debido a la represión policial, dos a la acción de grupos organizados (barras fuertes que, en 1967, se transforman en barras bravas), tres a derrumbes, tres a hechos sin responsables definidos. [...] comprobamos que de los 165 casos fatales ocurridos desde 1976 hasta hoy, 153 se producen en los 28 años transcurridos desde 1984, es decir, desde el fin de la dictadura militar. (Alabarces, 2012: 32)

⁶ En un partido disputado entre Estudiantes de La Plata y Gimnasia y Esgrima La Plata mueren Sixto Andín Muñoz y Esteban Sardi tras derrumbarse una de las tribunas. Trágicamente, se registró el mismo hecho el 3 de diciembre de 1975, en un encuentro entre Estudiantes de La Plata y Rosario Central. La víctima fue identificada como Julio Castro (34). Fuente: ONG *Salvemos al fútbol*. En línea: <salvemosalfutbol.org/lista-de-victimas-de-incidentes-de-violencia-en-el-futbol>. Consultado el 18 de enero de 2016.

Por otra parte, en 1983 se produjeron otros cinco casos mortales⁷ –todos ellos jóvenes y previos al comienzo de la transición democrática–, a partir de los cuales se observa un modelo de acción y estilo instaurado por el gobierno de facto. El caso de Raúl Servín Martínez⁸, ocurrido el 5 de enero de ese año, unió todos los cabos sueltos:

[...] No faltaba nada. Había dos barras en acción, ambas con compromisos y protección política. Ambas coincidieron en negocios que las transformaron en asociaciones destinadas a producir plusvalía económica: la recaudación para viajar al Mundial en España. [...] Utilizaron la violencia como manera de disputar espacios de poder que implicaban a su vez beneficios económicos. (Alabarces, 2012: 34-35)

Así, observamos cómo las denominadas *barras fuertes* que el fútbol-espectáculo configuró desde fines de los años 50 se asumieron en las *barras bravas* de los '80. Lo sustancial radica en la adquisición de poder simbólico para luego obtener el económico. En lo que respecta al uso de la violencia, la misma fue privatizada, es decir, "las barras han copiado el modelo de los grupos de tareas de la dictadura, y actúan por fuera del monopolio legítimo de la violencia estatal" (Ibídem: 35).

El caso Martínez significó un vuelco en la situación. No solo porque exhibió las transformaciones producidas durante la dictadura, sino porque a partir de allí el crecimiento del fenómeno fue exponencial: los 199 casos fatales ocurridos entre 1984 y 2015 representaron un promedio de más de 6 muertos por año (6,43 para ser más precisos). Además, la violencia desatada por la dictadura constituyó, además de los muertos y desaparecidos en una atmósfera de terror, la ruptura del

7 Martínez, Raúl Servín (18); Calixto, Raúl (17); Frías, Miguel (23); Basile, Roberto A. (26) y Taranto, Aníbal (21). Fuente: ONG *Salvemos al fútbol*. En línea: <salvemosalfutbol.org/lista-de-victimas-de-incidentes-de-violencia-en-el-futbol>. Consultado el 18 de enero de 2016.

8 Martínez murió baleado por hinchas de Quilmes tras una emboscada de los hinchas locales de Boca a sus adversarios visitantes. Le dispararon desde un auto no identificado al grito de "¡Aguante Quilmes!". A los pocos días, fue detenido el líder de la barra de Quilmes, el *Negro Thompson*, Carlos Alberto de Godoy. Pero todo ocurrió solo después de que la Policía Federal irrumpiera en territorio provincial; el buscado era protegido por la Bonaerense, por Casanello, intendente de Quilmes electo por la dictadura y presidente del club, por el jefe de la comisaría 1° de Quilmes, Carlos Cardozo (hasta poco antes vicepresidente del club) y por el diario local *El Sol*. Por su parte, el líder de la barra de Boca era José Barrita, el *Abuelo*, ya fallecido, y que había planificado la emboscada frustrada como venganza por haber sido excluidos de la embajada de barras que el propio de Godoy había preparado para viajar al Mundial de España de 1982. Como remate, el *Negro Thompson* fue absuelto en 1984, ya que el probable responsable material de los disparos había sido asesinado en 1983. A la fiesta en la que se celebró la absolución, organizada por el club quilmeño, llegó una carta de adhesión de Julio H. Grondona, titular de la AFA. Ver Alabarces, P. (2012). *Crónicas del aguante. Fútbol, violencia y política*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

contrato moderno por el cual la única violencia legítima es monopolizada por el Estado, es decir el llamado poder coercitivo que detentaba con una supuesta lógica racional. Esa ruptura provoca un marco de interpretación en el que la violencia se privatiza y puede ser legitimada por actores distintos para fines particulares. Asimismo, la violencia estatal no solo perdió legitimidad sino que “sus prácticas antidemocráticas se prolongan hasta el día de hoy en la violencia policial. Y todo esto puede verse, amplificado, en el fútbol” (Ibídem: 35).

La post-dictadura y la legislación del fracaso

Desde 1985 se produjeron numerosos intentos de intervención gubernamental a través de la aprobación de leyes específicas o la creación de órganos destinados a combatir la violencia en el fútbol. Sin embargo, se percibe un incremento considerable en la cantidad de muertos: se contabilizan 12 víctimas más hacia fines de 1989. En la década de los 90 se registraron otras 65.

En materia legislativa, el 21 de junio de 1985 se aprueba la Ley 23.184, denominada Régimen Penal y Contravencional Para Violencia en Espectáculos Deportivos, más conocida como “ley de la Rúa”, en homenaje a su autor e impulsor, el entonces senador nacional Fernando de la Rúa. Entre otras especificidades, la normativa pena con cárcel a aquellos “que entonen cánticos amenazantes o insultantes”, lo que supondría el encarcelamiento de cientos de miles de personas cada fin de semana en nuestro fútbol. El espíritu de esta ley no resiste demasiados calificativos, con cierta bondad podríamos definirla como insólita y desprolija.

Aquí cabe subrayar dos cuestiones. La primera, que la ley fue sancionada pocos días después de la muerte de Adrián Scaserra⁹, de apenas 14 años de edad, asesinado nuevamente por balas disparadas “al aire” por la Policía Bonaerense en la cancha de Independiente en un partido frente a Boca. El Estado comienza a actuar solo como reacción coyuntural a un hecho fatal que los motiva a ocuparse del tema,

⁹ Scaserra, Adrián (14) pierde la vida el 7 de abril de 1985 en un Independiente-Boca Juniors. A raíz de un balazo calibre 9 mm ingresado por la espalda, cuando huía gradas arriba de una trifulca. Por tratarse de sospechados oficiales con uniforme la hipótesis peregrina del tiro al aire fue impuesta. Fuente: ONG *Salvemos al fútbol*. En línea: <salvemosalfutbol.org/lista-de-victimas-de-incidentes-de-violencia-en-el-futbol>. Consultado el 18 de enero de 2016.

sabiendo que la presencia en los medios les garantiza visibilidad. La segunda, la norma no consiguió reducir la cantidad de casos fatales: la intervención coyuntural es la norma. Cuando los muertos sobrepasan las cifras tolerables, y los reclamos periodísticos se vuelven acuciantes, se produce como respuesta alguna acción del Estado. Pero estas incursiones no provocan ningún resultado, básicamente porque constituyen reacciones represivas que intentan penar conductas pero de ninguna manera anticiparlas o modificarlas.

El Decreto de Necesidad y Urgencia 1466 de 1997¹⁰ fue otro intento por encarrilar la situación. Hasta ese momento, la dirección de las políticas sobre violencia en el fútbol estaba en manos de la Secretaría de Deportes de la Nación. Con esta normativa se crean dos organismos pretendidamente de debate: el Comité de Seguridad en el Fútbol y el Consejo Nacional para la Prevención de la Violencia y la Seguridad en el Fútbol. A partir de ahí, se instauran varias medidas jamás cumplidas. Se trata, fundamentalmente, de la obligatoriedad de que todos los espectadores estén sentados, siguiendo el modelo europeo, y la imposición de las cámaras de video en los estadios con capacidad superior a los 20.000 espectadores. Confiando plenamente en las bondades de las imágenes para detectar los delitos e implicados, el mecanismo generó unas pocas condenas por contravenciones, pero a la vez habilitó la instalación de cámaras, “un gran negocio por el cual hasta hubo una denuncia de corrupción, dadas las cifras que costaron los sistemas (más de un millón de dólares por estadio aproximadamente)” (Alabarces, 2012: 39).

No obstante, este recorrido e intento de reconstrucción de una historia de la muerte en el fútbol argentino requiere una mayor profundidad. Si nos remitimos a la cantidad de muertos y responsables, donde las barras y la policía aparecen como principales imputados, no alcanza para entender el fenómeno. Aquí también debemos señalar otros factores relevantes: los problemas de infraestructura o edificios de los estadios y las transformaciones socio-culturales que el menemismo produjo en nuestra sociedad. Si tomamos las muertes ocurridas en los últimos ocho años

10 Ministerio de Economía y Finanzas Públicas de la Nación. Decreto de Necesidad y Urgencia 1466/97. “Centralizarse en el citado Departamento de Estado, los aspectos relativos a la seguridad de los eventos deportivos. Créanse el Comité de Seguridad en el Fútbol y el Consejo Nacional para la Prevención de la Violencia y la Seguridad en el Fútbol. Régimen de Seguridad en el Fútbol”. Fuente: Ministerio del Interior de la Nación. En línea: <inforeg.mecon.gov.ar/inforegInternet/anexos/45000-49999/48234/norma.htm>. Consultado el 18 de enero de 2016.

no eluden a un panorama por demás complejo: mueren por problemas de infraestructura, enfrentamientos entre hinchas, represión policial y, en algunos casos, por asesinato. Otro aspecto notorio son los crímenes por disputas de poder internas entre las hinchadas, es decir, que mueren a manos de sus compañeros.

Para adentrarnos en los intersticios del caso River ha sido propicio rastrear la invención de las *barras* –tanto en términos discursivos a través del tiempo a partir de los medios como socio-culturalmente– como sus vinculaciones con las dirigencias de los clubes y la esfera política, las cuales se refuerzan durante la dictadura. Esto último es clave para comprender los cambios sufridos en el imaginario futbolero y, en consecuencia, en nuestro objeto de investigación. De todas maneras, previamente retomaremos algunas teorías elaboradas vinculadas a la violencia y la experiencia del *hooliganismo* británico, tantas veces esbozada por periodistas y pseudo-especialistas en el tema.

Aproximaciones teóricas: entre civilizados y bárbaros

Hablar de civilización y barbarie nos remite automáticamente al pensamiento sarmientino respecto a la educación y ciudadanía, por el cual los individuos son educables, perfectibles y a ello se ata el destino de las naciones; o en otras palabras, une en un mismo proceso al perfeccionamiento humano y al progreso indefinido del pueblo. Dicha visión anclada a la modernidad también encuentra su correlato en la fundación del fútbol. Este, como el resto de las disciplinas, se inventan codificando, es decir, imponiendo reglas aceptadas por todos los participantes. Así ocurrió con los antiguos juegos populares, cuya finalidad era reducir su carga de violencia. Acompañando un proceso general de reducción de la violencia social, los deportes se crean como una forma de canalizar la violencia de una manera regulada, y transformarla en un dispositivo socialmente aceptado.

Con la intención de control social como meta principal, el deporte, y especialmente el fútbol, se extiende velozmente entre los sectores populares ingleses: “hacia fines del siglo XIX surgió una Liga Profesional, hecho que revela una democratización de la práctica deportiva. Las clases altas no practicaban profesionalmente,

se mantenían al margen a través del amateurismo” (Alabarces, 2012: 44). Esta experiencia se repitió en nuestro país, lo cual conllevó a que numerosos clubes pertenecientes a la elite se abocaran al hockey o rugby.

A partir de los '60 emergen significativos hechos de violencia entre los hinchas ingleses, un fenómeno que a comienzos de la década siguiente se torna masivo y se extiende a todos los estadios de fútbol británicos. En ese proceso surgieron los *hooligans*, término con el que se bautizó por aquellos años a las bandas de hinchas británicos –especialmente ingleses– que se enfrentan en intensas grescas con la policía y otros hinchas.

En ese contexto surge una primera reflexión del trabajo de Ian Taylor, sociólogo dedicado a temas de la violencia social en los países centrales. En 1971, afirmaba que los sucesos de violencia en el fútbol eran obra de integrantes de la clase obrera inglesa como forma de protesta ante la “expropiación” que la industria del espectáculo estaba produciendo en un deporte que entonces mostraba evidentes características de clase: el fútbol se estaba transformando en un fenómeno global y de las clases medias. Los hinchas originales, miembros de la clase obrera, sentían que estaban siendo despojados y ya no constituían un elemento clave en esa cultura. El hooliganismo sería entonces, según Taylor, una respuesta, una especie de protesta resistente para retener el control sobre el fútbol.

Casi una década después, Taylor modificó parcialmente su postura, argumentando que los hooligans eran jóvenes que estaban perdiendo sus empleos y excluidos en el proceso thatcherista, por lo que protestaban además contra su marginalización. El fenómeno era así explicado como una respuesta violenta a dicho contexto. En ambos casos, Taylor, como señalan sus críticos, adolecía de una praxis suficiente. Allí estaba su talón de Aquiles: se trataba principalmente de una interpretación articulada y fundamentada en datos periodísticos.

Los sucesos de Heysel¹¹ en 1985 constituyeron una clara alerta y al mismo tiempo aluvión de estudios relacionados con el tema. Uno de ellos, impulsado por el

11 Son conocidos como la "Tragedia de Heysel" los sucesos acontecidos el 29 de mayo de 1985 en el Estadio de Heysel de Bruselas (Bélgica), en el que murieron 39 aficionados (32 italianos seguidores de la Juventus, cuatro belgas, dos franceses y un británico) a causa de una avalancha de aficionados en los prolegómenos de la final de la Copa de Europa (hoy Liga de Campeones de la UEFA), disputada entre Liverpool y Juventus. Además se registraron 600 heridos de diversa consideración. Fuente: sitio oficial Liverpool Football Club. En línea: <www.

gobierno inglés al Parlamento, se publicó en enero de 1986 y fue firmado por Mr. Justice Popplewell, autoridad suprema (Lord Chief Justice). El mismo se denominó “Informe sobre seguridad y control de multitudes en estadios deportivos”. El mencionado magistrado arriesgó algunas conclusiones respecto a los hooligans: “Ha habido siempre un grupo, a veces pequeño, que ve atractiva la violencia. Un grupo que considera a los estadios como un escenario conveniente para ejercer esa violencia, y, el partido de fútbol, una ocasión para desplegar sus tendencias agresivas que en otros tiempos serían exhibidas en los pubs, el centro de la ciudad o donde fuera” (1986: 6 en Garriga Zucal, 2013: 16)¹².

Popplewell concluía estableciendo que “aunque los sociólogos encontraran la verdadera causa de la violencia en las tribunas, no puede prescribirse una cura completa, ni siquiera en el largo plazo”. Por tal motivo afirmaba que “tomar adecuadas medidas preventivas puede ser útil para frenar la violencia en los estadios” (1986: 6 en Garriga Zucal, 2013: 17). Estas demorarían cuatro años más en hacerse efectivas.

Las interpretaciones. Siempre los británicos

La entonces Comunidad Europea, preocupada por la violencia extendida por el continente con la aparición de *ultras*, *skinheads* y otras tribus, comenzó a destinar importantes recursos para un estudio aplicado y científico sobre la problemática. Lo mismo hizo el gobierno conservador de Margaret Thatcher, a partir de hipótesis elementales y relacionadas con el control social. Allí es donde las figuras de Norbert Elias (alemán) y Eric Dunning resultan centrales. La preocupación fundamental del trabajo¹³ de Elias se circunscribía a la agresión, la violencia y el control de la misma:

Entre la Edad Media y los tiempos modernos, se ha producido en las sociedades de Europa occidental un refinamiento más o menos continuo de los modales y estándares sociales, unido a un incremento

liverpoolfc.com/history/heysel>. Consultado el 19 de enero de 2016. También se escribieron obras británicas e italianas que reúnen material de investigación y narran el hecho a partir de las voces de sobrevivientes y testigos. El 29 de mayo de 2015 la BBC de Londres estrenó un documental en conmemoración a los 20 años de la tragedia. Ver *Heysel 1985: Requiem For a Cup Final*. Disponible en: <www.youtube.com/watch?v=3ix7TkB9gok>.

12 Garriga Zucal, J. (comp.) (2013). *Violencia en el fútbol: investigaciones sociales y fracasos políticos*. Buenos Aires: Ediciones Godot.

13 Ver Elias, N. (1994). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: Fondo de Cultura Económica. Traducción: Ramón García Cotarelo

de la presión social sobre las personas para que ejerzan un más estricto, previsible y continuo autocontrol de sus sentimientos y conductas. [...] Como parte de este proceso no planificado, se ha producido un cambio en el equilibrio entre las presiones internas y externas, a favor de estas últimas y, al nivel de la personalidad un aumento de la importancia de la "conciencia" o "súper-ego" como un regulador del comportamiento. Es decir, a lo largo del proceso de civilización europeo, los estándares sociales se han interiorizado profundamente y operan no solo conscientemente, sino por debajo del umbral de la racionalidad y el control consciente [...], por ejemplo, mediante la aparición de los sentimientos de culpa, ansiedad y vergüenza. (Elias, 1994: 86)

En este sentido, Elias se refiere a una disminución del *angriffslust* ("ataque de lujuria" en alemán), a una contención de la pasión de atacar, es decir, a "una domesticación del deseo y capacidad de las personas para obtener placer de la agresión a los demás" (Elias, 1994: 87). En ese contexto, el trabajo de Dunning y su grupo de la Universidad de Leicester, ya sin la presencia de Elias (fallecido en 1990), se focalizó en el hooliganismo¹⁴. Junto a sus colaboradores demostró empatía por la tesis de Taylor. Sin embargo, para estos las explicaciones de Taylor poseían una visión romántica del pasado de los trabajadores. Desde esa óptica, estos sectores reproducen de manera constante una propensión masculina a mostrarse violentos públicamente. En consecuencia, Dunning sostuvo que en los hechos de hooliganismo el protagonismo es de "los sectores más rudos de la clase obrera", especialmente de los jóvenes, excluidos del "proceso civilizatorio" descrito por Elias, es decir, de la tendencia general a la reducción de la violencia en la vida social.

Cualquier actividad que se defina actualmente como deporte tiene que ser valorizada por dos aspectos: por el culto al cuerpo y por su carácter lúdico. Pero esta doble valorización del fenómeno deportivo es parte de la concepción occidental moderna (Alves de Souza, 1996: 8). En la misma dirección, también se trata de una esfera de la vida social destinada a contrabalancear las presiones y el stress provocados por la rutina: ver al deporte como una liberación de tensiones que produce

14 Ver Dunning, E.; Murphy, P.; Williams, J. (1988). *Las raíces del hooliganismo futbolístico. Un estudio histórico y sociológico*. Londres- Nueva York: Routledge & Kegan Paul.

una excitación agradable, proveniente de cierto grado de ansiedad y miedo, lo que puede ser entendido como un proceso catártico. Sin embargo, el deporte no es la única forma de librarse del stress:

De una manera simple o compleja, a un nivel bajo o elevado, las actividades de placer proporcionan, por un breve tiempo, la erupción de sentimientos agradables fuertes que, con frecuencia, están ausentes en las rutinas habituales de la vida. Y su función no es simplemente, como muchas veces se piensa, una liberación de tensiones, sino una renovación de esa medida de tensión, que es un ingrediente esencial de la salud mental. El carácter esencial de su efecto catártico es la restauración del 'tonus' mental a través de una perturbación temporal y pasajera de excitación agradable. (Elias y Dunning en Alves de Souza, 1996: 11)

Frente a esta explicación, las respuestas solo podían ser represivas, en principio, y las preventivas podían definirse como educativas a los efectos de reducir la violencia "innata" de estos grupos para devolverlos al "proceso civilizatorio". Las perspectivas críticas, principalmente de Gary Armstrong y Richard Giulianotti, consideraban que las hipótesis de Dunning eran funcionales a las políticas thatcheristas, por las cuales los sectores populares siempre eran los apuntados y responsables. Las críticas excedían lo ideológico; también fueron metodológicas y empíricas. Tanto Armstrong como Giulianotti desarrollaron sólidas investigaciones etnográficas sobre hooligans, y señalaron que el principal déficit del trabajo de Dunning se hallaba en las fuentes periodísticas y policiales utilizadas, en el cual el principal ausente eran las voces de los mismos hooligans (es decir, el objeto de estudio).

En otras palabras, se señalaba una suerte de distancia social que facilitaba conclusiones prematuras e inconsistentes a partir de generalizaciones. El trabajo de Giulianotti¹⁵ (basado en la etnografía) revelaba que la composición social de los hooligans era mucho más diversa. Esto llevó a Armstrong y al propio Giulianotti a sostener la hipótesis de una violencia "socialmente significativa" y con sentidos complejos.

15 Ver Giulianotti, R. (2005). *Sport: A Critical Sociology*. Londres: Polity.

Armstrong, tras una prolongada etnografía entre los seguidores del Sheffield United¹⁶, argumentaba que los hooligans ingleses no eran particularmente sujetos violentos, que entre ellos no había solo miembros desplazados de los subgrupos de la clase obrera y que gran parte de la hostilidad contra ellos estaba basada en los miedos alimentados por la policía y los medios. Para el autor, la violencia se explicaba como resultado de la manera en que los seguidores disfrutaban el juego, lo cual llevaba a transformar la oposición simbólica en confrontaciones físicas reales. Si la humillación simbólica del otro es el principal objetivo, esto se desplazaba rápidamente a la pelea concreta. Es decir, lo que los hooligans discutían era “qué tipo de dramas sociales pueden ocurrir en espacios públicos y qué códigos de conducta deben prevalecer (Armstrong, 2007).

Esa disputa no era política: los hooligans no eran militantes ultraderechistas, a diferencia de los skinheads alemanes, por ejemplo. La política se encontraba ajena al hooliganismo, era un mero discurso mediático británico. Cuando estos destruían la propiedad privada no cuestionaban al sistema capitalista, ni había reclamo social alguno: simplemente superaban la primera barrera, el símbolo de la seguridad, la base de la ley, luego de lo cual todo se transformaba en violencia absoluta, es decir, había pura experiencia y satisfacción del deseo. Cabe destacar estas particularidades ya que en reiteradas ocasiones se ha intentado trazar comparaciones entre el hooliganismo y los hechos de violencia de nuestro fútbol, en el cual las barras bravas establecen vínculos con la esfera política, una diferencia sustancial.

Como se observa, el contexto social, político, económico y cultural contrasta diametralmente. Frases como “hagamos como los ingleses con los hooligans”, “copiemos lo que hicieron los ingleses y se termina la violencia en las canchas” han circulado durante años en el discurso periodístico local, como si la llana importación e implantación de un conjunto de medidas (las cuales veremos a continuación) surtieran mágicamente efecto como un medicamento en un cuerpo social “enfermo de violencia”. Tales afirmaciones se emparentan y acercan más a la “ley de la Rúa” que a una posibilidad viable.

16 Ver Armstrong, G. (2007). *Sheffield United FC: The Biography*. Sheffield: Hallamshire Press.

Por último, debemos mencionar y analizar las modificaciones en el fútbol inglés en los '90 y la progresiva disminución del hooliganismo a raíz de la masacre de Hillsborough en 1989. A partir de ellas hallamos una derivación interesante: el auge e instalación de circuitos cerrados de televisión en la vigilancia de los estadios, luego incorporados en diversos espacios públicos; los mismos sistemas descritos en la Argentina durante la década del 90.

Muerte y resurrección

Hacia fines de los '80 acontece un hecho bisagra que impacta directamente en las políticas de seguridad en los espectáculos deportivos británicos: el "Desastre de Hillsborough"¹⁷ causó la muerte de 98 personas (la gran mayoría jóvenes) y 400 hinchas del Liverpool heridos.

El desastre, que la prensa y las autoridades policiales adjudicaron inicialmente a la acción de los hooligans, se debió a los problemas estructurales del estadio y al defectuoso accionar policial y su pánico a los "hinchas violentos", provocando así una avalancha de una magnitud sin precedentes. Todas las víctimas murieron aplastadas contra una reja de hierro que ninguna de las autoridades (policiales y del club) supieron cómo abrir, en tribunas separadas por rejas cuales jaulas. El alcoholismo fue otro de los factores atribuidos, que posteriormente fue descartado como causa del suceso.

Rápidamente, y sin intención alguna de trazar un paralelismo o espejo, podemos hallar algunos aspectos que resultan familiares con lo sucedido en la *Puerta 12* del estadio Monumental: muerte de decenas de hinchas por aplastamiento, salidas bloqueadas e imposibilitadas para una evacuación, problemas edilicios del estadio y la impericia policial. Sí nos aventuramos a establecer diferencias: las consecuencias.

Mientras que en nuestro caso dirigentes y autoridades buscaron desligarse de toda responsabilidad, los ingleses llevaron adelante una investigación parlamenta-

¹⁷ Hace referencia a una avalancha ocurrida en el estadio del Sheffield United, conocido como *Hillsborough*, el 15 de abril de 1989. El incidente se registró en el marco de la semifinal de la Copa de Inglaterra disputada entre Liverpool y Nottingham Forest. La cadena deportiva de televisión *ESPN* realizó un documental titulado *Hillsborough*, episodio que forma parte del ciclo "30 for 30: Soccer Stories" (2014).

ria conducida por Lord Justice Taylor, quien a los pocos meses entrego un informe (luego se denominó *Informe Taylor*). Este documento resultó clave en el tratamiento de los problemas de la violencia en el fútbol británico, donde su autor señalaba también que ninguna de las autoridades del fútbol había tenido en cuenta las tragedias anteriores en los estadios para tomar las medidas pertinentes. La prolijidad, sistematicidad y minuciosidad de la investigación, sumado a la diversidad de fuentes consultadas y la conmoción social que había generado el hecho, permitieron que sus recomendaciones fueran aceptadas y puestas en práctica por el organismo rector del fútbol profesional (la FA o *The Football Association*).

Aquí las causas de la masacre y las condiciones generales que podían desencadenar en su repetición:

- Estadios en malas condiciones: obsoletos y precarios. Las estructuras eran antiguas (muchas de ellas poseían gradas de madera) y no estaban previstas suficientes salidas.
- Ausencia de confort y maltrato a los hinchas: los espectadores eran tratados como salvajes, culpables, transgresores. Ello convivía con baños en mal estado, la aceptación que los espectadores orinaran en cualquier lugar, ausencia de cestos de basura, etc. En otras palabras, los estadios eran lugares donde eran tratados como animales. Taylor indagaba por un genuino interés de los dirigentes en el bienestar de sus simpatizantes.
- Hooliganismo: los datos y estadísticas policiales existentes señalaban que la condición de "hooligan" podía ser aplicada a una ínfima cantidad de espectadores. Los arrestos registrados entre 1986 y 1990 arrojan un 0,03% del total del público (Alabarces, 2012). Esta cifra era fundamental, ya que evidenciaba un cambio central en la perspectiva de acción. Antes de preocuparse por el control policial de esos espectadores, las políticas debían articularse en "mejores y más seguras condiciones en los estadios". El Policing Football Hooliganism Report redactado un año más tarde sostenía que "el efecto del Informe Taylor ha sido el de reenfocar la atención en la seguridad de la mayoría de los espectadores que se comportan adecuadamente y mantener el control sobre aquellos que no lo hacen". Había una reconceptualización

sustancial, ya que la seguridad entendida en términos policiales se transformó en confort y prevención de accidentes para los espectadores.

- Alcoholismo: se permitió la venta regulada dentro del estadio, limitando la cantidad de "pintas" por espectador y la prohibición de entrada con bebidas a las gradas.
- Escasa autoridad dirigencial: las jerarquías de los clubes, amparados en su condición de accionistas privados, hacían caso omiso de su responsabilidad hacia los hinchas. La comunicación entre directivos e hinchas era escasa.
- El rol de los medios: el *Informe Taylor* hacía hincapié en el papel de los medios de comunicación, adjudicándoles una responsabilidad significativa en la construcción de identidades de los hinchas. A su vez, criticaba las coberturas realizadas por la prensa respecto a los hechos de violencia, en las cuales abundaba el sensacionalismo e información errónea, endilgándoles a los hooligans una faceta ultraderechista.

Por otra parte, las recomendaciones del informe pueden sintetizarse de la siguiente manera:

- Optimizar las condiciones de los estadios. Entre ellas, regular las bocas de salida. Debían existir suficientes puertas para que los espectadores pudieran abandonar el estadio en ocho minutos en condiciones normales, como también señalar con colores vivos todas las vías de salida. A su vez, se fijó la cantidad de espectadores por superficie habilitados, tomando en cuenta además el ángulo de inclinación de las tribunas a los efectos de garantizar visibilidad.
- Aumentar las comodidades y mejorar el recibimiento de los hinchas, en su salubridad, confort y seguridad.
- Ubicar en butacas a todos los espectadores. El plazo variaba según las divisiones. Se iniciaba la política de *all-seated* o *todos sentados*.
- Prohibir la venta de entradas en los estadios y durante el día del partido. Se propiciaba excluir de las inmediaciones del estadio a quienes no tuvieran entradas.

- Eliminar las vallas que se asemejaran a jaulas o cárceles, las cuales presentaban consecuencias adversas (una de las causas de la masacre de Hillsborough). A ello se sumaba prescindir de alambrados perimetrales, considerándose más peligrosa una avalancha que una invasión al campo de juego, la cual pasó a ser rigurosamente penada.
- Formar fuerzas especializadas en temas de violencia en los estadios, lo cual llevó al establecimiento de stewards (guardias privados empleados de los clubes), entrenados según normas estandarizadas y regulados por las autoridades de aplicación británicas. No se encuentran armados y los arrestos, en caso de transgresiones, se realizan fuera del estadio.
- Mejorar la instalación de cámaras de video en los estadios, aceptando las imágenes como prueba jurídica en caso de incidentes.
- Penar tanto a quienes atentaran violentamente contra otros como a quienes incitaran a la violencia a través de cánticos xenófobos.

El *Informe Taylor* y el *Policing Football Hooliganism Report* coincidían en un trabajo participativo e integrado entre todos los actores intervinientes en un espectáculo deportivo, más precisamente de fútbol: “Sin embargo, no puede esperarse que la policía cargue sobre sus hombros todo el incendio. Las autoridades futbolísticas también poseen un control crucial destinado a mejorar las facilidades para los espectadores e influenciar en su comportamiento. Las medidas locales para controlar el hooliganismo requieren una cooperación estrecha entre la policía y los clubes, actuando responsablemente para la seguridad del público” (en Alabarces, 2012: 60).

Todas las recomendaciones fueron ratificadas por el *Policing Football Hooliganism Report* un año después y transformadas en normas jurídicas. En consecuencia, el gobierno británico creó la *Football Licensing Authority (FLA)* como órgano regulador de las modificaciones realizadas, el cual comenzó a trabajar en 1990. En términos estadísticos las consecuencias fueron exitosas. Si bien esporádicamente se produce algún incidente –el más habitual, el ingreso de espectadores al campo de juego–, las manifestaciones de hooliganismo fueron paliadas con creces.

También es cierto que esto se produjo a partir de la acción integrada de un control sobre los asistentes a los estadios, mediante la venta personalizada y nominalizada de entradas; la implementación de sistemas de control sobre las cámaras; la fuerte inversión monetaria de los clubes, hecho que se tradujo en un incremento sustancial de del valor de las entradas. Esto último excluyó definitivamente a las clases populares del espectáculo y el fútbol se ratificó como un fenómeno de clases medias.

No obstante las medidas y trabajos realizados a partir de la experiencia británica, puede observarse que las reiteradas invocaciones argentinas referidas a esta, ponderada como ejemplo o modelo a imitar, se limitan a cláusulas represivas y acotadas: espectadores sentados, filmados y vigilados. Sin embargo, cabe señalar que “nada se dice en ellas, ni de las perspectivas de safety de los espectadores, ni de los programas sociales, ni de los diagnósticos acabados y científicos sobre los problemas a enfrentar” (Alabarces, 2012: 62).

Este recorrido histórico nos enfrenta a otro interrogante: ¿la violencia es constitutiva del hincha? Su formulación nos allanó el camino y permitió avanzar sobre la denominada *ética del aguante* planteada por Alabarces. Veamos de qué se trata.

Alcances y limitaciones de la ética del aguante

Como se ha mencionado anteriormente, la motivación de la investigación se articula tanto en un orden subjetivo, a partir del trabajo etnográfico con sujetos cuyas identidades se hallan social, cultural y emocionalmente ligadas al Club Atlético River Plate, como en otro de carácter académico, poniendo en tensión categorías y teorías ligadas al comportamiento o conductas de los públicos que asisten al estadio a los partidos de fútbol, con la finalidad de analizar y problematizar las prácticas de sentidos discriminatorias y las reproducciones folclóricas en la construcción de identidades.

Inicialmente disponía de suficiente información preliminar para llevar a cabo el trabajo de campo: la familiarización con el campo (el estadio) y con ello una incipiente selección de entrevistados, la noción sobre las principales teorías relacionadas a los comportamientos sociales en los estadios de fútbol y diferentes estadísticas (principalmente aquellas referidas a la cantidad de muertes a manos de la violencia y sus respectivas circunstancias). A priori, este escenario resultaría auspicioso; sin embargo, era imperioso evitar caer en una trampa común, o mejor dicho, no forzar una indagación que se ajustara a los estudios y teorías realizados a la fecha y, de esta manera, culminara en una mera reiteración conceptual.

Esto último se alinea a la propuesta metodológica, la cual fue configurándose a partir de un campo que resultaba vasto y al mismo tiempo delimitable. Aquí cabe señalar que hubo cuestiones significativas que llevaron a circunscribir y recortar el espectro de trabajo a los públicos que asistieron al estadio Antonio Vespucio Liberti en los partidos que el equipo de Primera División disputó durante el Torneo Final “Nietos recuperados” 2014- Copa Raúl Alfonsín¹: fundamentalmente, la decisión del Gobierno nacional de prohibir la asistencia de público visitante a los estadios, implementándose a partir de septiembre de 2013. Este dato no es menor ya que, como veremos más adelante, la disputa del capital simbólico con el *otro* se vio invisibilizada e imposibilitada de ser materializada en cada uno de los encuentros ante la ausencia de esos otros interlocutores vitales en el proceso de construcción identitaria.

El trabajo de campo no se redujo únicamente a la realización de entrevistas y observación participante durante los partidos, también implicó conversaciones de café con socios en la confitería del club (por ejemplo, el caso de “los vitalicios”²), reuniones con miembros de las filiales “Javier Saviola” de Berazategui y “Norberto Alonso” de Baradero, como también encuentros en las inmediaciones del estadio previos al inicio de los partidos. Consideramos que para lograr un acercamiento acabado a ellos resultaba imprescindible una interpelación directa.

A partir de un conjunto de entrevistas, diálogos, conversaciones y charlas informales se transformaron en los protagonistas de una investigación que aborda, entre otros ejes, las subjetividades desde una perspectiva socio-cultural y no meramente discursiva. Es decir, el análisis de las prácticas discursivas forma parte de un entramado analítico más amplio y complejo, articulándose a las preguntas por la violencia y la discriminación subyacentes.

1 Fue el certamen que cerró la octogésima cuarta temporada de la era profesional de la Primera División del fútbol argentino. Se disputó durante el primer semestre del año, entre el 7 de febrero y 19 de mayo, organizado por la Asociación del Fútbol Argentino. El campeón fue el Club Atlético River Plate, interrumpiendo un período de seis temporadas sin títulos oficiales. Fuente: Asociación del Fútbol Argentino (AFA). En línea. Disponible en: <<http://www.afa.org.ar/torneos.php>>.

2 Término con el cual denominé a un grupo de cuatro socios vitalicios del Club Atlético River Plate. Con ellos mantuve una extensa entrevista/conversación en la confitería e inmediaciones del club. La misma resultó valiosa para señalar algunos contrapuntos respecto a la “ética del aguante” (Alabarces, 2014).

Para adentrarnos aún con mayor profundidad en la construcción identitaria de los hinchas de River, es preciso realizar una revisión de las discusiones y avances más significativos en torno a los estudios vinculados a la construcción de identidades futboleras: cómo se constituyen, perciben y autoperciben las identidades de estos sujetos, reparando en el comportamiento social permitido y atendiendo al uso de la violencia como práctica legítima/ilegítima, desarrollada en el capítulo anterior. Al hacerlo, hemos puesto en tensión una categoría moral: la ética del aguante.

Previamente a su abordaje, resulta necesario aproximarnos a otras cuestiones elementales que, de manera inexorable, nos conducirán a dicha problemática. En primer lugar, responder un interrogante clave: ¿qué es un hincha? A priori, esto no representaría inconvenientes. Sin embargo, las diversas y disímiles definiciones conllevan a replantear si existe un sentido unívoco o nos encontramos ante un concepto, en términos de García Ferrando (1990), polisémico y mutable. El testimonio de Sebrelí, caracterizado, una vez más, por la ausencia de fundamentación empírica y plagado de prejuicios y sentido común, nos sirve como puntapié inicial:

Creo que el fanatismo no es inocente, lleva al asesinato. [...] Diferencio al hincha de la barra brava, que es interesada. [...] El barrabrava es un protagonista hoy, porque aporta drama, pintoresquismo, colorido. A veces es más entretenido lo que sucede en las gradas que lo que pasa en la cancha. Distingo entre el hincha pasivo, que es arrastrado, y el barrabrava, que es el que arrastra al otro. [...] La predisposición a la violencia no está fabricada, surge por cuestiones de psicología social. Estos sujetos son una variante de la personalidad autoritaria, esencialmente violentos.³

A su vez, podemos observar la construcción de un hincha ideal por parte de los medios y las publicidades de determinados productos, el cual es encarnado en personas alegres, que asisten al estadio de la mano de sus hijos con gorros y camisetas oficiales. Sin embargo, lo idílico no logra resistir a la multiplicidad de realidades. Alabarces ironiza al respecto:

³ Ver De Vedia, M. (1998, mayo). "La pasión que despierta el fútbol tiene dos caras". En *La Nación*. En línea: <www.lanacion.com.ar/97795-la-pasion-que-despierta-el-futbol-tiene-dos-caras>. Consultado el 20 de enero de 2016.

Esta imagen idílica de espectadores *futbolizados* pero racionales se ve amenazada por los otros, las bestias de rigor, los barras bravas, los delincuentes que irrumpen en la arcadia del fútbol argentino [...]. Marginales, alcoholizados y drogadictos son, según estas descripciones, las excepciones. Son los gérmenes, la enfermedad. Un único remedio puede ser recetado y es su expulsión de la sacrosanta inocencia del fútbol. (Alabarces, 2012: 17)

En esto último nos detenemos y señalamos un breve paréntesis: los estereotipos de hinchas moldeados por los medios de comunicación. ¿Qué es un hincha? ¿Quién lo es? ¿Cómo es el hincha de River? ¿Existe un único tipo de hincha posible y legítimo? ¿Qué rol juega el uso de la violencia en el proceso identitario? Lo cierto es que el mismo se ha modificado y resignificado discursivamente a lo largo de las décadas.

¿Qué es un hincha?

Tal como señala Frydenberg (1997), el fútbol fue consolidándose desde principios del siglo XX como una práctica deportiva de los sectores populares, el llamado proceso de popularización. A partir del mismo comenzaron a formarse los primeros espectadores –que eran también protagonistas– del evento deportivo, aunque por fuera de los circuitos oficiales y la lógica de masas. No hay fútbol sin hinchas, pero tampoco hay fútbol sin periodismo deportivo. Ambos nacen casi simultáneamente. El fútbol y el deporte moderno son contemporáneos del nacimiento de la prensa de masas.

Para referirnos a las hinchadas argentinas, o simplemente al concepto *hincha*, es imprescindible dejar de lado clichés o facilismos. Esto nos lleva a revisar qué se ha dicho respecto al mismo a lo largo de las décadas a partir de la consagración del fútbol como fenómeno de masas. Es decir, qué representaciones se han construido temporalmente, donde los hinchas hacen cosas para ser vistos, por ejemplo, o reinterpretan o transforman sus comportamientos a partir del tratamiento que se hace de ellos en los medios.

En este sentido, el trabajo de Mariana Conde⁴ ofrece un análisis de la prensa y sus estereotipos, visibilizando qué actores aparecen en la prensa deportiva y cómo son caracterizados⁵, donde la dinámica de la cultura puede leerse en esta variación (Hall, 1984).

En los '40 se dio una expansión de las cantidades de público, especialmente porque se garantizaban las condiciones edilicias e infraestructura (el fútbol pensado masivamente). Esa expansión se produjo a partir de condiciones sociales y económicas que permitieron el disfrute del tiempo libre en consumos materiales y simbólicos. De hecho, esa década y la siguiente comprenden el período de mayor poder adquisitivo del salario, lo que permitió destinar una porción importante a los consumos culturales (Portnoy, 1972).

A partir de los '50, discursivamente se realizó una conexión esencialista entre los "hinchas", el pueblo y la nación, permitiendo construir unas taxonomías políticas que, como indica García Canclini, retomando a Bourdieu, "se disfrazan, o se eufemizan, bajo el aspecto de axiomáticas propias de cada campo. Esta es la acción ideológica de la cultura" (1990: 41). Hacia fines de esta década empiezan a detectarse modos más o menos homogéneos de definirlos. Estos insistían en nombrar a los asistentes a las canchas con el término "pueblo", abandonando su condición peyorativa de marginales. Los titulares y artículos de diario *Crónica* lo evidencian: "El fútbol es el deporte del Pueblo y, por ser del Pueblo, es maravilloso. Y es una compensación por las penurias populares, olvidadas en los estadios" (*Crónica*, 14 de abril de 1967); "El fútbol es para el Pueblo y del Pueblo surgen sus protagonistas" (*Crónica*, 15 de abril de 1967).

Este pueblo era considerado esencialmente noble, bueno. Y existía más allá de la esfera deportiva, articulado por el discurso político del peronismo, período durante el cual el fútbol profesional se habría convertido en lugar imaginario de la epicidad nacional-popular.

4 Licenciada en Ciencias de la Comunicación (UBA), Magíster en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural (IDAES-UNSAM) y Doctoranda en Ciencias Sociales (UBA).

5 Ver Conde, M. (2006). "La invención del hincha en la prensa periódica", en Alabarces, P. (2006). *Hinchadas*. Buenos Aires: Prometeo.

En la década del 70, el hincha resulta todavía la encarnación de todo lo bondadoso que puede haber en el fútbol: la entrega, la fidelidad. Esto se evidenció notablemente en el Mundial de 1978 disputado en nuestro país, en el que la estrategia enunciativa radicó en la explotación sin concesiones de un “nosotros” inclusivo, por el que los jugadores, los hinchas, el Estado militar y el pueblo argentino estarían amalgamados.

En los ‘80 surgió el significativo “barrabrava”, que reviste un cariz absolutamente negativo y fue popularizado por los periodistas deportivos para dar cuenta de aquellos sujetos que asistían a las canchas y producían algún acto violento. A partir de 1983, la violencia aparece desatada, lo cual lleva a imaginar una etapa de “descomposición” del fútbol, que resultaba ser una especie de continuidad de la descomposición social. Se trataba de una caída en la barbarie, es decir del otro lado de la civilización (forajidos, bestias): “[...] el fútbol agoniza: perdió al hincha” (*Crónica*, 4 de agosto de 1983). De modo tal que el fútbol ya no era visto como una fiesta popular, porque “las cosas se están desviando”. Para las crónicas periodísticas, ciertos valores que fundaban la práctica esencial del hincha habían desaparecido.

Se observa un paulatino pasaje o transformación de lo carnavalesco a lo violento, degradado. Si efectuamos un análisis de las representaciones periodísticas de la violencia en un recorte temporal de treinta años, tomando casos significativos como la muerte de Hernán Souto (1967), Puerta 12 (1968), el asesinato de Adrián Scaserra (1984) o los de Vallejos y Delgado (1994), hallaremos que los diarios porteños *Crónica*, *Clarín* y *La Nación*, poseen más coincidencias y continuidades que divergencias y rupturas. Para hablar de los sujetos involucrados en los casos de violencia, la idea central que aparece en las coberturas es la de “inadaptados”. Paralelamente es incluido dentro de un colectivo marcado como ilegal, cuyas prácticas carecen, desde esa visión, de justificativo alguno.

En primer lugar, prevalece la estigmatización criminal, utilizando términos tales como: grupos patoteros, patota, delincuentes organizados, bandas delictivas; términos todos que dan cuenta de un comportamiento presumiblemente alejado de las prácticas cotidianas de una sociedad civilizada. En segundo término, aparecen

categorías que remiten a estados pre-sociales: salvajes, bárbaros, bestias, energúmenos.

Respecto a estas coincidencias en los estigmas y clasificaciones, surgen variaciones dependientes del contexto histórico, sobre las cuales los medios no ofrecen explicaciones. Se limitan a armar listados de adjetivos y colecciones de anécdotas. En ningún momento desarrollan fundamentaciones causales o vinculan los hechos a contextos más amplios, a no ser por el latiguillo de la violencia social, la crisis económica, la crisis de valores o la inseguridad.

En los '90, en cambio, la retórica legitimada de la pasión es la marca que distingue al *verdadero* hincha de fútbol, y es a la vez el único rasgo que puede garantizar su supervivencia, que desde la década anterior, se hallaba estado de descomposición. Como señala Archetti (2003), el lenguaje de la moralidad es el de las emociones; un discurso sentimental. Esta retórica de los afectos dominada por la pasión está vinculada a colectivos menores que el "pueblo": el barrio. Así, dicha pasión se manifiesta en relación con unos colores, es decir, con un club determinado, y no ya con un fútbol nacional. Puede aparecer, por ejemplo, un "pueblo" de River, un "pueblo" de Boca, otro de Gimnasia:

Estamos ante un momento de colectivos fragmentarios, de celebración de las tribus locales, que son a su vez sostenidas por una pasión legítima, porque las afiliaciones afectivas han pasado a ser buenas. Y la hinchada de Boca es catalogada como clímax de ese contrato pasional. Ser de Boca, a pesar de los estigmas racistas o precisamente por eso, es una marca máxima de la inversión en amor, corazón y aguante. Ser de Boca es ser popular, lo que ya no es malo, sino que se transforma en una distinción invertida. (Alabarces, 2012: 97-98)

En síntesis, en la historia de la invención del hincha en la prensa periódica (y otros textos) se destacan dos momentos: en el primero, se establecen discursivamente relaciones entre esos hinchas y la nación a la que ese significativo refiere y se refiere; y en el segundo, los hinchas son básicamente barriales.

Por su parte, la televisión también ha contribuido en la construcción de un hincha estereotipado y, en consecuencia, televisado y *televisable*. El trabajo realizado por Daniel Salerno⁶ vinculado a las representaciones de los hinchas y la violencia por parte del programa “El Aguante”⁷ evidencia los diversos aspectos que integran una presunta idiosincrasia del hincha, donde los atributos más destacados eran los cánticos y la exhibición de banderas. El mismo no solo describía, sino que a la vez prescribía: para aparecer en pantalla se debía ser un hincha modelo como lo exigía el programa.

También aparecía la cláusula del humor. En el programa afloraban los calificativos racistas, homofóbicos, xenófobos, las amenazas y las referencias a consumos de drogas ilegales, que son utilizados alternadamente por los hinchas como valoraciones positivas propias y apreciaciones negativas de los rivales. Aquí surgía la cláusula del humor, que consistía en suspender el sentido de lo que se presentaba en pantalla para asignarle nuevos significados: tanto los cánticos como las palabras de los entrevistados quedaban reducidos a chistes, meros juegos lúdicos con que los hinchas alimentan su rivalidad simbólica y los calificativos racistas formaban parte de ese juego “sin consecuencias”. Es decir, el enfrentamiento entre hinchas rivales desembocaba en “jugar a las amenazas”.

Esta centralidad de la identidad futbolística es recuperada por los medios y la narración periodística. Actualmente los hinchas agigantan su protagonismo en el relato, en la televisación de sus carnavales o en la descripción de sus acciones. Las publicidades muestran constantemente situaciones donde ser hincha no es solo legítimo, sino la única posibilidad, “aunque los hinchas puestos en escena sean miembros de una clase media que en otros tiempos reservaba el aguante a la vida privada, al tiempo de ocio. El fenómeno es contemporáneo a la aparición en otros países de las narrativas ficcionales o biográficas orientadas hacia los hinchas” (Albarces, 2012: 91).

6 Licenciado en Ciencias de la Comunicación (UBA) y Doctor en Ciencias Sociales (UBA).

7 Fue transmitido por *TyC Sports* desde 1997 hasta 2008, bajo la conducción de Martín Souto y Pablo González. El programa se basaba principalmente en mostrar diferentes hinchadas del fútbol argentino y “lo que era ser hincha de fútbol”. En 2008, el canal se suma a una campaña contra la violencia, lo cual no favorece a “El Aguante” que en poco tiempo tendría su última emisión en la cual se aclara que el programa sería levantado del aire ya que incentivaba a la violencia en las tribunas. En este sentido, el ciclo recibía críticas constantes debido a la entidad otorgada a las barrabravas.

No obstante, las narrativas mediáticas no son suficientes pero sí parciales al momento de definir qué o quién es un hincha. Para un lograr un acercamiento más acabado, nos remitimos a los testimonios de los propios hinchas, que hasta aquí, no han tenido voz y porque “la hinchada no representa una horda salvaje, sino un orden social estructurado de acuerdo con reglas precisas que sus integrantes debe respetar” (Archetti, 1985: 88-89). No podremos comprender aquello que estamos intentando describir sin escuchar la interpretación de los propios sujetos sobre sus acciones. Esto no implica tomar sus testimonios como verdades reveladas, pero sí partir de la comprobación por la cual en estos años no se intentó o no existió un interés genuino por entender las prácticas de los hinchas –entre ellas, la violencia– tomando en cuenta su propia perspectiva. Sin esa óptica “toda interpretación es imposible, porque prescinde de una fuente fundamental: aquellos que desarrollan las acciones que luego deben ser interpretadas” (Alabarces, 2012: 65).

Comencemos con la palabra de un histórico denominado barrabrava de Boca, José Barrita⁸, popularmente conocido con el alias de *El abuelo*:

Para mí la palabra justa es la hinchada... las hinchadas. No es hablar de las barras bravas, ese es un mote creado por los malos periodistas. Con esa expresión ceban a las mentes, las llevan hacia otro lado, las llevan a decir barra brava, por ejemplo. [...] Después acá apareció esa figura, pero para el folclore del fútbol barra brava es la hinchada. Porque las hinchadas del fútbol argentino son pasión, entrega, amor a la camiseta. Esto es como dijo Discépolo: “Un club sin hinchada es un club sin alma”. Y lo más importante es eso de ponerle música al estadio, bombos, cánticos. Prohíben los bombos sin darse cuenta que justamente le ponen música al estadio. (en Alabarces, 2012: 63-64)

8 En 1981, José Barrita, alias *El abuelo* (por su color de cabello), capturó el liderazgo de la barra de Boca Juniors, conocida como *La 12*. Nacido en Italia pero criado en el barrio porteño de La Boca, incorporó a muchos hinchas a la barra, creciendo exponencialmente el número de sus integrantes. Durante este período se amplían las fuentes de financiación de la misma. A las rifas entre socios y los aportes de los dirigentes, se suma la recaudación por el estacionamiento de autos en las calles adyacentes al estadio los días de partido en La Bombonera. Además, algunos miembros famosos de *La 12* comienzan a ser contratados como personal del club, ejerciendo diferentes oficios. Durante sus primeros años al mando de la barra, Barrita encabezó violentos enfrentamientos con parcialidades de otros clubes, dejando como saldo 5 muertos y un centenar de heridos. En 1994, en una emboscada a unos hinchas de River, asesinan a dos seguidores del club *Millonario*, hecho por el cual que varios barras de Boca fueron condenados a prisión. Tiempo después, Barrita fallece, aparentemente atribuida a una neumonía, aunque su muerte nunca fue esclarecida.

Barrita señala dos cuestiones importantes: en primer lugar, le atribuye a una parte del periodismo (los “malos periodistas”) un mal empleo del término “hincha”, reemplazándolo por el de “barrabrava”: los medios de comunicación son los creadores del mismo. Es decir, Barrita se percibía como miembro de la hinchada, no un barrabrava. En segundo lugar, folcloriza en una suerte de mimetización entre barra brava e hinchada. Por último, recupera lo carnavalesco –“ponerle música al estadio con bombos y cánticos”– en el fútbol, apelando la retórica legitimada de la pasión arraigada en los '90 como marca que distingue al *verdadero* hincha de fútbol y único rasgo que puede garantizar su supervivencia.

Por su parte, Fernando (32), socio, hincha y miembro de la filial “Javier Saviola” de Berazategui deja entrever algunas precisiones más al respecto:

“No es lo mismo un hincha que un socio, como tampoco un barra que alguien que no lo es. En un estadio te das cuenta enseguida de eso. Nosotros (los miembros de la filial) somos primero hinchas y después socios. Te explico esto porque hay un porcentaje de personas, por supuesto menor, que es socio del club para practicar algún deporte y no necesariamente le gusta el fútbol. Entonces no podés decir que esos son hinchas. [...] Hinchas somos los que venimos a ver a River siempre. Ojo, también el que lo sigue desde su casa con el televisor, porque River tiene hinchas en todo el país [...] eso no los hace más o menos pasionales”.

Nuestro entrevistado señala una diferenciación entre “hincha”, “socio” y “barrabrava”. Es decir, un carnet no le otorgaría a una persona el rótulo de hincha, sino que ello supone una serie de comportamientos y sentimientos compartidos con un colectivo mayor: “un hincha es el que siempre está”. Por otra parte, podría establecerse una diferenciación con el barrabrava, cuya relación con el club se halla construido en un interés económico, ya que refiere a “el que está bancado por el club, el que vive de los favores del club, al que le pagan micro, las entradas y le dan plata. [...] Si vivís del club, sos barrabrava y el club no te interesa nada. [...] La hinchada son los pibes, los que van al frente, siguen al club a todas partes, no importa si te pagan el micro o no” (testimonio recogido de Alabarces, 2012: 92-93). Su interés está en su propia historia, es decir, el personal. Desaparece en esta

definición el contrato emocional con el club y “los colores”, para ser resumida por un contrato económico.

Recorriendo el hall central del estadio, Raúl (46), socio, hincha y miembro de la filial “Norberto Alonso” de Baradero comparte una definición similar de lo que es ser hincha, y particularmente, cómo es el hincha de River:

El hincha, por sobre todas las cosas, es fiel. Esa fidelidad o amor solamente se experimenta cuando estás, bancás y alentás siempre. No importa el calor, el frío o la lluvia. Lo que tiene el hincha de River es que históricamente tuvo paladar negro (exigente) con el fútbol que despliega. Este club se destaca por haber tenido jugadores de elite (refiriéndose al nivel deportivo) y nos fuimos acostumbrando al buen juego. Entonces, cuando tenés una mala racha, hay gente que deja de venir al estadio. [...] Creo que esos no son hinchas de River, son resultadistas y exitistas. Es más, me arriesgo a decir que el descenso nos cambió la cabeza a más de uno. Haber padecido ese año en la B marcó un quiebre en todo sentido, más allá de las gastadas de los bosteros. Todos reflexionamos y valoramos un poquito más lo importante que es venir al Monumental o seguirlo a donde juegue. El descenso nos hizo más hinchas.

Aquí, se valora y reitera la idea de superar las adversidades coyunturales (el factor climático, las distancias) como aspecto primordial para alcanzar la categoría *hincha*. A su vez, observamos que, según el entrevistado, un resultado deportivo histórico⁹ impactó en los cánones del riverplatense, otorgándole una consideración mayor al rol del hincha y su constitución como tal.

No obstante, también encontramos una mirada más romántica en torno a la constitución del hincha que no se limita a lo estrictamente pasional. Alfredo (78) es socio vitalicio y nos habla de un estilo o sello de juego:

Ser hincha de River significa ser amante del “buen fútbol”, ese que le gusta a todos, que gana, gusta y golea (observamos una bandera con esa inscripción –*Ganar, gustar y golear*– en la tribuna “Gral. San Martín

⁹ El 26 de junio de 2011, River Plate desciende a la Primera B Nacional, segunda categoría del fútbol profesional. Logró nuevamente el ascenso el 23 de junio de 2012.

Alta”). [...] Históricamente somos el club que más campeonatos logró en el país, armando equipos ofensivos con jugadores de una técnica exquisita y juego limpio. Te puedo asegurar que vi a los mejores en esta cancha. [...] Ser hincha de River es tener ese paladar, que disfruta del despliegue vistoso [...], casi único y es el ADN riverplatense, una marca registrada. [...]. Si mirás las tapas de *El Gráfico* o cualquier otra revista deportiva te vas a encontrar con esa marca. [...] Independiente también se caracterizó por ese estilo en otras décadas. Al que no le gusta entonces no es hincha de River y tampoco sabe apreciar el buen fútbol.

Aquí se evidencian una serie de requisitos o características que debería reunir todo aquel que se considere hincha de River. Hay una percepción del “buen fútbol” vinculado a la estrategia ofensiva de juego y futbolistas dotados de una elevada técnica: todo este conjunto da lugar al “ADN riverplatense” que menciona Alfredo, una marca registrada tanto para los rivales como para los medios de comunicación. En este sentido, se detectan aspectos inherentes o “esenciales” en la construcción y configuración socio-cultural del hincha.

Otros testimonios recolectados¹⁰ refieren a la cuestión física o biológica, a partir de expresiones como “si sos hincha de River lo llevás en la piel” (un joven muestra su antebrazo tatuado con el escudo del club) o “a River lo llevás en la sangre”. Los tatuajes alusivos a elementos identitarios como el escudo, el estadio o grandes ídolos del club son moneda corriente.

Podemos inferir que vivimos rodeados de “fútbol espectáculo”, donde algunos viven de él y muchos más vivimos en él: “vivimos verbalizándolo, hablando de él y sus avatares” (Antezana, 2003). Cuando decimos “algunos” nos referimos a los denominados *barrabravas*, quienes a raíz de las voces de nuestros entrevistados e investigaciones académicas, poseen un atributo extra: el aguante. La distinción de estos sujetos no radica solamente en las relaciones e intereses personales, económicos y políticos que sostienen con el club, sino en su capacidad de aguantar, la cual se nutre de una serie de características propias.

10 Testimonios correspondientes a simpatizantes en las inmediaciones del estadio el 23 de marzo de 2014 en la previa del partido disputado entre River Plate (2) y Lanús (0) en el marco de la novena fecha del Torneo Final 2014.

El aguante y el otro: uso (i)legítimo de la violencia

Las identidades se construyen no solo en oposición a otro, sino también dentro de un cierto número finito de opciones posibles, lo cual reclama atención sobre “una multiplicidad de voces y posiciones sociales que permiten, por ejemplo, que la explicación de una diferencia étnica pueda ser descripta a través de denominaciones culturales” (Green, 1995: 165-186).

Todo *nosotros* convoca a en *ellos* ausente y fantasmagórico. Implica, entonces, la existencia de una tensión dialéctica entre una dimensión subjetiva y otra objetiva, ya que “la identidad es algo sobre lo cual se disputa y con lo cual se proponen estrategias, es a la vez medio y fin de la política. No solo está en cuestión la clasificación de los individuos, sino también la clasificación de las poblaciones” (Jenkins, 1996: 25).

De esta manera, podemos establecer que sin ese rival es el enfrentamiento el que no existe, y con él “el juego de identificaciones que le da sentido” (Ferreiro, 2003: 62). En la actualidad estamos en presencia del fútbol espectáculo, en el cual es necesario destacar que allí los espectadores son también actores. Como afirma Antezana, “el fútbol espectáculo sucede dentro y fuera de la cancha. Mediando la verbalización performativa, ese espectáculo es prácticamente ininterrumpido y, sin duda, multifacético” (2003: 87-88). El espectáculo del fútbol sucede, también, violentamente. El propio Antezana reconoce una diferenciación en los públicos o actores que asisten a los estadios: “Hay actores altamente especializados en esa parte del juego: las barras bravas, por ejemplo y, por supuesto, las fuerzas públicas del orden” (2003: 88).

La coparticipación de los actores radicaría en el carácter democrático del juego, en el sentido que cualquiera, independientemente de sus determinaciones sociales de origen, puede acceder, a través del fútbol, a la riqueza económica, en fin, al reconocimiento afín a los ámbitos sociales del poder o poderes vigentes. Como precisa Bromberger, recogiendo las propuestas de Ehrenberg (1992):

La popularidad de los deportes radica, en gran medida, en su capacidad de encarnar el ideal de las sociedades democráticas, mostrándonos, por medios de sus héroes que, “sin importar quién, puede convertirse en

alguien”, que los status no se adquieren desde el nacimiento sino que se conquistan a lo largo de su existencia. (Bromberger, 1998: 30-31)

En el fútbol podemos reconocer tanto identidades culturales particulares como metaidentidades. Quizás algo de lo que ahí sucede podría, si no extrapolarse, por lo menos aproximarse al debate mencionado. Existe cierto consenso en la actualidad en asumir las identidades no como atributos esenciales o transhistóricas, sino como un sistema de relaciones y representaciones. En tal medida, la identidad es procesual y dialógica: es decir, se construye y reconstruye en la praxis social a partir de la relación de alteridad que una entidad social definida tiene con otras entidades análogas, oposición que “por lo general se da en torno a recursos tanto materiales como simbólicos que son necesarios para la existencia y continuidad sociocultural de los involucrados” (Almeida, 1997: 175).

Al mismo tiempo, el fútbol expresa, condensa, visibiliza y acentúa las diferencias y los antagonismos regionales o barriales. En el caso River-Boca, hemos observado una dualidad-rivalidad que emerge en la geografía del Río de La Plata, donde el curso de la construcción identitaria de cada uno respondió a diversos contextos sociales, políticos, económicos y culturales:

Las regiones, más que un mero reflejo de estructuras geográficas y económicas, son construcciones de agentes sociales históricamente determinadas. En otras palabras, se trata de proyectos políticos colectivos, más o menos desarrollados según el caso, en los que determinaciones objetivas vienen procesadas en función del acervo cultural del grupo y de las circunstancias históricas concretas que le circulan. (Maiguashca, 1983: 181)

Las regiones, por ende, no son algo dado que persiste inmutable e invariable con el paso del tiempo: por el contrario, son producto de todo un constructo histórico particular dado en un espacio geográfico determinado, que hace que se diferencien las unas de las otras. La región es una comunidad imaginada e imaginaria como lo es la “nación” en términos de Anderson (1993), aunque puede afirmarse que en virtud de su escala geográfica y de la mayor visibilidad de su substrato terri-

torial, “la región está más próxima a los intercambios sociales de base y, por lo tanto, es menos anónima y menos imaginada que esta última” (Giménez, 1999: 4).

Desde el punto de vista sociocultural, el fútbol es una práctica festiva que generadora de procesos de identidad y mecanismos de reconocimiento. Debemos entenderlo desde una lógica simbólica, “como catalizador de identidades sociales, regionales, nacionales y continentales” (Ramírez Gallegos, 2003: 107). Las identidades futbolísticas se articulan hoy en términos tribales, y que esta articulación se pone de manifiesto en las hinchadas, en relación con un territorio atomizado. Según Alabarces, este territorio se defiende a través de la práctica del aguante, donde el fútbol se construye como una arena propicia en la cual se puede, a través de las acciones violentas, probar la masculinidad.

Archetti (1985) sostiene que los simpatizantes argentinos son actores del espectáculo futbolístico, que a través de su acción no solo ponen en juego el prestigio del club sino también la masculinidad de los participantes. Para este autor, el fútbol argentino es un espacio estrictamente masculino, donde los hombres y los proyectos de hombres, adolescentes y niños, tratan de construir un orden y un mundo varonil. Esta construcción de órdenes se transforma en discusiones morales, estableciendo fronteras entre lo permitido y lo prohibido, entre atributos positivos y negativos de lo que idealmente se define como masculino; discursos morales que constituyen prácticas distintivas.

La violencia puede ser interpretada, entonces, como “una construcción cultural que tiene distintas fisonomías según las prácticas y representaciones que la nutren de significación” (Nordstrom y Robben, 1995), una acción con igual sentido que otras acciones sociales. De esta forma, la práctica violenta es socialmente construida según los parámetros culturales de sus practicantes. La fisonomía de la violencia en el fútbol toma distintos matices según los países en donde los hechos se producen: “en el caso argentino posee sus características propias, diferentes y distintivas de las particularidades que el mismo fenómeno tiene en el resto del mundo” (Garriga Zucal, 2006: 40-41).

Siguiendo esta idea, los miembros de la barra brava conciben al aguante como el principal bien simbólico que se disputa en el contexto del fútbol. Ese capital simbólico permite distinguir entre el hombre y no-hombre, según quién lo posee:

Una barra brava, vista desde la óptica de los propios hinchas militantes o activos, se define por una relación económica o política (o ambas a la vez) que mantiene orgánicamente con el club o con parte de sus dirigentes. [...]. Es un grupo de actores, identificados a sí mismos como hinchas fanáticos del club, pero que son clasificados por el resto de los hinchas –y por los dirigentes deportivos, políticos y policiales que contratan sus servicios– como una forma de relación instrumental con lo futbolístico, en tanto el objetivo central es un interés particular y económico”. (Alabarces, 2012: 66).

Esto último confirma lo que señalábamos anteriormente respecto a quiénes son y cuya principal característica es que no son hinchas auténticos o *verdaderos*. En los clubes existe un núcleo duro, militante, que organiza las actividades tanto dentro como fuera del estadio. También los espacios, los viajes, la confección de banderas, etc. Pero existe un objetivo de mayor envergadura, transversal a todas estas: la participación política en la vida institucional del club.

Todo esto se establece alrededor del núcleo afectivo, es decir, el amor por el equipo, el club, los colores/el barrio.; este núcleo ejercita un nivel mayor de violencia en sus enfrentamientos con hinchadas adversarias, la policía o los mismos compañeros de tribuna. A este grupo lo llamaremos barras. (Alabarces, 2012: 67)

Del trabajo de campo realizado se desprenden caracterizaciones o definiciones que se corresponden con esta última, aportando además la calidad de socios de muchos de ellos y la histórica complicidad con los directivos:

Acá se sabe que *Los Borrachos del Tablón*¹¹ como el resto de los demás barras son socios del club. Por eso te decía que socio puede ser

11 Es el nombre con el que se conoce a la barra brava de River Plate. Desde 2008, el liderazgo es compartido por Eduardo *Joe* Ferreyra, Héctor *Caverna* Godoy y Martín *de Ramos* Araujo. El primero destinado a cuestiones políticas, los otros dos ejecutantes del poder en la tribuna. Por otra parte, la facción de la *Banda del Oeste*, la cual se halla integrada por unos 250 barras que fueron desplazados de la hinchada tras el asesinato de Gonzalo Acro (9

cualquiera, pero hinchas no. Esos tipos no son hinchas, son mercenarios que se llenan los bolsillos apretando y a costillas del club. ¿Cómo se puede explicar que tipos involucrados en cuanto incidente haya no les retiren los carnets o sean expulsados? Connivencia y complicidad con los dirigentes de turno, la policía y la justicia. No solo por los incidentes que salen en la radio o la televisión, sino los que no se conocen también. Yo estuve el día de la batalla de los quinchos¹² y fue una locura. Fue terrible, una salvajada, te dabas cuenta que la gente quedó muy asustada porque el movimiento de personas bajó demasiado a partir de ese momento.

A priori, se establecería un entramado de relaciones que exceden lo estrictamente deportivo o pasional si cabe el término. Esta semblanza del barrabrava se encuentra dotada y articulada en un comportamiento violento que se exhibe, según Alabarces, como capital simbólico fundamental. Es decir, la violencia es un componente central que a partir de la ética del aguante implica un uso legítimo de la misma.

Dime a qué tribuna vas y te diré qué clase de hincha eres

Del mismo modo, dicha lógica permitiría observar cómo se organiza o esquematiza una grada de un estadio de fútbol, en otras palabras, reproducir la distribución espacial en la tribuna popular:

En los clubes donde existe una barra, esta ocupa el centro espacial y simbólico. Toda práctica en el estadio debe contar con su organización y autorización. [...] Una barra siempre está rodeada por un segundo núcleo militante, seguidor, fanático, organizado puramente en torno

de agosto de 2007). También formaron parte de la barra oficial en los '90 y concentraron un importante poderío en el primer lustro de los 2000. En 2014 lograron el apoyo de *Los Patovicas* de Hurlingham, un grupo liderado por Darío Velardez, alias *Toti* y jefe de la barra de Sportivo Italiano. Ver: <www.infobae.com/2014/11/26/1611209-river-quien-es-quien-la-barra>. Consultado el 22 de enero de 2016.

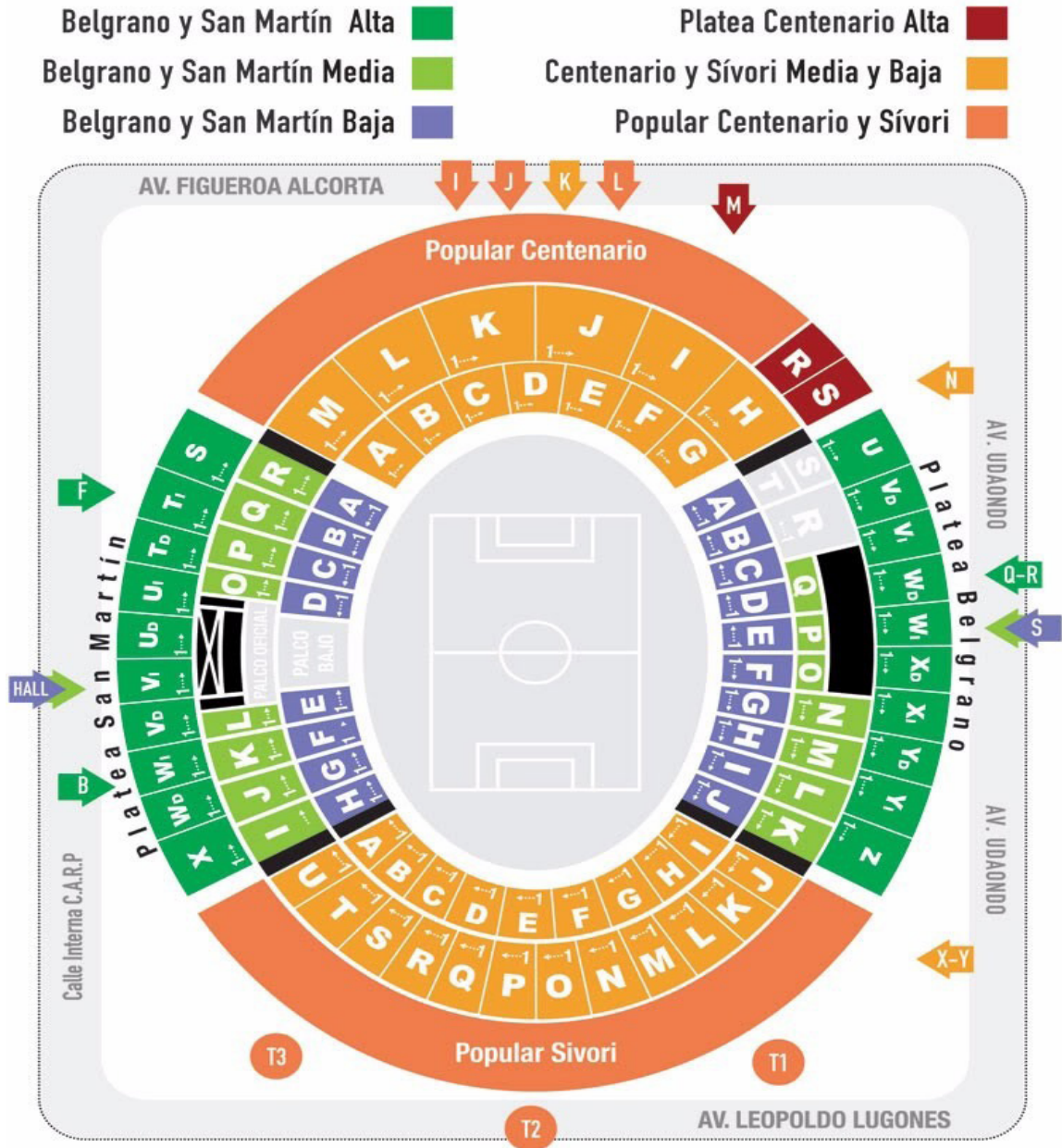
12 El primer hecho que desató una interna feroz de Los Borrachos del Tablón fue lo que se conoció como "La batalla de los quinchos". Ese episodio expuso la grieta que se había producido entre los hasta ese entonces líderes, Alan Schlenker y Adrián Rousseau, después del Mundial de Alemania 2006 y cuya pelea se habría originado en el reparto de dinero. El 11 de febrero de 2007, River recibía a Lanús la primera fecha del Clausura de aquel año. En la previa, en los quinchos del club, mientras las familias almorzaban, se produjo un grave enfrentamiento que dejó un saldo de un herido de bala y tres más de arma blanca. Esa causa prescribió en la Justicia en 2013. Ver: <http://www.clarin.com/deportes/futbol/river-plate/barra-brava-River-historia-sangre-muerte_0_1255674589.html>. Consultado el 22 de enero de 2016.

de las relaciones afectivas. Es lo que llamamos hinchas militantes, un término nuestro y no aceptado por ellos. Estos hinchas se organizan en uno o más grupos, usualmente identificados por banderas particulares que remiten a un barrio o simplemente a un nombre de fantasía. Estos grupos rechazan vinculaciones económicas, aunque jamás despreciarían un micro gratis. Otra de las diferencias es que usan armas de fuego ocasionalmente. Y finalmente, en la periferia espacial y simbólica, está el resto de los espectadores. En este sector hay de todo. [...] Todos ellos, casi al unísono, están convencidos de que la violencia es una barbaridad, cosa de drogadictos y borrachos, salvo cuando la protagonista central es su propia hinchada" (Alabarces, 2012: 69).

Algunas cuestiones a destacar. *Los Borrachos del Tablón* poseen emblemas y banderas que permiten identificarlos durante los partidos de River Plate, en particular una que luce la inscripción de la barra con el territorio de las Islas Malvinas en el centro (esto será materia de análisis discursivo en el siguiente capítulo) y generalmente se ubica en la "Sivori Alta" (debajo de la pantalla del estadio), sobre la Av. Leopoldo Lugones.

Sin embargo, encontramos ciertas fisuras o incongruencias en esta preliminar clasificación espacial hincha/tribuna propuesta por Alabarces. En cuanto a la distribución de las "banderas particulares que remiten a un barrio o simplemente a un nombre de fantasía", estas se ubican en todos los sectores del estadio, no son exclusivas a las proximidades del sector de la barra. En las demás ubicaciones, es decir, "Gral. San Martín", "Centenario" y "Gral. Belgrano" (tanto en plateas como populares) también se exhiben aquellas que hacen referencia a barrios, localidades o bandas. En la tribuna "Sivori", por ejemplo, es habitual u observar "San Justo", "Garín", "Florencio Varela", "Floresta", "Villa Elisa", "Haedo" y "Retiro", entre otras (Imagen 1). En el caso de la tribuna "Centenario" ocurre algo similar con banderas de otras localidades y peñas: "Mataderos", "Villa Crespo", "Rafael Calzada" o la peña "Ariel Ortega" (Imagen 2). Por último, en el sector "Gral. San Martín": "Villa Fiorito", "Solano", "Ramos Mejía" o "Morón" (Imagen 3).

La siguiente infografía indica el emplazamiento del estadio como también la distribución de los distintos sectores con sus respectivas cabeceras y ubicaciones.



Fuente: *Pasión monumental*.

Imagen 1



Tribuna "Sívori". Fuente: *Pasión monumental*.

Imagen 2



Tribuna "Centenario". Fuente: *Pasión monumental*.

Imagen 3



Tribuna "Gral. San Martín". Fuente: *Pasión monumental*.

Si nos remitimos a las imágenes, en función de la disposición espacial que presupone el autor respecto a los denominados "hinchas militantes" y los demás actores, se desprenden dos posibilidades: la primera, que los hinchas militantes se ubican en todas las tribunas y no solamente en proximidad a la barrabrava. En este caso, la barra ocuparía todas las gradas por igual, contrastando con la distribución de público planteada en el esquema de Alabarces, por la cual esta se encuentra en el sector principal y más visible (o el corazón del mismo), que suele ser *la popular*. Si se observa la *Imagen 1*, no se halla ninguna bandera cercana al perímetro ocupado por *Los Borrachos del Tablón* en la zona de la "Sívori Alta"; todo lo contrario, solamente el paño que hace referencia a ese grupo radical. La segunda, que los hinchas que asisten con banderas –o al menos no todos– son hinchas militantes en los términos que expone el autor, sino que estas cumplen una función representativa barrial o regional. En este sentido, sus miembros tampoco reconocen haber tenido contacto directo alguno con los miembros de la barra:

Las banderas de la filial nos identifican a nosotros como miembros de un colectivo o grupo más grande que es River como club. Si te fijas, la mayoría son de localidades de la provincia de Buenos Aires tienen su presencia en el estadio. Nuestra filial jamás tuvo contacto con algún barra, de hecho venimos a los partidos en combis propias o coches particulares. Nunca nos subimos a un micro pago porque tampoco podríamos si así lo quisiéramos. Ese tipo de transporte es exclusivo de ellos que se movilizan de esa manera.

Natalia (29) forma parte de la filial "Norberto Alonso" de Baradero y su testimonio es opuesto a la dirección esgrimida por Alabarces: las banderas que refieren a localidades o barrios poseen un doble carácter representativo o de pertenencia, es decir el club (River) y su región de origen (Baradero). No es la única en señalar esta cuestión, ya que su compañero Héctor (41) concuerda con ella y expresa qué lugar y rol ocupan las filiales en la identidad del club, como también en el marco de un partido:

No sé a qué es un "hincha militante". Hace más de veinte años que vengo a esta cancha y la diferenciación fue y seguirá siendo la misma: los barras, los socios de Capital (Federal) que tienen el estadio a mano, los que venimos de Provincia y los que vienen de vez en cuando o el equipo está haciendo una buena campaña. [...] La barrabrava siempre ocupó el mismo lugar, en la cabecera de allá (señala el sector de la "Sívori Alta"), como quien dice, sin pedir permiso [...] se lo apropiaron. [...] Las peñas o filiales traen sus banderas como una forma de decir "acá estamos", "Baradero es de River y está presente". [...] No tenemos nada que ver con *Los Borrachos del Tablón*, ni antes ni ahora. Ellos se movilizan con sus micros pagos, igual que los viajes al interior, todo bancado por la dirigencia. Esto pasó con (Alfredo) Davicce, (David) Pintado, el innombrable (José María Aguilar), el otro innombrable (Daniel Passarella) y ahora con (Rodolfo) D'Onofrio. Nosotros (las filiales) lo hacemos por medios propios. Además, traemos a muchos chicos y personas que por primera vez pueden ver a River y a sus ídolos que no sea por televisión. Es lindo poder ver que tu

bandera sale en la foto de un diario o en algún noticiero, y mejor todavía, que un jugador del equipo sea oriundo de tu ciudad.

Estos relatos echan por tierra la precisión cartográfica del mapa hincha/tribuna que sostiene Alabarces. No existe correspondencia entre los hinchas militantes caracterizados por el autor y la portación de banderas. Tanto estas como sus propietarios no poseen vinculación alguna ni con *Los Borrachos del Tablón* ni otros grupos disidentes de la barra. Hasta aquí, la única diferencia posible de establecer es, por un lado, los auténticos, aquellos que expresan una filiación sentimental genuina e impoluta con el club y “reprochan el interés económico” (Alabarces, 2012: 70), y por el otro, los barras, sujetos que lucran con los recursos económicos y materiales del club, anteponiendo sus aspiraciones personales a lo afectivo.

Algunos tienen aguante, ¿los demás “miran e imitan”?

Entender la lógica de la violencia en el fútbol y sus antecedentes históricos a partir de diversos hechos significativos (en nuestro país y Gran Bretaña) es el punto de partida para comprender más acabadamente un fenómeno más amplio: la construcción de identidades futboleras y la implicancia de la violencia.

Uno de los aspectos centrales de esta tesis ha sido problematizar y analizar los modos en que se desarrolla dicho proceso que, por supuesto, no es unidireccional y se halla atravesado por subjetividades y disputas múltiples. En dicho recorrido y, más precisamente, la búsqueda de comprender los comportamientos de los sujetos que asisten al estadio de River nos topamos con la *ética del aguante* propuesta por Alabarces, según la cual “el aguante organiza todas las prácticas. No es solo una cuestión de los barras, sino también los hinchas/no barras y espectadores pacíficos, que eufóricamente cantan ‘esta es la hinchada que tiene más aguante’, orgullosos de su pertenencia a un colectivo masculino, macho y agresivo. Se la banca porque tiene aguante” (2012: 71).

Anteriormente observábamos las incongruencias que presenta el esquema que esta teoría plantea respecto al esquema o disposición de público en los distintos sectores del estadio. Si bien la barrabrava ocupa la cabecera con mayor

visibilidad, la clasificación no coincide con el resto de los actores, por ejemplo, los denominados “hinchas militantes” y sus características.

A su vez, la ética del aguante “está organizada como un sistema básicamente moral [...] que posee unas retóricas, es decir, un vocabulario y un lenguaje que nos permite comprenderla” (Alabarces, 2014: 157). Si recordamos el asesinato de Raúl Martínez a manos de hinchas de Quilmes en 1983, el “aguante” es un término surgido y que se enmarca en los '80:

Aguantar remite a ser soporte, a apoyar. También a ser solidario. De allí que aparezca inicialmente la idea de hacer el aguante. La expresión aludía al apoyo que grupos periféricos o hinchadas amigas brindaban en enfrentamientos. En la cultura futbolística de los últimos diez años, esta noción comenzó a cargarse de significados muy duros, decididamente vinculados con la puesta en acción del cuerpo. (Alabarces, 2012: 72)

Aguantar, entonces, contempla un rol fundamental de la corporalidad, ya que se trata ni más ni menos de “poner el cuerpo”. Pero este acto implica, asimismo, una cuota de violencia física. No se aguanta si no aparece el cuerpo como protagonista, soportando un daño, sean golpes, heridas o, más simplemente, resfríos. Insolaciones, etc. Esta lógica de la práctica consiste en un universo moral según el cual defender el honor, la tradición, el territorio y los colores del club es tarea de machos que debe ser ejecutada con el cuerpo a partir de una serie de prácticas especialmente violentas: el combate o la pelea. El aguante es una forma de nombrar el código de honor que organiza al colectivo *hinchada* y muchas de sus prácticas. La defensa del honor implica el combate, el duelo o la venganza. El aguante se orienta fundamentalmente hacia el otro, es decir, se exhibe frente al otro, y compite con él para ver quién tiene más aguante

El aguante se transforma así, en los últimos años, en una retórica, una estética y una ética. Es una retórica porque se estructura como lenguaje, como una serie de metáforas, y refiere a una estética porque se explica como una forma de belleza plebeya, basada en un tipo de cuerpos radicalmente distintos a los hegemónicos y aceptados.

No se trata del tipo de cuerpos que aparecen en la televisión o en la tapa de revista *Caras*: son cuerpos robustos, grandotes, donde las cicatrices son emblemas y orgullo. Una estética que tiene mucho que ver también con lo carnavalesco, despliegue de disfraces, pinturas, banderas y hasta fuegos artificiales. Y es una ética porque el aguante es ante todo una categoría moral, una manera de entender el mundo, de dividirlo entre amigos y enemigos, cuya diferencia puede saldarse con la muerte. Una ética, en resumen, donde la violencia no está pensada sino recomendada. (Alabarces, 2012: 73)

Los cuerpos masculinos caracterizados por esta teoría enfatizan en un estereotipo no hegemónico y sus propiedades correspondientes:

El modelo del gordo es entre los hinchas un modelo legítimo, ya que estos tienen más aguante. [...] Esa estética aguantadora exige que los cuerpos masculinos también ostentes cicatrices y marcas. Así testimonian la participación en los combates y, en consecuencia, la masculinidad legítima de los luchadores. [...] Además, la lucha debe ser mano a mano, cuerpo a cuerpo, sin mediaciones. [...] Aguantar también se traduce en cuerpos resistentes que soportan el consumo de alcohol y drogas. (Alabarces, 2012: 76-77)

De esta manera, nos encontramos frente una cultura organizada que le otorga sentido y legitimidad a las prácticas violentas. Ello conlleva a problematizar integralmente la violencia en todas sus dimensiones e implicancias:

- La violencia es cotidianeidad. Se da en un marco de la vida cotidiana y, a la vez, como un dato permanente y siempre visible. Se observa también desde el nivel macro, el que se estructura dentro de las relaciones sociales.
- La violencia es adrenalina. Es pura droga, es alteración de un orden que se rechaza porque no se percibe ningún beneficio. Es pura excitación y puro deseo; y el practicante se vuelve adicto.
- La violencia es construcción de colectivos. El contacto corporal crece como garantía de existencia grupal.

- La violencia es construcción de poder y, en suma, permite acumularlo y ejercerlo con más fuerza.
- La violencia es “legítima”. Esto no significa legal, sino que cuenta con consensos.
- La violencia como visibilidad. Se hace visible ante el resto de la sociedad, ante aquellos que califican los hinchas de inadaptados, ante aquellos que los excluyen.

En síntesis, según esta ética la violencia es eficaz, consigue todos sus objetivos, permite acumular poder, garantiza visibilidad, permite construir colectivos. Es útil, funcional y racional. La violencia no significa ninguna irracionalidad, por el contrario, es racional, previsible y planificada; y es, por lo tanto, explicable y evitable que posee aristas políticas.

De este modo, la violencia implica un reclamo. Expresa en cada aguante y enfrentamiento, la presencia de aquello que fue excluido. En el desborde reclaman una nueva inclusión social. Desde ya que el concepto de exclusión supera el límite de lo socioeconómico. Se trata de actores expulsados de la educación o del trabajo en otros casos, pero masivamente también son actores expulsados de un relato democrático que habla de una sociedad justa.

Además, la hinchada no puede dejar de tener aguante: “las hinchadas se perciben a sí mismas como el único custodio de la identidad, como el único actor que no produce ganancias económicas pero produce ganancias simbólicas y pasionales. [...] Los hinchas solo pueden proponer la defensa de su beneficio de pasiones y de su producción de sentimientos puros” (Alabarces, 2012: 88-89).

El punto central es que la cultura futbolística argentina se ha transformado en un espacio en el que la violencia se vuelve un estilo, un modo de actuar, una forma de entender la vida y de marcar la relación con el mundo, y en donde una interpretación adecuada del tema tiene que colocar a la violencia, además, en una perspectiva histórica. Citando a Archetti, la cultura futbolística argentina ha sido una mixtura de elementos trágicos y cómicos, una oscilación entre lo violento y lo carnavalesco, donde los elementos cómicos habrían predominado en la época clásica del fútbol

argentino, siendo progresivamente desplazados por los elementos trágicos en las últimas tres décadas.

Así, la violencia se presenta como una práctica que no puede ser rechazada, sino, por el contrario, es válida: se halla estrechamente relacionada con el honor e incluso resulta obligatoria. En otras palabras, algunos o unos pocos –los barras– resultan los propietarios del aguante. En el trabajo de campo realizado se detectaron algunos interrogantes en torno a esta situación: ¿es transversal a todos los hinchas? ¿Hasta qué punto la cultura del aguante logra explicar comportamientos y conductas de los públicos? ¿Podemos hablar de un dispositivo monolítico y homogeneizador? ¿Qué papel desempeña el *habitus* planteado por Pierre Bourdieu?

Viejitos sin aguante

La dimensión de *lo popular* se visibiliza en el campo futbolístico por ser un espacio transclasista, operado para las nuevas identidades y en las luchas desiguales (en términos de bienes materiales y simbólicos). Así, la cultura futbolística nacional actual sería el resultado de una transformación: el pasaje de una ética del juego como “cosa de caballeros” a otra entendida como “cosa de hombres”, es decir, la etapa actual. Más aún, si nos remitimos a la ética del aguante ya no se trataría de hombres, sino de *machos*, tan machos como “tener códigos y aguantar” (Alabarces, 2008). Esta ética implica una inversión de los valores como el respeto mutuo, la diversidad y la no discriminación, entre las personas.

A partir de las numerosas ocasiones que asistimos al estadio Antonio V. Liberti se reconoció un amplio espectro de hinchas. Establecer una clasificación fiel y precisa de los mismos según diversos factores –edad, género, ocupación, clase social, entre otros– hubiese requerido un mayor período de tiempo y trabajo en el campo. Sin embargo, la puesta en práctica de otra fórmula o criterio de evaluación arrojó resultados significativos. Básicamente, se agruparon según su vínculo formal/informal con el club: hinchas, socios, barrabravas y espectadores. Dentro del segundo grupo, se recolectó un conjunto de testimonios pertinentes relacionados a nuestras preguntas. Incluso, podemos hablar de un subgrupo dentro del ítem “socios”: los vitalicios.

Los relatos de Alfredo (78), Luis (78), César (76) y Ricardo (80), de ahora en adelante denominados *los vitalicios*¹³, contrastan, o mejor dicho, se encuentran en las antípodas de la ética del aguante. Esta se ha ubicado en el centro de la escena en los estudios académicos ligados al eje fútbol-violencia. Sin embargo, ¿el aguante “gobierna” transversalmente los comportamientos de todos los públicos que asisten a los estadios de fútbol? ¿A caso es el único tipo de conducta posible?

De los diálogos mantenidos con “los vitalicios” se evidenciaron otros modos: había factores y aspectos relevantes que quedaban fuera de la idea de Alabarces en relación al aguante. Afirmaban una y otra vez que no se percibían como productores y reproductores de prácticas violentas y discriminatorias:

Vengo a ver a River desde la época de *La Máquina*¹⁴. Casi siempre con mi padre o abuelo. La rivalidad con Boca existió y seguirá existiendo. Lo que noto, es que cambiaron los valores y maneras de sentir el fútbol. Jamás canté las barbaridades que se dicen ahora. Todas esas cosas vinieron con los atorrantes de ahí arriba (señala la tribuna y el espacio que ocupan *Los Borrachos del Tablón*). Ellos le hacen mucho daño al fútbol, a los hinchas. Golpean gente. [...] En el mejor de los casos se pelean con la policía o entre ellos mismos, si no terminan matando a alguien.

Si bien las palabras de César revisten cierta linealidad, realiza una clara diferencia entre ellos/nosotros: *ellos*, los barras, los violentos, lo impuro o contaminante del fútbol; *nosotros*, hinchas verdaderos, respetuosos de la rivalidad. ¿Qué marca esa diferencia entre unos y otros? ¿No se reconocen todos hinchas de River? Evidentemente “los vitalicios” no se encuentran atravesados ni se autoperciben como integrantes de la cultura del aguante. La “hinchada” conforma una “comunidad” de pertenencia, que se define por ser los poseedores del “aguante”, los que pelean (Alabarces 2004; Garriga Zucal 2005; Garriga Zucal y Moreira 2003). Este bien sim-

13 Con ellos compartí una larga conversación en la confitería del club, recorrimos el museo y el anillo central del estadio. Entre los cuatro suman más de doscientos años de socios.

14 *La Máquina* es el apelativo de la formación de River Plate que logró ocho campeonatos en la década del 40: Primera División (1941), Copa Adrián C. Escobar (1941), Copa Doctor Carlos Ibarguren (1941), Copa Aldao (1941), Primera División (1942), Copa Doctor Carlos Ibarguren (1942), Primera División (1945) y Copa Aldao (1945). Fue considerado por la prensa especializada como el mejor equipo de su era y uno de los mejores en la historia del fútbol mundial. Particularmente, de aquel equipo se recuerda a la delantera, compuesta por Juan Carlos Muñoz, José Manuel Moreno, Adolfo Pedernera, Ángel Labruna y Félix Loustau (aunque también fueron asiduos titulares en distintas etapas Aristóbulo Deambrossi, Carlos Peucelle y Alberto Gallo). Fuente: sitio oficial Club Atlético River Plate. En línea: <www.cariverplate.com.ar/historia>. Consultado el 23 de enero de 2016.

bólico los congrega y los diferencia. El verbo aguantar se vuelve sustantivo, construyendo así comunidades definidas por la práctica; los que tienen aguante y los que no lo tienen. Se establece así una diferencia entre los que disputan el aguante y los que no comparten esas formas de distinción. Entonces ¿"los vitalicios" no tienen aguante? ¿Esto los deja drásticamente fuera de la comunidad futbolística?

Este tipo de cultura se manifiesta como una concepción totalizadora, monolítica y generalizadora que no logra divisar otros públicos por fuera de los que aguantan. Considerarla una ley o normativa socio-cultural que rige el ámbito del fútbol resulta una postura sesgada que deja por fuera y deslinda de toda legitimidad a aquellos hinchas o públicos que no se reconocen como sujetos inmersos o atravesados por esa lógica.

Por alguna razón, nuestros entrevistados no se sienten parte del mismo colectivo que "los atorrantes de allá arriba". En este sentido, el concepto de *habitus* de Pierre Bourdieu aporta una arista más a la problemática. Según el sociólogo francés, el *habitus* comprende al conjunto de esquemas generativos a partir de los cuales los sujetos perciben el mundo y actúan en él. Estos esquemas generativos generalmente se definen como "estructuras estructurantes estructuradas" (Bourdieu, 1980: 172); son socialmente *estructuradas* porque han sido conformados a lo largo de la historia de cada agente y suponen la incorporación de la estructura social, del campo concreto de relaciones sociales en el que el agente social se ha conformado como tal. Pero al mismo tiempo son *estructurantes* porque son las estructuras a partir de las cuales se producen los pensamientos, percepciones y acciones del agente. Dicha función estructuradora se sostiene sobre los procesos de diferenciación en cuanto a las condiciones y necesidades de cada clase. Esto hace que la eficacia preponderada de las prácticas culturales asumidas como propias respecto de las que no, actúe como tamiz (criterio de selección) de la cultura hegemónica (reconocimiento arbitrario, social e histórico de su valor en el campo de lo simbólico) ya que, según Bourdieu, la cultura importa como un asunto que no es ajeno a la economía ni a la política.

A partir de este concepto bourdiano, las estructuras estructurantes estructuradas se visibilizan categóricamente en las afirmaciones de Luis:

En mi casa nunca escuché una mala palabra o insulto. Si por algún motivo sucedía, no te puedo explicar el lío en el que me metía con mi padre. En la cancha esas cosas son moneda corriente, y cuando vengo con mis nietos Tomás y Franco les prohíbo que canten o repitan esas barbaridades. Veo muchos padres que vienen con sus hijos y no se dan cuenta que los chicos, sin darse cuenta, copian eso; lo malo del fútbol. La educación que tienen en la casa se ve acá los domingos. Los tiempos cambiaron y eso se nota.

La educación y la familia son dos palabras e instituciones que se reiteran en las narraciones de los entrevistados. Contrariamente, ninguna de ellas es tenida en cuenta o contemplada por el aguante. Retomando la idea de Bourdieu, una de las dimensiones fundamentales del habitus es su relación con las clases sociales y la reproducción social. Si el mismo es adquirido en una serie de condiciones materiales y sociales, y estas varían en función de la posición en el espacio social, se puede hablar de “habitus de clase”. Estos habitus de clase, a su vez, son sistemáticos: producidos en una serie de condiciones sociales y materiales de existencia –que no han de aprehenderse como suma de factores, sino como conjunto sistemático– unidas a una determinada posición social.

De esta manera, habría una serie de esquemas generadores de prácticas comunes a todos los individuos biológicos que son producto de las mismas condiciones objetivas. Ante la imposibilidad de segmentar o identificar quiénes serían los sujetos comprendidos en la cultura del aguante (aunque esta se halla orientada a universalizarlos), sí se puede identificar el “habitus de clase” de “los vitalicios”: socios vitalicios de River Plate, jubilados y profesionales, habitantes de Zona Norte del GBA (puntualmente Olivos y Vicente López) cuyas prácticas y discursos se enraízan en el respeto por el adversario y, principalmente, una marcada oposición socio-cultural respecto a los barras.

¿No tienen aguante?

Recorriendo los pasillos del Monumental, fue una de las preguntas que realicé a “los vitalicios”: *¿qué significa para ustedes tener aguante?* Los cuatro esbozaron respuestas similares entre sí pero dispares en relación a la definición o idea propuesta por Alabarces.

No sé bien qué quieren decir con eso del aguante. Imagino que a aguantarse las peleas y trompadas con las hinchadas de los demás clubes para poner a prueba quiénes son los más guapos. Nosotros somos hinchas, socios y nos une un sentimiento muy profundo con este club. A veces muchos socios empujados por el fervor cantan cosas que ni ellos creen que son capaces de hacer, como matar a alguien o pegarle a la policía. Se naturalizaron esas cuestiones, no solo acá en River y con el hincha de Boca, sino en todos los estadios. Eso de ver quién tiene la hinchada más grande y quiénes son los más machos pasa en todo el fútbol argentino lamentablemente. Hacete la idea que nosotros en los '50 o '60 veníamos de traje o camisa a la cancha; todo el público. Eso cambió totalmente, como la sociedad y los valores.

Con otras palabras, pero apuntando hacia un mismo hecho, estos socios vitalicios de River reconocen tejidos sociales disímiles y complejos en los públicos que asisten al estadio de Núñez. En este sentido, podría establecerse que tanto los que aguantan como aquellos que no, mantienen un vínculo claramente subjetivo con el club. Por su parte, Alabarces afirma que

No hay inadaptados, salvajes, irracionales, animales. No hay excepciones, ni fenómenos arbitrarios o azarosos. Sino que todo pertenece a una lógica minuciosa, compleja, absolutamente reconocible y entendible que se llama “cultura futbolística argentina”, dentro de la cual la violencia es la norma, no la excepción. La violencia es la pauta que estructura toda la cultura futbolística argentina. (Alabarces, 2011)

Sin embargo, y a partir del testimonio de los entrevistados, se evidencia que esta cultura propuesta por el autor es sesgada, pretenciosa (en términos de homogeneización) y monolítica, donde no existe lugar para las subjetividades, reduciéndose a una gran masa que produce y reproduce una lógica de algunos, sin preguntarse o cuestionarse si están dispuestos a aguantar. Es aquí donde una de las dimensiones fundamentales del habitus significa un aporte a la cuestión: su relación con las clases sociales y la reproducción social. Si el habitus es adquirido en una serie de condiciones materiales y sociales, y si estas varían en función de la posición en el espacio social, se puede hablar de "habitus de clase". Es decir, habría una serie de esquemas generadores de prácticas comunes a todos los individuos biológicos que son producto de las mismas condiciones objetivas (Bourdieu, 1980).

Estos sujetos que aguantan y hacen, a partir de su lógica, un uso y ejercicio legítimo de la violencia podría ser entendida como una realidad objetiva. En contrapartida, también existe una realidad subjetiva, que es aquella apreciación que realizan los diversos sujetos de la misma (Berger y Luckmann, 1966). Es decir, la sociedad es vivencialmente experimentada por el sujeto. Del mismo modo, los hinchas de River (en este caso) construyen diversas realidades subjetivas en términos identitarios. Es decir, dar cuenta realidades objetivas y subjetivas (Berger y Luckmann, 1966), donde la cultura del aguante no se constituye automáticamente y "gobierna" el comportamiento de los hinchas, sino que es posible hallar otras conductas socio-culturales y modos de expresión en los sujetos.

Establecer que la ética del aguante opera con tal éxito o eficiencia, como también internalizada genéricamente, implicaría sobreestimarla, a la vez que subestimar las configuraciones identitarias subjetivas vinculadas al fútbol.

La discriminación como hecho folclorizado

El estadio es el lugar del espectáculo deportivo. Es un espacio ritual que contiene los públicos, la sensación comunal expresada por los colores del equipo, los gritos, banderas, movimientos sincronizados que acompañan las situaciones creadas por las situaciones de juego. Es decir, “los que conforman esta comunidad son proyección del equipo, son copartícipes gozosos de una comunidad en la que su ego se diluye” (Medina Cano, 1996: 46).

A partir de lo desarrollado hasta aquí, podemos considerar al fútbol como un complejo ritual que incluye dos subprocesos: uno ocurre dentro del campo de juego (la cancha); el otro entre los espectadores (en la tribuna). En adhesión a lo expuesto por Ferreiro, se halla una articulación en la cual “la cancha vincula una performance con su resultado en función de una serie de reglas; mientras que la tribuna vincula una performance con un proceso identitario basado en el antagonismo” (2003: 58).

Esto último fue abordado en el comienzo de la tesis cuando analizamos la historia y constitución institucional-subjetiva del Club Atlético River Plate, atendiendo aspectos geográficos, territoriales y barriales en el marco del proceso de popularización del fútbol en el Río de La Plata. En dicho análisis, el rol del Club Atlético Boca Juniors ha sido imprescindible en la construcción de esta relación antagónica:

La constitución de este sentimiento irrefrenable denotativo del “nosotros” (los otros como yo) es un proceso identitario múltiple y fragmentario, que actúa a manera de un palimpsesto, inscribiendo, sobreponiendo y deformando contenidos sobre contenidos. [...] Estas se caracterizan por definirse a partir de una relación nosotros/ellos excluyente y una relación cara a cara, cuya pertenencia reconoce un único y excluyente principio: seguir los mismos colores. (Ferreiro, 2003: 60-61)

Durante el período de trabajo de campo se reconocieron prácticas discursivas que excedían la mencionada ética del aguante, la cual no solamente aparece como una mirada monolítica, sino que a su vez no logra explicar las construcciones de sentidos discriminatorios que tienen lugar en un estadio: aborda la violencia como un bien simbólico pero no la entiende como un tipo más de discurso social (Angenot, 2010). Es allí donde surgió la posibilidad de pensarlas y analizarlas en consonancia con un proceso de afirmación y confirmación identitaria por parte de los hinchas de River. De esta manera, la relación con el otro no solo no puede evitarse, sino que tanto ese vínculo como el conflicto son co-constitutivos del fenómeno futbolístico, donde “un estadio no es solo el ámbito del partido, sino también el marco de la celebración ritual de la metáfora amigo/enemigo” (Del Lago, 1990: 30).

En esta etapa de la investigación ha sido de vital importancia observar y analizar las prácticas atendiendo a los contextos donde estas se inscriben (Van Dijk, 2002). En este sentido, la iniciativa no se acota o circunscribe a un enfoque estructuralista sobre la cuestión; es decir, el signo lingüístico de Saussure –y con ello, su reducción simple y llana al binomio significado/significante– resulta insuficiente a la hora de problematizar e indagar respecto a las condiciones de producción y reproducción. Básicamente, tanto la ética del aguante como la teoría estructuralista se presentaban como marcos exiguos para un escenario que precisaba de la indagación sobre las prácticas y rituales.

El contacto con los hinchas y la asistencia a los partidos habilitaron un conjunto de interrogantes en torno a los sentidos discriminatorios y, en función de los mismos, esbozar un presunto culto a la folclorización de la discriminación y racis-

mo como aspectos o componentes naturalizados, donde el estadio presupone un espacio “democrático” donde todos pueden expresarse como deseen.

Además de atender a los cánticos, esta arista de la investigación también avanza sobre la imposibilidad de asistencia de público visitante y su impacto en la mencionada construcción de la relación antagónica con el *otro*, que en este caso, no está presente (al menos físicamente) pero sí, como veremos a continuación, en el imaginario de los hinchas. Aquí se vislumbra el rol clave del Estado, ya que esta normativa que ha sido implementada con el objetivo de paliar la violencia en los estadios de fútbol, también ha influido en la diagramación de este escenario. A su vez, cabe destacar cuáles han sido las medidas y sanciones adoptadas (multas económicas, por ejemplo) por los distintos organismos gubernamentales y deportivos respecto a los diversos actos “punibles”.

Múltiples casos, única historia

Las primeras referencias históricas en los medios de comunicación señalan el origen de los cantos de cancha en las coplas murgueras de principios del siglo XX. Estas canciones comenzaron a entonarse en Inglaterra hacia fines entre 1890 y fines de siglo XIX, importándose la práctica desde allí. Los destinatarios de estos cantos eran, por lo general, los jugadores. No fue sino hasta principios de la década de 1940 que los hinchas comenzaron a elaborar cantos de una mayor complejidad. Más concretamente, durante el primer gobierno de Juan Domingo Perón, la afluencia masiva de espectadores provenientes de los sectores medios y bajos a los estadios y la transmisión televisiva de los partidos, incentiva el proceso creativo. Aquí surge una de las más famosas canciones de cancha que toma como melodía la marcha peronista.

Sin embargo, el período más prolífero comprende las últimas dos décadas, donde se crean cánticos con melodías y métricas más complejas, tomando como “molde” a diferentes canciones de una amplia variedad de autores: Gilda, Los Auténticos Decadentes, Carlos *La Mona* Jiménez, Los Fabulosos Cadillacs, Creedence, Andrés Calamaro, Turf y Rodrigo, entre otros. En la actualidad, nos encontramos

ante un fenómeno en expansión, ya que las prácticas de aliento de los hinchas argentinos han sido incluso exportadas a otros países, no solo de Latinoamérica, sino de otros lugares del mundo como España y Japón (basta con mirar transmisiones de estos partidos o buscar algún video en YouTube). Ahora bien, al margen de lo creativas o no que puedan resultar estas expresiones, la forma disfraza al contenido, y con ello nos acercamos a la antesala de un proceso multicausal: la *folclorización* de la discriminación.

“A River le pasa esto porque quiso contradecir la historia. ¿Cuándo se ha visto que los negros dirijan a los blancos?” En el programa televisivo *La noche del domingo*, el periodista José Gabriel González Peña, popularmente conocido como *Pepe* Peña lanzó aquella afirmación promediando el año 1972. Según su interpretación, el club de Núñez “no gozaba de buena salud deportiva por haber contratado como director técnico a un hombre de color negro”: Didí, un ex jugador brasileño. Ese episodio ha sido señalado como el primer antecedente de discriminación en el fútbol argentino o, al menos, en un medio de comunicación.

Actualmente, las manifestaciones de ese tipo en este deporte son más variadas y extensas. La discriminación, el racismo y la xenofobia van ganando terreno, extendiéndose por todo el espectro que compone al mundo del fútbol. Hinchas, jugadores, entrenadores, árbitros y directivos: todos forman parte de esta escena. Podemos identificar situaciones de este tipo en diferentes localidades de nuestro país, desde Capital Federal, pasando por Buenos Aires, Jujuy y Córdoba.

Cánticos de las parcialidades, banderas, insultos durante los partidos y declaraciones a la prensa antes y después de los mismos constituyen algunas de las variadas facetas en que ha adoptado este fenómeno de escala global. Las manifestaciones racistas pueden rastrearse con mayor anterioridad en el fútbol de Europa. En nuestro país, estos acontecimientos son más recientes, sin embargo se han propagado a un ritmo vertiginoso. A partir de algunos hechos significativos se observa que entre los protagonistas no solamente se hallan las parcialidades de los clubes, sino también dirigentes, jugadores y árbitros.

Episodios que involucran a directivos

En agosto de 2000, el por entonces vicepresidente de River Plate, Alfredo Davicce, realizó declaraciones discriminatorias para la extinta revista *Mística*. El entrevistado asoció despectivamente a los ciudadanos bolivianos y paraguayos con la parcialidad de su clásico rival, Boca Juniors: “River es el club con más hinchas argentinos. [...] Los de Boca son la ‘mitad más uno’ si suman a los bolivianos y paraguayos”. Davicce fue denunciado por Daniel Barberis, vicepresidente de la Asociación Civil Solidaridad entre Argentinos (Soldar) y director del Centro de Denuncias contra la Discriminación del Foro de Organizaciones No Gubernamentales que Luchan contra la Discriminación, quien había argumentado que “las alusiones de Davicce a los hinchas de Boca como bolivianos y paraguayos en forma despectiva configuran un acto de los tipificados en el artículo 3 de la ley 23.592 (antidiscriminatoria), que sanciona a los que realizaren propaganda basada sobre ideas o teorías de superioridad de una raza o grupo de personas de determinado origen étnico, que tengan por objeto la justificación o promoción de la discriminación racial o religiosa en cualquier forma”¹. Sin embargo, la causa prescribió y quedó sin efecto.

Una situación similar aconteció en abril de 2003 con otro dirigente del fútbol argentino. Julio Grondona, ex presidente de la AFA, afirmó que “no hay árbitros judíos porque no les gustan las cosas difíciles”. Luego de aquello se arrepintió de lo manifestado, debió brindar testimonio en la justicia y presentarse a una audiencia de conciliación donde sus disculpas fueron aceptadas por representantes de la comunidad judía.

Uno de los episodios más recientes tuvo lugar en la provincia de Jujuy. El 20 de Septiembre de 2008, Gimnasia y Esgrima recibió a Argentinos Juniors en el marco de la 7ma. Fecha del Torneo Apertura. Al finalizar el partido, el presidente de la institución jujeña, Raúl Ulloa, ingresó al campo de juego para reclamarle al árbitro Saúl Laverni por algunas decisiones tomadas durante el transcurso del juego. En medio de la discusión, Laverni le habría dicho a los jugadores locales, según Ulloa, “dejen de mo-

¹ *La Nación* (2000, agosto). En línea: <www.lanacion.com.ar/28039-denuncia-contra-davicce>. Consultado el 24 de enero de 2016.

lestar, bolivianos”². Lo insólito del hecho radica en que, además del presunto comentario xenófobo del árbitro, el propio dirigente lo interpretó como un insulto en lugar de condenar la expresión, que según Ulloa, habría sido manifestada por el árbitro. La cuestión se elevó a un tribunal disciplinario de la Asociación del Fútbol Argentino.

Episodios que involucran a jugadores

En 1998, Francisco Cassiani arribaba para sumarse a Rosario Central procedente de Colombia. Luego de un partido declaró ante los periodistas que “en la cancha me escupen y me dicen negro”. El colombiano responsabilizó a Pablo Erbín y Víctor Hugo Lorenzón, quienes negaron rotundamente tales acusaciones. Años antes, promediando 1994, Héctor Enrique afirmaba en la revista *El Gráfico* que “algunos jugadores te dicen negro villero o cosas parecidas [...] deben quedar dentro de la cancha. Son cosas y códigos del fútbol”.

En 2005, un incidente similar ocurrió en Boca Juniors. El brasileño Baiano declaró haber sido discriminado y acusó a dos de sus compañeros. Los dichos fueron realizados cuando el jugador regresó a su país y expresó ante los medios locales los hechos ocurridos, mientras que sus compañeros lo señalaron por haber acudido a los medios y “romper los códigos” al no hacerlo en privado con los miembros del plantel.

Quien denunció formalmente haber sido discriminado fue otro colombiano: Gerardo Bedoya. En Octubre de 2001, el ex jugador de Racing Club declaró ante el Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI) haber recibido insultos por parte de los integrantes del banco de suplentes de Colón de Santa Fe. Al ser el INADI quien encabezaba el reclamo, el demandante formal del hecho era el propio Estado Nacional.

En los primeros dos casos se observa una doble problemática: por un lado, la peligrosa y pretendida naturalización discursiva de la discriminación como elemento inherente al ámbito futbolístico por parte de los jugadores, ya que “son cosas del fútbol”; por otro, el amparo en unos presuntos “códigos” para ocultar, invisibilizar y silenciar este tipo

² *La Nación* (2008, septiembre). En línea: <www.lanacion.com.ar/1052902-bolivia-pide-explicaciones-tras-el-episodio-de-ulloa-y-laverni>. Consultado el 24 de enero de 2016.

de acontecimientos que “quedan en el vestuario”. Es interesante cómo este discurso de la naturalización es percibido y apropiado como legítimo por parte de nuestros entrevistados en el estadio de River, donde “la discriminación es parte del folclore del fútbol”.

Episodios que involucran a las hinchadas

En abril de 2005, Talleres de Córdoba recibía a Gimnasia y Esgrima de Jujuy en el marco del Torneo Clausura. En la cabecera del equipo local se exhibieron banderas con los colores del club y en el centro de las mismas cruces esvásticas estampadas (Imagen 1). El partido se disputó con normalidad y en ningún momento hubo siquiera un atisbo de suspensión. Las autoridades competentes de la AFA, en reacción a los hechos, condenaron la actitud de los hinchas, y sancionaron económica y reglamentariamente al club: apenas algunas amonestaciones y no hubo quita de puntos. El INADI inició una causa judicial, y la policía cordobesa buscó responsables. Días después se supo que dos menores de edad eran los portadores de las banderas. Según el padre de uno de ellos dijo que llevaban la bandera “porque daba suerte”.

Imagen 1



Banderas con la cruz esvástica entre el público de Talleres de Córdoba. Fuente: *La Nación*.

Ese mismo año, otro club sancionado por actitudes de sus simpatizantes fue Sarmiento de Junín, equipo que participaba de la Primera B Metropolitana se enfrentó a Atlanta (identificado con la comunidad judía de Villa Crespo). Minutos antes del comienzo del partido se registraron cánticos anti-semitas y se exhibió una bandera con la leyenda *Más que blanco, blanco Atlanta*, en referencia al slogan publicitario de un jabón en polvo.

En mayo del mismo año, una agrupación aborígen de la provincia de Chubut repudió a la parcialidad de Atlético Rafaela por haberle gritado “mapuche” a un jugador del equipo de la Comunidad de Actividades Infantiles (CAI). La nota de descargo fue elevada a la AFA, al propio club santafesino y al INADI. Su reclamo se basó en la propia Constitución de la Nación, pero jamás hubo novedades al respecto y causa quedó, una vez más, en el olvido.

En marzo de 2009, Independiente recibía a Boca en cancha de Huracán. Para el segundo tiempo la parcialidad local recibió al equipo visitante con banderas de Bolivia y Paraguay, que para hacer alusión a la parcialidad xeneize, llevaban pintado el número 12 en el centro (Imagen 2). A las banderas, se sumó el cántico *“Hay que saltar, hay que saltar, el que no salta es de Bolivia y Paraguay”*. En consecuencia y a la inversa de lo acontecido en otros antecedentes, aquí existieron y se comunicaron fallos judiciales. La comunidad boliviana residente en la Argentina presentó una denuncia por discriminación y fue desestimada: representantes de la Justicia Federal adujeron que si bien los cantos eran ofensivos, no significan un impedimento de los derechos y garantías aseguradas por la Constitución Nacional. El INADI también tomó cartas en el asunto y citó a declarar al árbitro del partido, Sergio Pezzotta, a quien le recriminó no haber suspendido el partido. El club de Avellaneda se desligó de lo sucedido y prometió iniciar una investigación interna. Finalmente, luego de reuniones, pedidos de disculpas y mesas de diálogo, todo se resolvió en un simple apercibimiento de la AFA a Independiente, hecho que ni siquiera significó una sanción económica.

Imagen 2



Se exhiben banderas de Bolivia y Paraguay entre el público de Independiente de Avellaneda.
Fuente: *La Nación*.

Asimismo, en octubre de 2010 Independiente recibió nuevamente a Boca por la 12° fecha del Torneo Apertura. No solo hubo cánticos xenófobos sino que desde un sector de la popular local arrojaron bolas de fraile y paragüitas de chocolate (Imagen 3). Las declaraciones del vicepresidente de Boca, José Beraldi, no desentonaron con los actos discriminatorios de esa tarde: “Lo de los paragüitas y las bolas de fraile es parte del folclore, más allá de la falta de respeto hacia otras colectividades. No daña a nadie, es parte del circo del fútbol”. Una muestra más de la incapacidad, ignorancia y carencia de un razonamiento pertinente por parte de los dirigentes del fútbol argentino. El testimonio de Beraldi abona al discurso llano de la discriminación y xenofobia como hecho folclorizado, a partir del cual el culto a estas prácticas y rituales es naturalmente constitutivo y legítimo.

Imagen 3



Bolas de fraile y paragüitas de chocolate arrojadas desde la cabecera de Independiente de Avellaneda. Fuente: *Salvemos al fútbol*.

El público del Club Atlético Talleres también fue protagonista de un nuevo episodio el 22 de enero de 2013, al disputar el “clásico cordobés” frente al Club Atlético Belgrano en el Estadio Mario Alberto Kempes. En el transcurso del juego, un sector de la popular de Talleres desplegó una bandera de Bolivia (Imagen 4) y entonó cánticos xenófobos y homofóbicos: “Oh, son los bolivianos, son los putos de Belgrano”. El árbitro Juan Pablo Pompei detuvo el partido y se anunció por los altoparlantes la suspensión del partido si no cesaban los cánticos discriminatorios. El encuentro prosiguió y finalizó 1 a 0 a favor de Talleres.

Imagen 4



Sector ocupado por la parcialidad de Talleres de Córdoba y exhibición de la bandera boliviana.
Fuente: Cadena 3.

Discursivamente (in)correcto

Partimos de la afirmación que la violencia es discurso, y como tal debe ser ubicada y analizada espacio-temporalmente. En este sentido, cabe destacar a la denominada *Teoría social del discurso* propuesta por Marc Angenot (2010), a partir de la cual los discursos son hechos históricos y sociales, comprendiendo todo aquello que puede pensarse y decirse en una sociedad y momento determinado (corte histórico, espacial y temporal).

Esta teoría posibilita un anclaje respecto a la producción discursiva de los hinchas de River, la cual no debe limitarse a la oralidad, sino que comprende un amplio abanico de expresiones: cánticos, banderas, indumentaria, gestos, comportamientos, entre otros modos discursivos. En el partido³ que el club de Núñez disputó frente al Club Atlético Lanús se entonaron los siguientes cánticos:

³ Correspondiente a la 9ª Fecha del Torneo Final 2014. River Plate venció a Lanús por 2 a 0. El encuentro se disputó el 23 de marzo de 2014. Fuente: sitio oficial Asociación del Fútbol Argentino. En línea: <www.afa.org.ar/torneos.php>.

Hay que saltar, hay que saltar, el que no salta es de Bolivia y Paraguay.

Son la mitad más uno, son de Bolivia y Paraguay. Yo a veces me pregunto, che negro sucio si te bañás. Boca qué asco te tengo, lavate el culo con aguarrás.

Bostero, bostero, bostero, bostero no lo pienses más. Andate a vivir a Bolivia, toda tu familia está allá. Ay que feo ser bostero boliviano, vivir en una villa por ahí. La hermana revolea la cartera, la vieja chupa pijas por ahí.

Fundamentalmente estamos en presencia de discursos discriminatorios, xenófobos, racistas y homofóbicos. Las preguntas en función de ello no demoraron en suscitarse: ¿qué motiva a los hinchas a realizar cánticos de tales características? ¿Qué implicancias y alcances poseen? ¿Cómo explicar su (i)legitimidad? Las respuestas no se hallan en la teoría, sino que esta es un medio para acceder a ellas. De esta manera, la teoría social del discurso plateada por Angenot resulta valiosa para problematizar estas manifestaciones como hechos histórico-sociales:

El discurso responde a unas condiciones que habilitan un hecho históricamente situado, donde este implica una mirada totalizadora de un complejo entramado de voces, aislando las manifestaciones individuales, que dan cuenta de lo enunciable en una instancia específica de la histórica. (Angenot, 2010: 37)

El fútbol y lo que sucede dentro de un estadio no es un hecho social aislado, sino que es constitutivo de un marco general a partir del cual este tipo de manifestaciones se hallan comprendidas en “lo que es decible o se escribe en una sociedad y momento determinado” (Angenot, 2010: 42). Es decir, el discurso social está constituido por los géneros y repertorios de tópicos que organizan aquello que es posible de ser enunciado en una sociedad determinada. En consecuencia, los sentidos discriminatorios que circulan en el estadio de River (como en el resto del fútbol argentino) cuentan con un marco de legitimidad que los ampara y los torna “aceptables”.

Abordar la producción social del sentido en su totalidad implica hacerlo desde los lugares comunes de conversación (como una charla de café) hasta los filosófi-

cos y científicos. Todos esos discursos están provistos de aceptabilidad, ya que se trata de hechos sociales e históricos, donde las manifestaciones individuales son aisladas. En otras palabras, es algo que *ya está ahí*, que informa el enunciado particular y le confiere un status. Retoma y cita a Bajtín: “todo discurso está envuelto, penetrado por las ideas generales, las perspectivas y las definiciones de otros” (Bajtín, 2011: 64).

A su vez, el discurso social es una categoría que comprende a la totalidad de la significación cultural: “no solamente los discursos, sino también los monumentos, las imágenes, espectáculos” (Angenot, 2010: 62). Es decir, existe la semantización de los usos y las prácticas. Por su parte, los cánticos transcritos correspondientes al partido disputado con Lanús formaron parte de un discurso ramificado en otros hechos significativos, ya que la fecha siguiente River disputaría el clásico con Boca en *La Bombonera*.

En las calles aledañas al Monumental se hallaban remeras a la venta con la inscripción “La envidia de los bosteros” (Imagen 5). El estampado con el documento nacional de identidad alude a una connotación claramente xenófoba. El testimonio del diseñador y vendedor de la remera da cuenta de una discriminación permitida, “porque el fútbol es así, es parte del folclore”:

Es parte de las cargadas [...]. No es ninguna novedad decir que los bosteros son todos de Bolivia y Paraguay, solamente que se me ocurrió llevarlo a una remera. Lo del DNI tiene que ver con eso. [...] No creo que se le esté haciendo mal a nadie, porque estas cosas se interpretan dentro de la jerga del fútbol. Es como que ellos nos gasten con que nos fuimos a las B.

Este tipo de relatos se repiten una y otra vez. En la entrada al sector “Centenario” se repetían una y otra vez los discursos colmados de discriminación y xenofobia, en una suerte de juego inocente cuyas reglas son tácitas y, peor aún, donde se establecen en el orden lo folclórico:

No hay que dramatizar tanto. Es fútbol y estas cosas siempre existieron y seguirán pasando. [...] Lo que pasa es que ahora todo circula más rápido

con las redes sociales y los celulares. También me parece que hay mucho más ingenio, desde las banderas hasta remeras o cantitos. Así como nosotros los cargamos con eso, ellos nos dicen “gallinas” o “descendidos”. Es el folclore del fútbol y hay que bancársela.

Imagen 5



Venta de remeras en las inmediaciones del Monumental. Fuente: *propia*.

Como mencionábamos anteriormente, el discurso social es un dispositivo para ocultar y desviar la mirada, ya que sirve para legitimar y producir consenso. Es clave historizar los discursos, comprender dentro de qué límites piensa y escribe una sociedad determinada, ya que “se trata, en definitiva, de todo aquello que en una coyuntura particular puede pensarse y escribirse” (Angenot, 2010: 66).

En esta dirección, se identifica una hegemonía, legitimación y aceptabilidad de determinadas prácticas y rituales. El propio Angenot retoma la idea gramsciana, a partir de la cual se evidencian las reglas generales de lo decible y escribible; una tónica, es decir, “lo discursivamente aceptable de una época” (Angenot, 2010: 70).

La hegemonía no corresponde a una “ideología dominante” monolítica, sino a una dominancia en el juego de las ideologías y la manera en que una sociedad se objetiva de textos, escritos y géneros orales. La hegemonía discursiva solo es un elemento de una hegemonía cultural más abarcadora, que establece la legitimidad y el sentido de los diversos estilos de vida, costumbres, actitudes y mentalidades, operando como un conjunto de mecanismos que asegura un grado de homogeneización de retóricas, tónicas y doxas discursivas. De esta manera, indica los temas aceptables, las maneras tolerables de tratarlos e instituye la jerarquía de las legitimidades (de valor, distinción y prestigio).

A raíz de esto último, resulta pertinente la idea de *contexto* planteada por Teun Van Dijk, cuya teoría trabaja en la misma dirección y permite comprender las escenas socio-culturales en las cuales cobra sentido su el discurso social, y donde “el racismo discursivo se transforma en un elemento clave y cobra sentido en un contexto definido espacio-temporalmente por las nociones dominantes” (Van Dijk, 2002). Así, se habilita una lógica discursiva discriminatoria y racista de la auto-representación positiva y la representación negativa. En la Imagen 6 observamos el despliegue de una bandera por parte de *Los Borrachos del Tablón* desde lo alto de la tribuna “Sívori”. Es la primera vez que los se incluyen sentidos nacionalistas en el diseño a través de una representación de las Islas Malvinas como elemento catalizador de dicha nacionalidad. Implícitamente se expresaba una idea que tardaría pocos meses en materializarse: “Somos Argentina”. Es decir, los miembros de la barra proclamaban a River como el club representativo y propietario de la argentinidad.



Bandera de Los Borrachos del Tablón desplegada desde lo alto de la tribuna "Sívori".
Fuente: *La Página Millonaria*.

Si enmarcamos la problemática en un escenario macro, en el cual los prejuicios discriminatorios, raciales y étnicos, como también la utilización discursiva peyorativa que se hace a partir de ellos como socialmente dados y legítimos, podríamos decir que estas manifestaciones del estadio de River tienen su correlato en un tejido sociocultural que los cobija: "la Argentina, tanto en su historia como en la actualidad, muestra muchas formas de racismo: desde la discriminación de indígenas y africanos y el racismo generalizado contra los 'cabecitas negras', hasta el trato dispensado a los inmigrantes pobres de los países latinoamericanos cercanos" (Van Dijk, 2008).

Las afirmaciones del lingüista holandés resultan interesantes para explicar esta lógica discursiva discriminatoria y racista de la auto-representación positiva y la representación negativa.

Imagen 7



Bandera perteneciente a *Los Borrachos del Tablón* con la inscripción "Somos Argentina".
Fuente: *Pasión monumental*.

Imagen 8



Banderas argentinas infiltradas masivamente en la tribuna "Sívori" del Estadio Monumental.
Fuente: *Pasión monumental*.

A partir de las imágenes 6 y 7 se observa una acentuación de las representaciones nacionalistas. La inscripción de las Islas Malvinas ya no posee los colores argentinos sino los de River, a la vez que se explicita el concepto de argentinidad “Somos Argentina”. Este debe ser interpretado de dos maneras: por un lado, como una fuerte creencia o auto-percepción en la popularidad y representatividad del club a nivel nacional, y por el otro, una diferenciación tajante con “los demás no argentinos”, es decir, Boca Juniors. La última imagen muestra una puesta en escena que linda con una sobreactuación del nacionalismo. Es preciso aclarar que ninguno de los sujetos aquí descriptos guardan relación con grupos de ultraderecha, como sí ocurre en algunos casos europeos, donde tal vez el de Lazio de Italia sea uno de los más emblemáticos⁴. En River se trata de un nacionalismo exagerado, carente de una visión o propósito político, que se sirve de símbolos (las Islas Malvinas y banderas nacionales) con la finalidad de profundizar una diferenciación identitaria –que por momentos se transforma en una burda exhibición– con el *otro*.

Asimismo, la discriminación no es individual sino una producción colectiva. Bajo esa premisa, retomamos la preponderancia de los marcos y condiciones de producción que legitiman este tipo de discursos:

La cuestión central es ver cuáles son las condiciones que hacen posible y habilitan los actos discriminatorios y cuáles son las condiciones de intervención que tenemos respecto de la discriminación. Los actos discriminatorios nunca son individuales. Si bien son producidos por sujetos, sus condiciones y elaboración son colectivas, en la medida en que toda ideología es colectiva. En Argentina y en América latina, esta condición social y política colectiva de las ideologías que habilitan y legitiman actos discriminatorios tiene que ver con una lucha contra la

4 El ex delantero de Lazio (Italia), Paolo Di Canio, se popularizó por celebrar goles extendiendo el brazo derecho, un característico saludo fascista, para regocijo de los hinchas del club romano en el cual, según una encuesta hecha en Italia, el 70 por ciento de los aficionados se declaró de ultraderecha. “Soy fascista, pero no racista. Hago el saludo romano para saludar a mis aficionados y a los que comparten mis ideas. Este brazo tendido no quiere nunca ser una incitación a la violencia y menos al odio racial”, había expresado, motivo por el cual fue sancionado por la Federación Italiana de Fútbol el 6 de enero de 2005. El caso de Paolo di Canio no es aislado. La primera gran manifestación racista por parte del público de Lazio fue en los ‘90, cuando disputaba un partido contra el equipo israelí Hapoel Tel Aviv y desplegaron una bandera con la inscripción: “Auschwitz es tu país; los crematorios, tu casa”. Otro incidente se registró a principios de milenio: en febrero de 2002, los hinchas ingresaron un importante número de banderas con cruces celtas y retratos de Benito Mussolini. Fuente: *Página 12*. En línea: < <http://www.pagina12.com.ar/diario/deportes/8-56449-2005-09-14.html>>. Consultado el 24 de enero de 2016.

impunidad, que en nuestro continente empieza en el siglo XIX pero se profundiza en el XX. (Delfino, 2007)⁵

Ciertas narrativas han nacido en lo lúdico, para luego ser apropiadas y resignificadas históricamente como símbolos por parte de los hinchas. El anecdótico gesto de Ángel Labruna concentra un extraordinario poder discursivo y simbólico: cada vez que enfrentaba a Boca en La Bombonera ingresaba a la cancha tapándose la nariz (Imagen 9). De allí en más, no solo otros entrenadores revalidaron el gesto (como Ramón Díaz y Marcelo Gallardo), sino que los hinchas de River asistían al estadio con barbijos (Imagen 10). Así lo recuerda Raúl, miembro de la filial “Javier Saviola”:

A La Bombonera íbamos todos con barbijo en mano. Si bien esta cuestión del Riachuelo y olor fue histórico, el gran Ángel (Labruna) lo inmortalizó. Entonces nosotros nos poníamos los barbijos y eso los ponía de la cabeza a ellos. Esto era una ida y vuelta, porque cuando River salía a la cancha o tenían que venir a jugar al Monumental nos tiraban plumas.

Imagen 9



Ángel Labruna en La Bombonera. Fuente: *La Nación*.

5 Silvia Delfino es especialista en estudios culturales e investigadora del Área Queer de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Ver Osojonik, A. (2007, febrero). “Sociedad y exclusión”, en *Página 12*. En línea: <www.pagina12.com.ar/diario/elpais/subnotas/1-26114-2007-02-26.html>. Consultado el 25 de enero de 2016.



Hinchas de River con barbijo. Fuente: *Pasión monumental*.

Más recientemente fue el turno del chanco “Román” (Imagen 11), un inflable con la fisonomía de un cerdo exhibido en el sector de la “Centenario baja”⁶. Desde los altoparlantes del estadio Monumental solicitaron que el globo fuera retirado de la tribuna.

Yo estaba a pocos metros del chanco, fue muy creativo, porque justo quedaba suspendido arriba de la tribuna donde estaban los hinchas de Boca. Después empezamos a gritar “¡Riquelme, Riquelme!” y el chanco quedó bautizado como Román. Después de algunos años sin público visitante te das cuenta que tu rival tiene que estar ahí para verlo, sentirlo y vos gozarlo en la cara. [...] La verdad que no es lo mismo sin visitantes.

6 Partido correspondiente a la 12ª. Fecha del Torneo Inicial 2012 de Primera División. River igualó 2 a 2 con Boca en condición de local. Fuente: sitio oficial Fútbol Para Todos: <www.futbolparatodos.com.ar/partido/river-vs-boca-fecha-12-inicial-2012-primera-division>. Consultado el 28 de enero de 2016.



Hinchas de River exhiben el inflable suspendido sobre el público de Boca. Fuente: *Pasión monumental*.

El testimonio de Oscar, socio y miembro de la filial “Norberto Alonso”, da cuenta de una película incompleta. Es decir, la presencia en ausencia no satisface la configuración de un escenario ideal, caracterizado por la congregación de público de ambos clubes. La prohibición del ingreso de hinchas visitantes modifica e impacta la fisonomía y ambiente futbolístico. Los discursos discriminatorios forjados en estos espacios requieren de la presencia física de esos otros, que deben estar ahí para que los mismos sean ratificados sistemáticamente.

Entre lo trágico y lo cómico: prácticas de aliento

La prohibición⁷ y ausencia de público visitante en los estadios de fútbol de nuestro país ha sido, sin lugar a dudas, una de las caras más impensadas y llamativas de los últimos diez años. Aquí no profundizaremos sobre las virtudes o falencias

⁷ La prohibición de público visitante fue una medida de *shock* sancionada con un contundente propósito a corto plazo: acabar con la violencia en el fútbol. El 10 de junio de 2013, Javier Gerez, perteneciente a la parcialidad del Club Atlético Lanús, es asesinado por efectivos de la Policía Bonaerense en el ingreso al estadio Ciudad de La Plata. Los policías implicados fueron separados de su cargo por el ministro de Seguridad bonaerense, Ricardo Casal, al demostrarse que la muerte había sido ocasionada por disparos de bala de goma. Este suceso marcó un punto de inflexión, ya que desembocó en una medida tripartita adoptada por la Asociación del Fútbol Argentino (AFA), el Gobierno nacional y la Agencia de Prevención de Violencia en el Deporte (APreViDe).

de esta medida, como tampoco es nuestro objetivo confeccionar un protocolo de acción con la finalidad paliar la violencia. En capítulos anteriores fueron desarrolladas las diversas complejidades y relaciones en torno al fútbol. En este abordaje y planteo por los sentidos discursivos que se producen y circulan en los públicos que asisten al estadio de River emerge la figura del *otro*. Esos sujetos diferentes –y en consecuencia, inferiores y dotados de cargas valorativas negativas– son fundamentales en el proceso de construcción identitaria, en el cual se produce una afirmación y reafirmación en oposición a ellos.

En términos de Mignon, una hinchada es básicamente, “una comunidad hermenéutica que basa su capacidad de interpelación en el inter-reconocimiento con otros colectivos semejantes. Reconocimiento que se practica, a su vez, a través de una auténtica liturgia laica del enfrentamiento, ya que el fútbol impide la neutralización y pacificación de las relaciones nosotros/ellos” (1998: 29). Esta definición enfatiza en un estado constante e inmanente de enfrentamiento entre nosotros/ellos. Las prácticas y rituales que se experimentan en un estadio obedecerían a una naturaleza, materializándose periódicamente y habilitando así un reconocimiento.

En este sentido, retomamos el concepto de “lógica partisana” (o partidaria) planteado por Bromberger, la cual se acerca a una posible interpretación de las prácticas de aliento (Moreira y Bundio, 2014). El recurso básico de esta lógica consiste en “echar mano de todo tipo de estigmatización disponible para desacreditar al adversario, chocar con el otro y pesar, mediante estas humillaciones mordaces, sobre el resultado del partido” (Bromberger, 1998: 75).

En este contexto, las producciones de sentidos discriminatorios y los mecanismos de exclusión se configuran, al mismo tiempo, como elementos adoptados y constitutivos de estas lógicas. De acuerdo a Moreira y Bundio, estas desencadenan una serie de estrategias que tienden a producir una victoria simbólica sobre los rivales circunstanciales. Esta competencia es singular, ya que conjuga simultáneamente elementos identificados con una dimensión trágica y una cómica. Ambas conviven y se mezclan para dar forma a las manifestaciones de los hinchas, las cuales se desarrollan en sintonía con distintos aspectos de lo lúdico, en razón de su virtud creadora, espontánea y liberadora. No obstante, las acciones de los hinchas,

que se desplazan entre la codificación y la improvisación, están basadas en una cosmovisión signada por una masculinidad, la discriminación y la estigmatización que valora positivamente el coraje, el poder, fuerza y la agresividad.

Siguiendo esta lógica, las prácticas de aliento se dirimen en un afán por ubicarse en la máxima posición de un ranking virtual, que señalaría imaginariamente a las hinchadas que más alientan: los fanáticos utilizan numerosas estrategias para ganar el duelo a sus adversarios, ubicados –física o simbólicamente– en el sector opuesto del estadio. Algunas de estas iniciativas se vislumbran a través de múltiples recursos, como el cerdo inflable o la portación y el uso de barbijos ya citados. También el despliegue de grandes banderas que caen desde la parte superior de la tribuna (los llamados “telones”); los papeles arrojados cuando sale el equipo al campo de juego y cánticos que entonan de acuerdo a las circunstancias del partido. En ocasiones especiales, como los denominados “clásicos” o partidos importantes por competencias internacionales, el público ofrece una puesta en escena especial o de gala.

“¿Viste lo que es esto? Una obra de arte, un regalo a la vista. Decime si no te sentís un poquito acelerado y aturdido”, expresa Alejandro a minutos de la inminente salida del equipo a la cancha. Ese día, River disputó la última fecha del certamen ante Quilmes y se coronó campeón tras obtener una victoria por 5 a 0. Lo cierto es que el estadio lucía “de gala”, con banderas blancas y rojas apostadas desde lo alto de la segunda bandeja que cubrían la totalidad del estadio, sumado a las bolsas inflables de colores que se agitaban en cada uno de los sectores. Los grandes ausentes fueron, una vez más, los visitantes (hinchas de Quilmes) y el enfrentamiento simbólico-lúdico se resolvió en ausencia.

En las horas previas al encuentro, los hinchas se dirigían al estadio en un ritual de peregrinación, vistiendo indumentaria del club, banderas y todo tipo de cábalas con las cuales “River va a salir campeón, porque esta es la camiseta del tricampeonato, eso que los bosteros no tienen y a nosotros nos sobran”. En esos momentos, en el recorrido, los hinchas se apropian del espacio urbano iniciando un proceso creativo (de Certeau, 1996). Al transitar las calles aledañas al estadio, se configura una atmósfera festiva en la cual se divisan distintas configuraciones simbólicas que irrumpen y transforman el espacio público. A su paso, los hinchas producen senti-

dos en el barrio, realizando graffitis, pintadas de cordones o postes de luz con los colores distintivos del club y arrojan pirotecnia, al mismo tiempo que se crea una comunión que reafirma una pertenencia “única”: “River es fiesta, es alegría, es carnaval y ahora los bosteros se quieren matar”.

El espacio resulta familiar y está asociado a atributos positivos como la alegría, la diversión, la libertad y la felicidad. Esta apropiación dada a través de la experiencia y vivencia del espacio conduce a la construcción de una idea de pertenencia, que los aficionados manifiestan en términos de posesión o territorialidad. (Moreira y Bundio, 2014: 8)

Coexisten allí “el espacio físico en el que trabajan habitualmente el ingeniero y el planificador”, y el espacio social, que es “complejo, heterogéneo, a veces discontinuo” (Harvey, 1977: 29). Este último es creado subjetivamente a través de lo que sienten y perciben los hinchas a partir del plano urbano. Las sensaciones y las emociones filtran el espacio mezclándose en un proceso de asignación de atributos, valores y múltiples significados. Así, los hinchas construyen una idea sobre la posesión de ese territorio que expresan de maneras distintas.

Regresemos al estadio, el escenario donde la identidad se reafirma con mayor contundencia. El sentido de pertenencia y posesión se afianza y profundiza en él, convirtiéndose en el territorio indiscutible y preferido del público. Allí se alcanza un grado peculiar de efervescencia, el clímax. Los cánticos amplificados, en algunos casos por la acústica del recinto, y entonados en los distintos sectores, atraviesan y energizan el cuerpo de los asistentes. La popular, y más precisamente *Los Borrachos del Tablón*, se transforman en los directores de una multitudinaria orquesta: cantan a favor del equipo, estrechan sus banderas y, por supuesto, entonan estrofas que refieren a Boca. El espacio se convierte en un lugar sagrado donde los participantes liberan sus sentimientos y emociones:

El partido de fútbol engendra este sentimiento de comunitas que aparece como perdido en la vida cotidiana. Los gestos, las palabras, expresan esta transformación efímera de las relaciones sociales. Las palmadas hacia compañeros desconocidos; las conversaciones calurosas con el primer llegado, que se transforma nuevamente en un

extraño al que ni siquiera se le dice chau en el momento del silbato final. Y es cierto que existe esta metamorfosis de sentimientos cuando los espectadores llegan a lo alto de las tribunas y descubren a la masa agrupada, y miran a la masa agrupada y al césped. Todos dicen sentir una transformación acentuada de sus sentimientos y emociones, una especie de metamorfosis y subrayando este carácter de comunidad [...]. (Bromberger, 2001a: 5)

En el estadio los participantes confirman su pertenencia a un colectivo común y único a la vez. Los hinchas utilizan y cuidan su estadio como un espacio mítico, sagrado: “no existe nada más lindo y que te llene el alma como venir al Monumental [...] es único sentir esto”.

Dos factores hacen que el fútbol tenga un elevado contenido dramático: el despliegue estético y la manifestación de las emociones que sentimos a lo largo de la vida: amor, odio, felicidad, sufrimiento, alegría, angustia, miedo, admiración, sentimiento de justicia o injusticia (Bromberger 2001b). Para experimentar dichas emociones, es requisito fundamental falta ser partidario, “ser hincha de”, constituir un *nosotros* enfrentado a *ellos*. “Tomar partido es la condición necesaria para asegurar un máximo de intensidad en la confrontación” (Bromberger 2001b: 22). De esta manera, la formación de ese “nosotros” se produce en el hecho de compartir los sentimientos y, discursivamente, en la exaltación de una serie de virtudes que los fanáticos creen que los define exclusivamente: fidelidad, coraje y amor. Como en todo proceso de definición de identidades, la construcción del hincha se formula a partir de la afirmación de ciertas virtudes y la negación o carencia de las mismas por parte de sus contrincantes. La faceta negativa aglutina las falencias de sus adversarios: cobardía, falsedad y vergüenza.

El fútbol y su posterior transformación en espectáculo de masas [...], desde entonces, la práctica profesional depende cada vez más de la lógica interna del campo de los profesionales, resignando a los no profesionales al rol de público. El aliento sería una forma de recuperar el juego para sí por parte de los hinchas, una forma de participación que remite al origen lúdico y sagrado de esta práctica. (Moreira y Bundio, 2014: 11)

Las prácticas y rituales del aliento desempeñan un rol significativo, donde el estadio se constituye como escenario o marco primordial:

A través de los cantos se construye una identidad a través de una performance ritualizada en el estadio que es, en principio, un espacio público. Dicho rito secular posee al menos tres atributos: una afirmación de la comunidad, un acto de exploración y un acto de celebración. Pero además, las prácticas de aliento les permiten a los hinchas ser parte de la comunidad, pues éstas giran en torno a la creación afectiva y a la sociabilidad. (Collinson, 2009: 44)

A su vez, lo ritual posee otra característica: separar aquellos que pertenecen al grupo de aquellos que quedan fuera. Es decir, estas prácticas incluyen a la vez que excluyen, enhebrando oposiciones binarias que definen la cultura futbolística: hinchas/jugadores, hinchada propia/hinchada rival, la barra/la gente, hinchas/policía, etc. La relación entre la propia hinchada (en sentido amplio) y la hinchada rival se basa en el conflicto y la oposición. Estos grupos se perciben no solamente como actores separados y diferentes, sino también opuestos y hostiles. En la búsqueda de la victoria, estos sujetos compiten con los adversarios por cuestiones tales como cuál es la hinchada que alienta más, cuál es la tribuna que más banderas posee, cuántas personas ha convocado cada equipo. Bundio sugiere que:

Las hinchadas son grupos simétricos de simpatizantes deportivos. Simétricos en el sentido que no existe en la propia situación de interacción, nada que permita definir que una hinchada tiene más status que la otra. Para romper esta simetría, los grupos buscan mediante la comparación y la creatividad social, ubicarse por encima de los demás actores sociales en escalas valorativas seleccionadas estratégicamente para tal fin (valentía, número, victorias, división deportiva, etc.). Claro que para poder comunicar este mensaje de "superioridad del propio grupo" es necesario que las hinchadas compartan una base cultural común de creencias y valores circulantes en el contexto sociocultural más amplio. Los cantos de cancha o *cantitos* son la forma masiva en que estos grupos

sociales interactúan y expresan su relación hostil en el contexto de un partido de fútbol. (Bundio, 2013: 61)

En esta misma dirección, y como ritual constituido por elementos trágicos y cómicos, el fútbol comenzó a desprenderse de sus prácticas festivas e inclinarse hacia un aumento de los aspectos violentos y agresivos a partir de la década del 70 (Archetti 1992). Las prácticas orientadas a cantar y bailar en las tribunas fueron desplazadas –y adquiriendo un lugar inferior– por las prácticas de una rivalidad exacerbada, caracterizada por la competencia corporal y agresiva: “así, se dio paso a la etapa trágica del espectáculo. Esta modalidad signada por la confrontación física entre barras opuestas comenzó a tener su correlato en los cánticos de los hinchas” (Moreira y Bundio, 2014: 14).

Este período resultó auspicioso para la producción lírica en los estadios. Tal como lo hemos señalado en otro pasaje de la investigación, la violencia física de la última dictadura militar se tradujo en una ruptura del contrato moderno por el cual el poder coercitivo es potestad y monopolio del Estado. Este quebrantamiento instauró un marco interpretativo donde la violencia se convirtió en un hecho privado y legítimo para distintos actores sociales, entre ellos las hinchadas de fútbol. Dicha violencia física tuvo su correlato en la violencia simbólica que comienza a percibirse en los estadios a partir de este período. El concepto o categoría de *aliento* se reformula, es decir, ya no se canta simplemente para arengar a un equipo, sino también para doblegar a la hinchada rival en un juego dialéctico que se piensa como una batalla ritual donde es necesario el uso de la violencia física.

La legitimación de las distintas prácticas que allí se llevan a cabo se construye a partir de determinados discursos que se erigen como los socialmente habilitados. En este caso, el término “folclore” funciona como un catalizador de conductas y comportamientos que todo lo ampara. En su nombre, toda conducta discriminatoria, racista, xenófoba y homofóbica se naturaliza, cuyo riesgo conlleva a una legitimación discursiva en la cual todas estas cobran un sentido social-cultural aceptado/ aceptable, produciéndose un corrimiento en los límites de lo pensable y decible (Angenot, 2010).

Sujetos estigmatizados y el rol de las instituciones

En más de una oportunidad presenciamos prácticas y sentidos discriminatorios en el estadio Monumental, muchos de ellos citados en este capítulo. También señalamos la barra es quien orquesta los cánticos desde lo alto de la tribuna "Sívori". El mecanismo utilizado por excelencia para disuadir estos comportamientos y expresiones ha sido detener el partido a instancias del árbitro de turno. A su vez, por medio de los altoparlantes se solicitaba y advertía a los espectadores que suspendieran su vocalización para la reanudación del encuentro. Lo destacable aquí es, por un lado, los silbidos dirigidos al pedido y, al mismo tiempo, la reprobación y la entonación de otros cánticos por parte de los sectores ajenos a la barra que los encimaban. Analicemos algunos de ellos:

Cuando Boca fue campeón, la puta que los parió, han pasado tantos años, no me acuerdo que pasó, me contaron que hubo fiesta en Bolivia y Paraguay, Maradona festejaba con la Junta Militar. Vos sos así, vos sos bostero, vos sos la mierda de todo el mundo entero.

Cantemos todos que Núñez está de fiesta, cantemos todos que Núñez es carnaval. Saltemos todos que La Boca está de luto, que son todos negros putos de Bolivia y Paraguay.

Boca no chamuyes más, Boca no chamuyes más, te la das de peronista, vos sos boliviano, no podes votar.

Con *discriminación* suele aludirse a un conjunto heterogéneo de prácticas, conceptos y presuposiciones que pueden actuar tanto positiva como negativamente (Caggiano, 2013)⁸. Como se observa en este breve repertorio o cancionero, el mismo se halla colmado y nutrido de sentidos discriminatorios, xenófobos, racistas y homofóbicos. En este sentido, cabe señalar que *la diversidad cultural es histórica*: por un lado, es resultado de procesos sedimentados de construcción de alteridad y diferencia y, por otro, que en estos procesos impactan flujos y fuerzas de distinta escala: locales, nacionales, transnacionales y globales.

8 Doctor en Ciencias Sociales (UNGS-IDES). Investigador del CONICET (CIS-CONICET/IDES). Profesor en la UNLP y el IDAES-UNSAM. Ver Caggiano, Sergio. "Acechanzas de la discriminación: elementos para la cautela y la intervención", en *Voces en el Fénix*, N°29. En línea: <www.vocesenelfenix.com/content/acechanzas-de-la-discriminaci%C3%B3n-elementos-para-la-cautela-y-la-intervenci%C3%B3n>.

Como afirma Caggiano, “reflexionar sobre formas de discriminación y concebir políticas concretas contra ellas implica asumir críticamente cierto estado de la diversidad cultural. [...] En el plano local, por ejemplo, llevaría a desmontar mitos fundacionales como el de la sociedad argentina ‘blanca’, producto exclusivamente de un crisol de corrientes migratorias procedentes de Europa”. Claramente los cánticos remiten a unos hinchas (la “barra”) que se autoperciben como los legítimos depositarios de una argentinidad blanca, profundamente nacionalistas –recordemos la bandera con la inscripción del contorno de las Islas Malvinas con los colores de River– e intolerante de otra expresión/manifestación étnica, social y cultural.

Asimismo, se suscita una estigmatización materializada en un discurso signado por la problemática de la alteridad o de la relación con el otro puede ser situada sobre tres planos: el axiológico (la valoración acerca de ese otro), el praxeológico (el acercamiento o alejamiento respecto de él) y el epistémico (lo conozco o lo ignoro). A pesar de sus buenas intenciones, muchas políticas antidiscriminatorias parten de una idea que, vista desde este enfoque, constituye un equívoco: que generar conocimiento acerca de los discriminados va a conducir inexorablemente a acabar con la problemática (Caggiano, 2013):

El problema de la discriminación son los que discriminan. El racismo o la xenofobia, por ejemplo, son fenómenos sociales que no encuentran fundamento o explicación en las “razas” ni en los extranjeros. El racismo y la xenofobia, en todo caso, encuentran su razón de ser en el racista y en el xenófobo y no en aquellas personas que los sufren. [...] La discriminación puede servir para justificar que algunos ocupen un lugar y otros uno diferente en esas relaciones desiguales, y puede impedir poner en discusión y quebrar dichas situaciones.

En otras palabras, en tanto fenómenos socioculturales y políticos, las concepciones y prácticas discriminatorias no se fundan en un “error”, al menos no únicamente, más bien constituyen formas de interpretar, es decir, de dar sentido a una situación de desigualdad y de intentar volverla legítima. Las precisiones de Caggiano resultan decididamente pertinentes para establecer que las vías de discriminación, como las desigualdades, son múltiples y se entrelazan. En las ciencias sociales hace años se

insiste en la necesidad de estudiar articuladamente las múltiples dimensiones de poder y desigualdad. Esto significa que la clase social o el género o la etnia, entre otras muchas, tomadas por separado y en su unicidad, no alcanzan para dar cuenta de fenómenos complejos y que para comprender estos fenómenos es preciso atender la imbricación entre ellas. La discriminación se relaciona con las desigualdades en su multiplicidad y en su entrelazamiento, superponiendo y acoplando dimensiones que, muchas veces, potencian sus efectos negativos.

Mientras que la persistencia del racismo en nuestras sociedades responde a la persistencia de la racialización que –en tanto proceso cognitivo y valorativo anudado a relaciones de poder– construye el carácter biológico de la existencia de las razas que ofrece sustento al racismo, el fundamentalismo cultural implica un modo de discriminación diferente: si el racismo percibe al “otro” como inferior por naturaleza, legiti-mándola, este justifica la exclusión de los extranjeros. Aquí se dimensionan diferencias esenciales insuperables e insalvables: “bostero, vos sos boliviano, no podes votar”.

Este mecanismo discriminatorio también se ha manifestado en distintos ámbitos, entre los cuales destaca el de los medios masivos. Basta con recordar los comentarios y epítetos peyorativos, discriminatorios y xenófobos en las enunciaci-ones de Marcelo Araujo, solapadas en un presunto o pretendido tono humorístico: “la tiene el *paragua*”, “cuidado con el *grone*”, entre otras.

Como señala Caggiano, “abstraer la lógica de cada uno de estos mecanismos discriminatorios podría ayudarnos a entender mejor su funcionamiento en otros casos, sobre otros grupos y sectores. [...] El cuerpo es puesto en primer plano, los atributos intelectuales y morales se presentan como inescindibles de los rasgos físicos y las presuntas capacidades o incapacidades inherentes al cuerpo actúan como justificación de relaciones de sometimiento”. Los cánticos con estas características poseen este común denominar:

En el barrio de La Boca viven todos bolivianos que cagaban en la vereda y se limpian con la mano, los sábados en la bailanta se van a poner en pedo y se van de vacaciones a las playas del Riachuelo. Hay que matarlos a todos mamá, que no quede ni un bostero, hay que matarlos a todos mamá, que no quede ni un bostero.

¿Y las instituciones?

El itinerario de muertes en el fútbol argentino planteado por Alabarces se evidencia como un mapa incompleto, ya que los marcos y contextos en los que se han producido numerosos casos de discriminación y racismo en el fútbol son igualmente fundamentales. Hemos observado la multiplicidad de actores y factores que se vinculan y articulan a partir del fenómeno futbolístico. Los discursos y sentidos contruidos por una porción de los hinchas de River se traducen en cánticos xenófobos y racistas, producciones que poseen un estrecho arraigo en lo identitario.

Como ha ocurrido con el fenómeno de la violencia, los organismos e instituciones encargadas de seguridad han optado por implementar sistemáticamente medidas represivas o compensatorias; entre ellas, la quita de puntos, suspensión de estadios o multas económicas a los clubes implicados. Una muestra de ello ha sido la decisión de prohibir la asistencia de espectadores visitantes, la cual no ha paliado ni ha logrado disminuir las producciones de sentidos discriminatorios en los estadios: estas continúan vigentes en función de ese otro ausente siempre presente.

Veamos qué establece el artículo 88 del Reglamento de la AFA, referido a manifestaciones discriminatorias, amenazantes u obscenas:

Se impondrán las sanciones previstas en este artículo, al club cuyos socios, parcialidad o público partidario ubicado en los sectores asignados a dicha institución, antes, durante o después del partido, exhiban pancartas o símbolos discriminatorios, amenazantes, obscenos, injuriosos u ofensivos a la moral y buenas costumbres, o entonen a coro estribillos o canciones con igual contenido, siempre que estos últimos sean de tal magnitud que resulten nítidamente audibles en un amplio ámbito del estadio.- Estos hechos serán sancionados:

- a) En la primera ocasión, con amonestación.
- b) En la segunda ocasión por el mismo hecho: Multa de valor bruto de la entrada general (precio de venta al público) de 21 a 75.

c) En las posteriores ocasiones y siempre por los mismos hechos, podrá el Tribunal de Disciplina Deportiva multar al club infractor, con multa según lo dispuesto por el Art. 83º de dos a seis fechas.

En los casos manifiestamente leves o hechos aislados, el Tribunal de Disciplina puede:

d) Eximir de pena al club acusado, instándolo a que adopte las medidas pertinentes, para evitar la repetición de tales hechos.

e) Si a juicio del Tribunal de Disciplina, los hechos resultaren de mayor trascendencia que los comprendidos en el inciso d) de este artículo, se amonestará al infractor.- Si reincide en casos manifiestamente leves y/o aislados, de escasas proporciones, se le impondrá al infractor por cada vez que reincida en el mismo hecho, multa de conformidad con lo dispuesto por el Art. 83º, por una fecha efectiva.

Todas las sanciones previstas en este artículo, solo tendrán vigencia, a los efectos de la reincidencia, durante el transcurso de los siguientes quince meses en que fueron aplicadas.-

Todos los clubs, están obligados a promover mediante los parlantes del estadio o por otros medios de comunicación eficiente, el conocimiento de los alcances de esta disposición, a fin de evitar los hechos o actos que se reprimen (Art. 91º inc. i) del Reglamento de Transgresiones y Penas).⁹

En todos y cada uno de los incisos se tipifica lo mismo: sanciones, multas, amonestaciones y apercibimientos. Este artículo no se ha redactado en el vacío, sino más bien en el marco de un organismo (AFA) que navega aletargadamente por la desidia y como resultado de décadas de un llano desinterés por la causa. Si retomamos nuestro objeto de análisis, hallamos un prontuario de antecedentes donde la escena se replica en ciclos idénticos.

⁹ Extraído del Reglamento de la Asociación del Fútbol Argentino. En línea: <www.afa.org.ar/upload/reglamento/Reglamento_Transgresiones_y_Penas_AFA.pdf>. Consultado el 30 de enero de 2016.

Con la exhibición del chanco “Román” como punto de partida, River ha sido acreedor de reiteradas multas económicas. El 24 de diciembre de 2012 recibe una multa económica de 18.000 pesos –en concepto de 300 populares con precio de 10 pesos cada una durante seis fechas– por parte del Tribunal de Disciplina de la AFA a raíz de cantos xenófobos durante un partido frente a Argentinos Juniors: en su mayoría, dirigidos a Boca. Sin embargo, previamente se había suspendido el partido momentáneamente en dos ocasiones, como también pedidos a través de los altoparlantes del estadio y hasta el mencionado repudio por parte de algunos sectores del público. No fue la primera vez que River afrontaba una multa económica, ya que en mayo del mismo año y cuando aun participaba en la B Nacional, debió abonar 7.200 pesos, traducido en 180 entradas generales durante cuatro fechas.

En el plano continental, la Confederación Sudamericana de Fútbol penalizó por “los cantos racistas de sus hinchas” a la institución de Núñez con una multa de 30.000 dólares y la prohibición de asistencia de hinchas durante tres partidos como visitante en el marco de la edición 2014 de la Copa Sudamericana:

El Tribunal de Disciplina de la CONMEBOL ha decidido imponer al Club Atlético River Plate una multa de 30.000 USD, así como la prohibición de venta de entradas a sus aficionados para los próximos tres partidos que el club dispute como visitante en competiciones oficiales organizadas por la CONMEBOL, por los gritos xenófobos proferidos por sus aficionados en el encuentro disputado el día 3 de septiembre de 2014 en Mendoza frente a Godoy Cruz.

La lucha contra el racismo, la discriminación y la xenofobia es una prioridad máxima para la CONMEBOL. Esta confederación mantiene una política de tolerancia cero hacia tales comportamientos tanto en el terreno de juego como en las gradas.¹⁰

Tanto los organismos locales como regionales han adoptado una postura punitiva respecto a las manifestaciones discriminatorias. El comunicado de la CONMEBOL oscila peligrosamente con la doctrina de “tolerancia cero” impulsada por el ex al-

10 Fuente: *Playfutbol*. En línea: <www.infobae.com/2014/09/17/1595500-dura-sancion-la-conmebol-river-cantos-racistas>.

calde de Nueva York, Rudolph Giuliani, para reducir el índice de criminalidad y “limpiar” la *Gran Manzana podrida*. En este sentido, la tolerancia cero es un enfoque o política de seguridad ciudadana cuyo principio fundamental se traduce en castigar severamente cualquier infracción, sin reparar en la gravedad de la falta cometida, reduciendo al máximo el retardo entre la comisión del delito y la respuesta judicial. La tolerancia al delito es eliminada, razón por la cual no son consideradas las circunstancias atenuantes a la hora de las penalizaciones.

Esta perspectiva y praxis institucional se reduce a un accionar higienista, donde “lo podrido” o “lo nocivo” es extirpado sin más. No repara en el planeamiento y aplicación de políticas orientadas a programas de prevención o educación. Las medidas represivas obturan toda posibilidad de reflexión integral entre cada uno de los actores, es decir, dirigentes políticos y deportivos, organismos e instituciones, y por supuesto, los propios hinchas.

La realización de esta investigación implicó un recorrido y abordaje integral respecto a la construcción identitaria de los hinchas que asisten al estadio del Club Atlético River Plate. Para ello, fue imprescindible retomar algunas discusiones y problemáticas dirimidas durante décadas en los estudios sociales del deporte, un campo que, como hemos mencionado, se encuentra en pleno proceso de maduración.

El propósito fundamental se articuló en la búsqueda de posibles continuidades y rupturas en torno a estos debates. De esta manera, los interrogantes se circunscribieron a los modos en que se construye la identidad de los hinchas de River que asisten al Estadio Monumental. Para ello, se focalizó en tres ejes centrales y vertebradores: las prácticas de sentidos discriminatorias, la violencia –y su uso (o no) legítimo como parte de la denominada “ética del aguante” (Alabarces, 2014)– y la reproducción folclórica de rituales.

Cabe aclarar que la decisión de circunscribir nuestro objeto de estudio a estos sujetos y no otros, como también delimitar el período de estancia a una competencia determinada no fue arbitraria. Partimos de la premisa –que aun sostenemos al concluir este trabajo– según la cual los hinchas son social y culturalmente heterogéneos en su constitución, donde existen aspectos, como el geográfico, que influyen directamente en ella. Es decir, los públicos que asisten esporádicamente al Estadio San Juan del Bicentenario para un partido de Copa Argentina o al Estadio Padre Ernesto Martearena de Salta por un amistoso en el marco de una pretemporada, no son cualitativamente homogéneos entre sí por diversos motivos. Uno de ellos, tal vez el más importante, es el peso simbólico, geográfico –más precisamente barrial– y discursivo de los sentidos producidos en el marco del Antonio Vespucio Liberti.

Allí se condensan las historias épicas, los grandes logros, las vueltas olímpicas pero también las mudanzas y los desalojos, fruto de la lucha por ese lugar. Trabajar bajo otro marco hubiese desembocado en una tesis distinta, con otro tipo de público y en un contexto ajeno y alejado de la historia del club.

A su vez, los interrogantes hacia estos hinchas de River Plate conllevaron a preguntarnos también por Boca Juniors; el *otro* y a partir del cual se cimientan u ordenan las narrativas y discursos más genuinos a través de una lógica del antagonismo simbiótico: los dos equipos se formaron en La Boca y reconocían explícitamente su herencia genovesa. En este sentido, ha sido indispensable realizar y construir una mirada *hacia atrás*, la cual posibilitó, por un lado y en un marco más amplio, dimensionar la incorporación del fútbol como bien cultural en nuestro país y su impacto en los modos de socialización –principalmente el rol del club– en una etapa donde lo nacional fluctuaba a raíz las oleadas migratorias de fines de siglo XIX y principios del XX; por el otro, bucear en la historia de River –desde su fundación hasta la actualidad–, enfatizando en aquellos aspectos culturales, simbólicos y territoriales que han contribuido a la construcción identitaria del club entre las décadas del 20 y 30.

Casi en paralelo, tanto la institución como sus hinchas se desarrollan y se nutren de resultados deportivos, una realidad común y aspectos geográficos, pero también de una identidad mediada. El rol de algunos periódicos durante este período embrionario fue fundamental, a que posibilitó la difusión y circulación masiva del fenómeno futbolístico. Pero también se tomaron otras atribuciones, como *El Nacional*, *Crítica* y *La Mañana* por ejemplo, que dan cuenta de la producción de discursos ávidos de sentidos que exceden lo informativo: recordemos el partido fundacional entre River y Boca disputado el 24 de agosto de 1913, sobre el cual *El Nacional* titula “Antiguos rivales”, pese a que ese día se enfrentaban por primera vez. Algo similar ocurrió con *Crítica* y *La Mañana*, autores intelectuales del apodo *millonarios* para referirse a River. Paulatinamente comienzan a incluir en sus crónicas al novedoso epíteto, cuya difusión y circulación cumplieron un papel fundamental en la incorporación a la jerga y lenguaje entre el público futbolero.

Este primer acercamiento nos ofreció un conjunto de consideraciones que allanó un tanto más el camino. Los interrogantes en torno a los sentidos discriminatorios

que se inscriben en prácticas y discursos actuales por parte de los hinchas de River poseen un antecedente, anclado no solamente en las condiciones socio-culturales e históricas que han posibilitado la construcción y legitimización de ciertos sentidos que se articulan en función de Boca, sino también en el rol de la prensa.

Rastrear las raíces de River nos condujo de manera unívoca a preguntarnos por su rival, aquel que ha conformado un binomio antagónico por excelencia y eficientemente convertido en espectáculo vendible. De esta manera, consideramos que la prensa de la época (1910-1930) cumplió un rol clave en la circulación y difusión de estos sentidos que, desde un principio, formaron parte del “benévolo” *folclore* del fútbol. Con el transcurso de los años hemos observado que esta expresión ha naufragado en las peligrosas aguas del sentido común, encerrado en el universo de lo preexistente y por ello innecesario de cuestionar, objetivo que esta tesis plantea: problematizar lo cultural y discursivamente establecido.

Así, las adjetivaciones “millonarios”, “gallinas”, “bosteros” se ubicaron entre las más entre las más populares. En las entrevistas realizadas se ha observado esta respuesta como una constante a la pregunta por la discriminación y xenofobia detectada en los cánticos durante los partidos. Aquí emerge el hinchismo, un fenómeno que cobra una dimensión considerable a partir de la popularización del fútbol y que estructuró el ritual, como también las identificaciones futbolísticas y la cristalización de las identidades barriales. Sin embargo, endilgarle a la prensa la responsabilidad absoluta de la producción y reproducción de discursos discriminatorios resulta excesivo.

Por otra parte, el análisis de las prácticas discursivas formó parte de un entramado analítico más amplio y complejo, articulándose con las preguntas por la violencia y la discriminación subyacentes. A partir de una reconstrucción histórica del protagonismo y las consecuencias de la violencia en los estadios de fútbol, arribamos a dos conclusiones. La primera, que la *ética del aguante* propuesta por Alabarces para explicar la cultura futbolística es sesgada, pretenciosa (en términos de homogeneización) y monolítica. En ella no existe lugar para las subjetividades, reduciéndose a una gran masa que produce y reproduce una lógica de algunos, sin preguntarse o cuestionarse si están dispuestos a “aguantar”. Las dimensiones fundamentales del habitus significaron un aporte a la cuestión: su relación con las clases sociales y la

reproducción social. Si este es adquirido en una serie de condiciones materiales y sociales, las cuales varían en función de la posición en el espacio social, se puede hablar de "habitus de clase". Es decir, habría una serie de esquemas generadores de prácticas comunes a todos los individuos biológicos que son producto de las mismas condiciones objetivas.

Estos sujetos que aguantan y hacen, a partir de su lógica, un uso y ejercicio legítimo de la violencia podría ser entendida como una realidad objetiva. En contrapartida, también existe una realidad subjetiva, que es aquella apreciación que realizan los diversos sujetos de la misma. Es decir, la sociedad es vivencialmente experimentada por el sujeto. Del mismo modo, los hinchas de River (en este caso) construyen diversas realidades subjetivas en términos identitarios, donde la cultura del aguante no se constituye automáticamente y "gobierna" el comportamiento de los hinchas, sino que es posible hallar otras conductas socio-culturales y modos de expresión en los sujetos.

Establecer que la ética del aguante opera con tal éxito o eficiencia, como también internalizada genéricamente, implicaría sobreestimarla, a la vez que subestimar las configuraciones identitarias subjetivas vinculadas al fútbol. Este tipo de cultura se manifiesta como una concepción totalizadora y generalizadora que no logra divisar otros públicos por fuera de los que aguantan. Considerarla una ley o normativa socio-cultural que rige el ámbito del fútbol resulta una postura reduccionista que deja por fuera y deslinda de toda legitimidad a aquellos hinchas o públicos que no se reconocen o autoperciben como sujetos atravesados por esa lógica.

Por alguna razón, nuestros entrevistados no se sienten parte del mismo colectivo que "los atorrantes de allá arriba". Ante la imposibilidad de segmentar o identificar quiénes serían los sujetos comprendidos en la cultura del aguante (aunque esta se halla orientada a universalizarlos), sí se puede identificar el "habitus de clase" de "los vitalicios", nuestro grupo de entrevistados. De esta manera, podemos caracterizarlos como socios vitalicios de River Plate, jubilados y profesionales, habitantes de Zona Norte del Gran Buenos Aires (puntualmente Olivos y Vicente López) cuyas prácticas y discursos se enraízan en el respeto por el adversario y, principalmente, en una marcada oposición socio-cultural respecto a los barras.

La segunda falencia de la ética del aguante se encuentra en la ubicación espacial de los denominados hinchas militantes, la vinculación con la barrabrava y sus características. Según Alabarces, “estos hinchas se organizan en uno o más grupos, usualmente identificados por banderas particulares que remiten a un barrio o simplemente a un nombre de fantasía. Estos grupos rechazan vinculaciones económicas, aunque jamás despreciarían un micro gratis y [...] usan armas de fuego ocasionalmente” (2012: 66). Sin embargo, encontramos incongruencias en esta clasificación hincha/tribuna. En cuanto a la distribución de las banderas particulares que remiten a un barrio o simplemente a un nombre de fantasía, estas se ubican en todos los sectores del estadio, no son exclusivas a las proximidades del sector de la barra. En las demás ubicaciones, es decir, “Gral. San Martín”, “Centenario” y “Gral. Belgrano” (tanto en plateas como populares) también se exhiben aquellas que hacen referencia a barrios, localidades o bandas. En función de la disposición que presupone el autor respecto a los denominados “hinchas militantes”, se desprenden dos posibilidades: la primera, que los hinchas militantes se ubican en todas las tribunas y no solamente en proximidad a la barrabrava. En este caso, la barra ocuparía todas las gradas por igual, contrastando con la distribución de público planteada por Alabarces, por la cual esta se encuentra en el sector principal y más visible (o el corazón del mismo), que suele ser *la popular*. La segunda, que los hinchas que asisten con banderas –o al menos no todos– son hinchas militantes en los términos que expresa este autor, sino que cumplen una función representativa barrial o regional. En otras palabras, no existe tal correspondencia entre los hinchas militantes caracterizados y la portación de banderas.

Por otra parte, el contacto con los hinchas y la asistencia a los partidos habilitaron un conjunto de interrogantes en torno a los sentidos discriminatorios y, en función de los mismos, esbozar un presunto culto a la folclorización de la discriminación y racismo como aspectos o componentes naturalizados, donde el estadio se establece como un espacio “democrático” en el cual todos pueden expresarse libremente. Además de atender a los cánticos, esta arista de la investigación también avanza sobre la imposibilidad de asistencia de público visitante y su impacto en construcción de la relación antagónica con el *otro*, que en este caso, no está presente (al menos físicamente) pero sí en el imaginario de los hinchas. Aquí el rol del Estado es clave, ya

que esta normativa que ha sido implementada con el objetivo de paliar la violencia en los estadios de fútbol también ha influido en la diagramación de este escenario.

La discriminación, el racismo y la xenofobia van ganando terreno, extendiéndose por todo el espectro que compone al mundo del fútbol. Hinchas, jugadores, entrenadores, árbitros y directivos: todos se hallan involucrados. A partir de la denominada *Teoría social del discurso* (Angenot, 2010), a partir de la cual los discursos son hechos históricos y sociales, comprendiendo todo aquello que puede pensarse y decirse en una sociedad y momento determinado (corte histórico, espacial y temporal), logramos avanzar sobre la producción discursiva de los hinchas de River, la cual no debe limitarse a la oralidad, sino que comprende un amplio abanico de expresiones: cánticos, banderas, indumentaria, gestos, comportamientos, entre otros modos discursivos. El fútbol y lo que sucede dentro de un estadio no es un hecho social aislado, sino que es constitutivo de un marco general a partir del cual este tipo de manifestaciones se hallan comprendidas en “lo que es decible o se escribe en una sociedad y momento determinado” (Angenot, 2010: 42).

La asistencia a cada uno de los partidos estuvo marcada por la producción de discursos discriminatorios, xenófobos, racistas y homofóbicos. La discriminación no es individual sino una producción colectiva, destacándose la preponderancia de los marcos y condiciones de producción que legitiman este tipo de discursos. Ciertas narrativas se originaron en lo lúdico, para luego ser apropiadas y resignificadas históricamente como símbolos por parte de los hinchas. El anecdótico gesto de Ángela Labruna concentra un extraordinario poder discursivo y simbólico: no solo otros entrenadores revalidaron el gesto, sino que los hinchas de River asistían a La Bombonera con barbijos.

En este contexto, las producciones de sentidos discriminatorios y los mecanismos de exclusión se configuran, al mismo tiempo, como elementos adoptados y constitutivos de estas lógicas. De acuerdo a Moreira y Bundio, estas desencadenan una serie de estrategias que tienden a producir una victoria simbólica sobre los rivales circunstanciales. Esta competencia es singular, ya que conjuga simultáneamente elementos identificados con una dimensión trágica y una cómica. Ambas conviven y se mezclan para dar forma a las manifestaciones de los hinchas, las cuales se desa-

rrollan en sintonía con distintos aspectos de lo lúdico, en razón de su virtud creadora, espontánea y liberadora. Asimismo, las acciones de los hinchas, que se desplazan entre la codificación y la improvisación, están basadas en una cosmovisión signada por una masculinidad, la discriminación y la estigmatización que valora positivamente el coraje, el poder, fuerza y la agresividad. Las prácticas y rituales del aliento desempeñan un rol significativo, donde el estadio se constituye como escenario o marco primordial.

La legitimación de las mismas se da a partir de determinados discursos que se erigen como los socialmente habilitados. En este caso, el término “folclore” funciona como un catalizador de conductas y comportamientos que todo lo ampara, dando lugar a la discriminación como hecho folclorizado. En su nombre, toda conducta discriminatoria, racista, xenófoba y homofóbica se naturaliza, cuyo riesgo conlleva a una legitimación discursiva en la cual todas estas cobran un sentido social-cultural aceptado/aceptable, produciéndose un corrimiento en los límites de lo pensable y decible (Angenot, 2010).

En más de una oportunidad presenciamos prácticas y sentidos discriminatorios en el estadio Monumental. El mecanismo utilizado por excelencia para disuadir estos comportamientos y expresiones ha sido detener el partido a instancias del árbitro de turno. A su vez, por medio de los altoparlantes se solicitaba y advertía a los espectadores que suspendieran su vocalización para la reanudación del encuentro. Lo destacable aquí es, por un lado, los silbidos dirigidos al pedido y, al mismo tiempo, la reprobación a través de la entonación de otros cánticos por parte de los sectores ajenos a la barra que los encimaban.

Otra arista a destacar es la estigmatización materializada en un discurso signado por la problemática de la alteridad. En tanto fenómenos socioculturales y políticos, las concepciones y prácticas discriminatorias no se fundan en un “error”, al menos no únicamente, más bien constituyen formas de interpretar, es decir, de dar sentido a una situación de desigualdad y de intentar volverla legítima.

Mientras que la persistencia del racismo en nuestras sociedades responde a la persistencia de la racialización que –en tanto proceso cognitivo y valorativo anudado a relaciones de poder– construye el carácter biológico de la existencia de las razas

que ofrece sustento al racismo, el fundamentalismo cultural implica un modo de discriminación diferente: si el racismo percibe al “otro” como inferior por naturaleza, legitimándola, este justifica la exclusión de los extranjeros.

Por otra parte, al igual que el tratamiento de la violencia, los organismos e instituciones encargadas de seguridad han implementado sistemáticamente medidas represivas o compensatorias: quita de puntos, suspensión de estadios o multas económicas. Una muestra de ello ha sido la decisión de prohibir la asistencia de espectadores visitantes, la cual no ha paliado ni ha logrado disminuir las producciones de sentidos discriminatorios en los estadios. En este sentido, hemos mencionado cada una de las sanciones económicas recibidas por River en los últimos tres años y cuáles fueron sus consecuencias: una mayor manifestación de expresiones estigmatizadoras.

Como corolario de una cadena de medidas represivas, en los últimos días el Ministerio de Seguridad de la Nación creó el Registro Nacional de Personas con Derecho de Admisión en Espectáculos Futbolísticos¹, con la premisa de asegurarse la atribución de identificar y controlar el ingreso de hinchas a los estadios, pero principalmente reservarse el derecho de admisión. Una iniciativa más que enfatiza en vigilar y castigar –en términos foucaultianos– e ignora el aspecto preventivo, ya sea a través de programas de educación o concientización social. En síntesis, no se llegará a nada si las políticas contra la discriminación se limitan a postular una suerte de vitrina de museo con representantes de la diversidad o a fomentar una celebración de la mezcla sin discutir la historia y la actualidad de la desigual distribución de recursos, prestigios y poder. La discriminación, a través de prácticas, conceptos y presuposiciones, sigue tan presente en nuestro país como hace décadas. Solo a través de una mayor visibilización y reconocimiento de las tradiciones culturales diferentes se podrán lograr las garantías para el acceso a recursos y el ejercicio efectivo de derechos de toda la población.

De todas maneras, y como hemos planteado inicialmente, el objetivo de este trabajo no ha sido establecer un protocolo de acción. A partir del caso River se han identificado y analizado las continuidades y rupturas en torno al fenómeno futbolístico, enfatizando en la construcción de identidades que emergen a partir de él.

1 Ver <www.infobae.com/2016/02/03/1787368-el-gobierno-creo-el-registro-nacional-del-hincha-y-pedir-datos-personales-los-clubes>. Consultado el 3 de febrero de 2016.

Alabarces, P (comp.) (2003). *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.

----(2004). "Entre la banalidad y la crítica: perspectivas de las Ciencias Sociales sobre el deporte en América Latina", en *Memoria y Civilización. Anuario de Historia de la Universidad de Navarra*, Vol. 7. Pamplona: Universidad de Navarra.

----(2006). "El deporte en América Latina". En *Enciclopedia Latinoamericana*. Río de Janeiro: CLACSO.

Alabarces, P. (2008). *Fútbol y patria. El fútbol y las narrativas de la identidad en la Argentina*. Buenos Aires: Capital Intelectual editora.

Alabarces, P. (2012). *Crónicas del aguante*. Buenos Aires: Capital intelectual.

----(2014). *Héroes, machos y patriotas. El fútbol entre la violencia y los medios*. Buenos Aires: Aguilar.

Alabarces, P. y otros (2006). *Hinchadas*. Buenos Aires: Capital Intelectual editora.

Almeida, J. (1996). "Polémica antropológica sobre la identidad", en *Identidad y ciudadanía. Enfoques teóricos*. Quito: FEUCE- ADES- AEDA. Colección Utópicas.

----(1997). "Identidades múltiples y Estado unitario en el Ecuador", en *Identidad nacional y globalización*. Quito: ILDIS.

Alves de Souza, M. (1996). "A nação em chuteiras: raça e masculinidade no futebol brasileiro", en *Antropología Social do Departamento de Antropología da Universidade de Brasília*. Brasília.

Anderson, B. (1993). *Sociedades imaginarias. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Angenot, M. (2010). *El discurso social. Los límites de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Antezana, L. (2003). "Fútbol: espectáculo e identidad", en Alabarces, P (comp.) (2003). *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.

Archetti, E. (1985). "Fútbol y ethos", en *Monografías e Informes de Investigación* N°7. FLACSO.

—(1997). "Hibridación, diversidad y generalización en el mundo ideológico del fútbol y el polo", en *Prismas* N°1, pp 53-76. Universidad de Oslo.

Archetti, E. (2003). *Masculinidades. Fútbol, tango y polo en la Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia.

Armstrong, G. (2007). *Sheffield United FC: The Biography*. Sheffield: Hallamshire Press.

Berger, P. y Luckmann, T. [1966] (2013). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

Bianchi, S. (2013). *Historia social del mundo occidental*. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes (UNQ). Segunda edición.

Bilyk, P. y Branz, J. (2007). "Del bosque no me voy. Fútbol e identidad. Los hinchas de Gimnasia se resisten al cambio de su estadio". Tesis de Grado. Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Universidad Nacional de La Plata.

Bourdieu, P. [1980] (1991). *El sentido práctico*. Madrid: Siglo XXI editores.

—(1996). *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa.

Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Branz, J. (2014). "Deporte y masculinidades entre sectores dominantes de la ciudad de La Plata. Estudio sobre identidades, género y clase". Tesis doctoral. Doctorado en Comunicación. Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Universidad Nacional de La Plata.

Bromberger, C. (1998). *Football, la bagattelle la plus sérieuse du monde*. París: Bayard.

Burgos, R. (2014). "El club Gimnasia y Esgrima y la construcción de una identidad jujeña (1975-2011)". Tesis doctoral. Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Universidad Nacional de La Plata.

Caggiano, S. (2007). *Lecturas desviadas sobre Cultura y Comunicación*. La Plata: Edulp.

----(2013). "Acechanzas de la discriminación: elementos para la cautela y la intervención", en *Voces en el Fénix*, N°29. En línea: <www.vocesenelfenix.com/content/acechanzas-de-la-discriminaci%C3%B3n-elementos-para-la-cautela-y-la-intervenci%C3%B3n>. Buenos Aires: UBA- Facultad de Ciencias Económicas.

Conde, M. (2006). "La invención del hincha en la prensa periódica", en Alabarces, P. (2006). *Hinchadas*. Buenos Aires: Prometeo.

Da Matta, R. (1982a). *Universo do futebol: esporte e sociedade brasileira*. Río de Janeiro: Pinakotheke.

(1982b). "As raízes da violência no Brasil: reflexões de um antropólogo social", en AA.VV. *Violência brasileira*. San Pablo: Brasiliense.

Del Lago, A. (1990). *Descrizione di una battaglia*. Bologna: Il Mulino.

Dunning, E.; Murphy, P.; Williams, J. (1988). *Las raíces del hooliganismo futbolístico. Un estudio histórico y sociológico*. Londres- Nueva York: Routledge & Kegan Paul.

Elias, N. (1987). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España.

Elias, N. y Dunning, E. (1991). *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España.

Fabbri, A. (2006). *El nacimiento de una pasión*. Buenos Aires: Capital intelectual.

Febvre, L. (1970). *Combates por la historia*. Barcelona: Ariel.

Ferreiro, J. (2003). "Ni la muerte nos va a separar, desde el cielo te voy a alentar. Apuntes sobre identidad y fútbol en Jujuy", en Alabarces, P (comp.) (2003). *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.

Frydenberg, J. (1995a). "El espacio urbano y la práctica masiva del fútbol. Buenos Aires 1900-1920", en *Boletín del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires*, 14. Buenos Aires: MCBA.

Frydenberg, J. (1995b). *Historia social del fútbol. Del amateurismo a la profesionalización*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Frydenberg, J. (1996). *Los nombres de los clubes de fútbol. Buenos Aires 1880-1930*. En línea: <www.efdeportes.com/efd2/22jdf.htm>.

—(1997). "Prácticas y valores en el proceso de popularización del fútbol, Buenos Aires 1900-1910", en *Entrepasados. Revista de Historia*, Año VI, N°12. Buenos Aires.

Frydenberg, J. (2011). *Historia social del fútbol: del amateurismo a la profesionalización*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Galeano, E. (1968). *Su majestad el fútbol*. Montevideo: Arca.

García Ferrando, M. (1990). *Aspectos sociales del deporte. Una reflexión sociológica*. Madrid: Alianza Editorial.

Garriga Zucal, J. (2011). *Nosotros nos peleamos. Violencia e identidad de una hinchada de fútbol*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Garriga Zucal, J. (comp.) (2013). *Violencia en el fútbol: investigaciones sociales y fracasos políticos*. Buenos Aires: Ediciones Godot.

Giménez, G. (1999). "Materiales para una teoría de las identidades sociales", en Valenzuela, J. (comp.) (1999). *Decadencia y auge de las identidades*. México: Colegio de la Frontera- Plaza y Janes.

Giulianotti, R. (2005). *Sport: A Critical Sociology*. Londres: Polity.

Goffman, E. (1974). "Frame analysis: An essay on the organization of experience". London: Harper and Row. Edición en español: *Frame analysis: los marcos de la experiencia* (2006). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

Green, N. (1995). "Classe et ethnicité, des catégories caduques de l'histoire sociale?", en Lepetit, B. (1995). *Les formes de l'expérience. Une autre histoire sociale*. París: Albin Michel.

Hall, S. (1997). *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.

Heinemann, K. (1997). "Aspectos sociológicos de las organizaciones deportivas". En *Apunts. Educació física i esports*, N°49. Barcelona

Jenkins, R. (1996). *Social Identity*. Londres: Routledge.

- (1997). *Rethinking ethnicity. Arguments and explorations*. Londres: Sage.
- Manguashca, J. (1983). "La cuestión regional en la historia ecuatoriana", en Ayala, M. (comp.) (1983). *Nueva historia del Ecuador*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Medina Cano, F. (1996). "Al calor de la jugada: el fútbol, signos y símbolos", en *Boletín de Antropología*, Vol. 10, N°26. Antioquia: Universidad de Antioquia.
- Mignon, P. (1998). *La passion fu football*. París: Bayard.
- Moreira, V. y Bundio, J. (2014). "Rivalidad, juego y disputa: prácticas de aliento entre hinchas de fútbol en Argentina", en *Lúdicamente*, Año 3, N°6. Buenos Aires.
- Nordstrom, C. y Robben, A. (1995). "The Antropology and Ethnography of Violence and Sociopolitical Conflict", en Nordstrom, C. y Robben, A. (ed.) (1995). *Fieldwork under Fire. Contemporary Studies of Violence and Survival*. Berkeley: University of California Press.
- Ortiz, R. (1994). *Mundialização e cultura*. San Pablo: Brasiliense.
- Plaza, E., Zapata, L., Toledo, C. (2011). "De pasiones y reglas. Sentidos que circulan entre los jóvenes sobre la policía". Tesis de grado. Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Universidad Nacional de La Plata.
- Ramírez Gallegos, J. (2003). "Fútbol e identidad regional en el Ecuador", en Alabarces, P (comp.) (2003). *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Romero, A. (2005). *Fútbol S.A. Juego, industria del espectáculo y cultura de masas*. Buenos Aires: La abeja africana.
- Saleno, D. (2006). "Apología, estigma y represión. Los hinchas televisados del fútbol", en Alabarces y otros (2006). *Hinchadas*. Buenos Aires: Prometeo.
- Sebreli, J. (1998). *La era del fútbol*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Steimberg, O. (1998). *Semiótica de los medios masivos. El pasaje a los medios de los géneros populares*. Buenos Aires: Atuel.
- Travis, M. (1998). *Reading cultures. The construction of readers in the twentieth century*. Carbondale: Southern Illinois University Press.
- Van Dijk, T. (1997). "Historias y racismo". En *Narrativa y control social. Perspectivas críticas*, pp 121-142. Newbury Park.

---(2002). "Discurso y racismo", en *Personas y Sociedad*, pp. 191-205. Oxford

Yanes, A. y Raffo, V. (1999). *Un pionero llamado Banfield: origen del Club Atlético Banfield y de la comunidad británica de Lomas de Zamora, 1899-1999*. Buenos Aires: edición del autor

Artículos

Arce, V. (2008, abril). "Aún tenemos un discurso racista". En *La Nación*. En línea: <www.lanacion.com.ar/1000623-van-dijk-aun-tenemos-un-discurso-racista>. Consultado el 17 de diciembre de 2015.

Fernández Moores, E. (2014, noviembre). "Superclásico", en *Canchallena*. En línea: <canchallena.lanacion.com.ar/1745070-superclasico>. Consultado el 7 de enero de 2016.

De Vedia, M. (1998, mayo). "La pasión que despierta el fútbol tiene dos caras", en *La Nación*. En línea: <www.lanacion.com.ar/97795-la-pasion-que-despierta-el-futbol-tiene-dos-caras>. Consultado el 20 de enero de 2016.

Martínez, F. (2003, julio). "De la huelga nace el fútbol profesional", en *Página 12*. En línea: <www.pagina12.com.ar/diario/deportes/8-23266-2003-07-27.html>. Consultado el 2 de enero de 2016.

---(2006, marzo). "Los orígenes del Boca-River", en *Página 12*. En línea: <www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libero/11-2838-2006-03-29.html>. Consultado el 30 de diciembre de 2015.

Osojonik, A. (2007, febrero). "Sociedad y exclusión", en *Página 12*. En línea: <www.pagina12.com.ar/diario/elpais/subnotas/1-26114-2007-02-26.html>. Consultado el 25 de enero de 2016.

Respighi, E. (2006, noviembre). "Literatura, Alejandro Fabbri y el nacimiento de una pasión", en *Página 12*. En línea: <www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/4-4525-2006-11-18.html>. Consultado el 30 de diciembre de 2015.

